

# DIÁLOGOS SOBRE POBLACIÓN

ANTONIO CARRILLO FLORES  
(coordinador)

304.6  
D5368  
ej.3

EL COLEGIO DE MÉXICO







# **Diálogos sobre población**

Mesas redondas en  
El Colegio Nacional  
coordinadas por  
Antonio Carrillo Flores

26, 28 y 30 de noviembre de 1973



El Colegio de México

Primera edición, 1974

Derechos reservados conforme a la ley

© 1974, EL COLEGIO DE MÉXICO

Guanajuato 125, México 7, D. F.

(Prohibida la reproducción parcial o total)

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

# ÍNDICE

## INTRODUCCIÓN

*Antonio Carrillo Flores* 1

## I. SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS MUNDIALES

*Víctor L. Urquidi* 27

*Léon Tabah* 37

*Raúl Benítez Zenteno* 57

*Enrique Beltrán* 67

## II. SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS DE AMÉRICA LATINA

*Carmen A. Miró* 81

*Francisco Javier Alejo* 89

*Luis Olivos* 101

*Rodolfo Stavenhagen* 111

## III. SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS DE MÉXICO

*Gustavo Cabrera A.* 127

*Mercedes Pedrero Nieto* 139

*Luis Leñero Otero* 147

*José Luis Reyna* 187



## **INTRODUCCIÓN**

*Antonio Carrillo Flores*



ES CASI YA UN LUGAR COMÚN, entre los estudiosos de las cuestiones demográficas, decir que la etapa actual es única en la vida de la especie humana. Única porque nunca la población mundial había crecido al ritmo de hoy, 2% anual en promedio, ni sobre una base mayor en números absolutos: entre 3 800 y 3 900 millones de personas. A ese paso la población bien puede duplicarse en 35 años, hecho sin precedente como fenómeno global.

La situación es única porque nunca antes hubo asentamientos urbanos con los habitantes que tienen muchas ciudades ahora. En 1970 cuatro ciudades, incluyendo sus suburbios, tenían más de 10 millones de habitantes —Nueva York, Tokio, Londres y Shanghai. Para 1985 se estima que 13 ciudades más alcanzarán esa cifra, naturalmente la de México entre ellas. En 1970 había en el mundo 162 ciudades con más de 1 millón de habitantes y se piensa que habrá 273 en 1985.

Y es única, finalmente, porque hay síntomas de que el proceso —por las razones que expondré después— no podrá prolongarse por más de un siglo; período muy breve si se le juzga con la perspectiva de los 2 a 4 millo-

---

Texto de la conferencia dictada por el autor en la reunión *Atalaya*, organizada por el Banco Nacional de México, en Cocoloyoc, Morelos, los días 18 a 20 de enero de 1974.

nes de años en que los científicos estiman la antigüedad del hombre.

Es, pues, natural que las cuestiones relativas a la población figuren en destacado lugar entre las grandes preocupaciones del presente y para el futuro previsible.

En realidad, aunque el proceso actual es único, la preocupación es muy antigua, como lo revela ya el Libro VI del Diálogo de Platón sobre la República.

Pero ciñéndome al periodo posterior a la Revolución Industrial, recordaré que un pastor protestante inglés publicó en 1798, anónimamente, *Un ensayo sobre el principio de la población, en cuanto afecta al bienestar futuro de la sociedad*. Su autor, Tomás Roberto Malthus, tenía apenas 32 años cuando escribió ese trabajo, más intuitivo que científico. Cinco años más tarde, después de recorrer los pocos países por donde entonces podían viajar los ingleses, y de recopilar un abundante material histórico y filosófico, reiteró su conocida tesis: la población, si no se la frena, dijo, tiene una capacidad de crecimiento exponencial, en tanto que la producción de alimentos solamente puede ascender en forma aritmética teniendo como límite la extensión de tierra cultivable.

El ensayo de Malthus era en el fondo una defensa del *statu quo* frente a la Revolución francesa, lo cual quizás explica su impopularidad con los reformadores sociales. Y lo hizo con una brutal frialdad:

Un hombre —escribió— que nace en un mundo que está ya en posesión de otros, si no puede obtener su subsistencia de sus padres... y si la sociedad no desea su trabajo, no puede reclamar como derecho la más

pequeña porción de alimentos; en realidad nada tiene que hacer donde está. En el gran banquete de la vida, no hay cubierto vacante para él.<sup>1</sup>

Haciendo una generalización del caso norteamericano, donde la población, en gran parte debido a la inmigración, se había duplicado en 25 años, el pastor hizo esta cuenta:

Suponiendo que la población actual sea de mil millones, la especie humana se incrementará como 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, 128, 256 y las subsistencias como 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9. En dos siglos la población sería con respecto a las subsistencias como 259 es a 9; en tres siglos como 4096 a 13 y en dos mil años la diferencia sería incalculable.

Las predicciones o proyecciones de Malthus, para emplear la expresión que usan los demógrafos —que insisten en que ellos no predicen— fallaron en forma total. Según ellas, en 1950 la población habría podido ser de 64 000 millones de habitantes y la producción de alimentos apenas seis veces superior a la de 1800. La verdad es que la primera no llegaba a 2 000 y aunque ya había escasez en ciertas regiones del mundo, el fantástico crecimiento de la producción había hecho que en trigo, por ejemplo, el problema fuese el de cómo disponer ordenadamente de los excedentes. Natural es que las ideas de Malthus parecieran una mera curiosidad histórica; aunque no dejaba de reconocerse que un lector atento del

<sup>1</sup> Citado en John M. Keynes, *Essays in Biography*, The Morton Library, 1951, p. 106.

*Ensayo*, Darwin, había hallado en él inspiración para su teoría sobre la evolución de las especies.

Don Tomás Roberto había hecho referencia sólo a la extensión física de la tierra cultivable sin anticipar el desarrollo de la tecnología. Engels así lo hizo notar con toda razón cuando ese desarrollo era aun incipiente. Por otra parte, generalizar el caso norteamericano de la última parte del siglo XVIII carecía de toda base científica. La verdad es que el mundo, según estimaciones siempre aproximadas, siempre sujetas a error, no alcanzaría la cifra de 1 000 millones de habitantes sino más o menos cuando Malthus moría. Y crecería, sí, en proporción geométrica, pero no duplicándose cada 25 años, sino a un ritmo mucho más lento, a una tasa, hasta bien entrado ese siglo, muy inferior al 1%. La población de 1830 no se doblaría sino en 1930.

Además, Malthus no previó el proceso que los cultivadores de la demografía llaman la "transición demográfica", comprobada por la experiencia recogida primero en Europa en casi un siglo y después en otras partes del mundo. Para entender esa transición hay que decir que el equilibrio que por milenios mantuvo a la población mundial casi estacionaria se fundaba en tasas altas de natalidad compensadas con tasas también altas de mortalidad. En la Francia de Luis XIV, por ejemplo, la expectativa de vida era de 30 años (la misma que los mexicanos teníamos hasta 1910). Cuando los progresos científicos y tecnológicos acabaron con muchas de las plagas seculares de la humanidad, menos con la guerra, bajaron en Europa las tasas de mortalidad, sobre todo la infantil.

Se inició entonces la segunda etapa del proceso: la reducción de las tasas de natalidad. ¿Cuáles fueron sus causas? Los científicos no se han puesto de acuerdo sobre ellas, aunque es generalmente admitido que esa segunda etapa acompaña, independientemente de toda acción deliberada del Estado —y a veces con la oposición de éste— a la urbanización, al desarrollo industrial, al cambio de la posición social de la mujer, que no se conformó con que se la confinara a las labores domésticas, y, más recientemente, al progreso en el campo de los anticonceptivos. (Aun cuando es un hecho que en Europa, en Estados Unidos y en Japón la transición demográfica se consumó antes de ese progreso. Aun ahora, Japón no autoriza el uso de la píldora.)

Hay todavía mucho en esta materia que es empírico; más todavía, el concepto mismo de la transición demográfica en la literatura más reciente no tiene la claridad ni la firmeza que hace algunos años. De todos modos e independientemente de las especulaciones académicas, es un hecho que en ningún país desarrollado la tasa bruta de natalidad es superior a 20 por cada mil habitantes.

En nuestro país la tasa bruta de natalidad que menciona la obra de El Colegio de México,<sup>2</sup> laureada en 1971, era de 43 por mil para 1968, que reflejaba una tendencia levemente descendente —explicable por la gran proporción de menores de quince años— frente a la de 46 por mil registrada para 1950 y de 50 para 1930. En cuanto a la tasa bruta de mortalidad, que fue de 26

<sup>2</sup> *Dinámica de la población de México*, Centro de Estudios Económicos y Demográficos, El Colegio de México, México, 1970.

por mil en el quinquenio 1930-34, bajó a 15 en el de 1940-54 y a 9 entre 1965 y 1967. La esperanza de vida al nacer, esto es, suponiendo que se conserven sin modificar las tasas de mortalidad por edad, era de 36 años en 1930, de 48 en 1950 y de 60 en 1965, según la misma obra. En los últimos años ha crecido a 62 o 63 años.

Dentro del empirismo e imprecisión que hay en toda esta materia, puede considerarse que una expectativa de vida de 70 años al nacer coloca a un país en una tasa cercana —en cuanto hace a mortalidad, subrayo— a la que se observa en los países desarrollados; si bien es natural que la mortalidad sea menor en una población con una alta proporción de jóvenes.

Por causas que son sencillas de identificar, es mucho más fácil para un pueblo reducir sus tasas de mortalidad que sus tasas de natalidad: aquélla, la reducción de la mortalidad, no exige mucho de la colaboración ni de la motivación individuales. Una campaña antimalárica, la introducción de agua potable, la construcción de un sistema de drenaje, la vacunación obligatoria contra la viruela, los antibióticos distribuidos a través de los servicios de salud, son elementos que prácticamente en todo el mundo, con la excepción de algunas regiones de África, han reducido la mortalidad a lo largo y a lo ancho del Tercer Mundo. Lo cual es, con las ideas de hoy, no con las de Malthus, un hecho que habla muy bien de nuestro tiempo. Todos los grupos de destacados expertos reunidos por las Naciones Unidas en el curso de 1973, como parte del esfuerzo preparatorio de la Conferencia de Bucarest, han dicho que allá donde se considere necesario reducir el crecimiento demográfico, el único camino

aceptable es el de procurar que desciendan los índices de fecundidad y de ninguna manera conservando altos los de mortalidad. Ése es el gran desafío de nuestro tiempo.

De todas maneras, es lo cierto que en grandes áreas del Tercer Mundo el equilibrio se rompió y que no debe extrañarnos que su población haya crecido en los últimos cuarenta años, en tal forma que las cifras globales para el planeta se hayan convertido en una causa creciente de interés y de preocupación, aun cuando es lógico que la preocupación no sea compartida por igual por todos los pueblos.

La tasa actual de crecimiento es mil veces mayor que la que se calcula que rigió hasta fines del siglo xviii. En México, según el estudio de El Colegio de México ya citado, la población al término de la Colonia española era menor que al tiempo de la Conquista: en dos millones, si se comparan los datos del Barón de Humboldt de 1803 con los cálculos de don José María Pérez Hernández. Dichas estimaciones son obviamente muy poco firmes, pero es un hecho que tuvo que transcurrir casi todo el siglo xix para que México duplicase su población, de casi 6 millones cuando la visitó el Barón, a 12.6 en 1895. Al iniciarse la Revolución, nuestra población era de algo más de 15 millones, que no creció, sino antes se redujo en 300 000 habitantes para 1921. Por eso es que, considerando la tasa de crecimiento que traía, se ha calculado que, entre muertes, emigración y otras causas, la Revolución costó al país más de 1 millón de habitantes.

A partir de entonces, pero sobre todo después de 1940, México entró de lleno en la primera fase de la transición

demográfica: su población subió de 20 millones en ese año —cifra que los mexicanos de mi generación todavía recordamos por el anuncio de una cervecería— a 50 millones en 1970, con un crecimiento anual actual de alrededor de 3.5%. El caso mexicano fue ya objeto de un estudio clásico que un demógrafo de la Universidad de Princeton, Ansley Coale, hizo en 1958, en que proyectó con notable exactitud la población de 1970.

Es natural que me haya detenido en el proceso mexicano porque siendo uno de los más acusados del mundo en cuanto a progreso en la reducción de mortalidad y lentitud en la reducción de la fecundidad, ilustra bien cuál es el problema, o mejor dicho, uno de los problemas, pues son varios, a que el mundo se enfrenta.

Es una simplificación absolutamente equivocada afirmar simplemente que la población del mundo está creciendo a la tasa mayor que registra la historia. El promedio de 2% que recordé antes es engañoso, como todos los promedios, pues cubre lo mismo el caso de México, ya explicado, o el de Finlandia o Alemania, en que la población ha empezado a declinar, que el de Estados Unidos o la URSS que han alcanzado lo que es el ideal de muchos políticos y de no pocos hombres de ciencia: la tasa de reposición —que una pareja no tenga sino dos hijos, más una fracción matemática que compense a las mujeres que mueren antes de llegar a la edad de reproducción, que para fines estadísticos, y siguiendo una recomendación de las Naciones Unidas sobre la edad mínima para el matrimonio, se ha fijado en 15 años y ahora se espera que los gobiernos puedan elevar siquiera a 17 años.

La realidad es mucho más compleja de lo que parecerían dar a entender las cifras precedentes. Así, en Estados Unidos, por ejemplo, se estima que la población seguirá creciendo hasta bien entrado el siglo XXI por la estructura de la población. Las niñas y las jovencitas de hoy, aunque no tengan sino dos hijos (o una hija, pues son las mujeres las que cuentan para medir la tasa de reproducción) antes de morir, digamos a los 70 años, coexistirán con cuatro nietos. O en otras palabras, se necesitaría que ambos padres murieran siempre al nacer el segundo hijo para que la población se estacionara, lo cual evidentemente no ocurre. En Europa la población está dejando de crecer por el fenómeno opuesto: por envejecimiento. En ciertas regiones de África la escasa fecundidad, debida a endemias y otras causas, es lo que preocupa a los pueblos y a los gobiernos. Y con razón los demógrafos de ese Continente han dado prioridad a la tarea de reducir la mortalidad —sobre todo la infantil, que en algunos países llega a 200 por mil— sobre la de regular la fecundidad, si bien ambos procesos están ligados, aunque no sean necesariamente paralelos.

Creo que lo que he dicho hasta aquí permite ya esclarecer un hecho fundamental: cuando se habla de “explosión demográfica” en el mundo en forma general, en realidad se quiere aludir al mundo de los pobres, sobre todo al de Asia y Latinoamérica; pues a grandes partes de África, según he explicado, no han llegado en grado suficiente los beneficios de la tecnología sanitaria.

En diciembre de 1970, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó como válido el dato de que el incremento demográfico del Tercer Mundo será de 2.5%

durante el decenio de los setenta. La cifra que los demógrafos calculaban era algo mayor, pero se supuso que la acción de los gobiernos, sobre todo los de Asia, podría reducir la tasa y porque además parece —repito, parece— que la fecundidad, salvo en África, ha llegado a un punto en que lentamente empieza a descender. (Entre paréntesis, cuando los mexicanos recordamos que la tasa de incremento nuestra es de 3.5%, o sea más de 30% superior a la media del mundo en desarrollo, podemos apreciar la magnitud de la tarea que tendrán enfrente quienes gobiernen a México en lo que resta del siglo.)

Las proyecciones para el año 2 000 varían según la hipótesis que se adopte. Como la reducción de la fecundidad es un proceso muy lento y como además un porcentaje muy alto de la población del Tercer Mundo es de jóvenes, las estimaciones más realistas señalan para el planeta, al principiar el próximo siglo, una cifra que varía entre 6 500 y 7 000 millones de gentes. (Para México la cifra más citada es de alrededor de 130 a 135 millones, suponiendo que se afirme la tendencia de descenso en la fecundidad que parece que apunta ya, sobre todo en las áreas urbanas).

Si, como es de preverse, prosigue la transición en Asia y en Latinoamérica, seguirá todavía por varios decenios el aumento de la población, pero con una razonable esperanza de alcanzar la estabilidad, en algún punto del siglo próximo, en una cifra tal vez no menor de 12 000 millones, dependiendo de la celeridad o lentitud con que en cada región o país se logre reducir la fecundidad, hasta llegar eventualmente a la tasa de reposición que, como ya dije, es de algo más de 2 hijos por pareja. Por eso

inicié esta charla hablando de que vivimos un periodo único en la vida del hombre sobre el planeta.

Sería inexacto, sin embargo, afirmar que esta meta, cero de crecimiento demográfico (*zero population growth*), sea algo aceptado ya como un ideal válido por la generalidad de los países o siquiera de los estudiosos. Aun los países de Asia, pioneros en esta materia por la magnitud de su población —la mayoría de los habitantes del planeta viven en ese continente— cuando se reunieron en Tokio en noviembre de 1972 se resistieron a adoptar explícitamente esa meta, limitándose a reconocer, de una manera general, la conveniencia de alentar que las familias sean más pequeñas, pero sin dar cifras. Y los europeos francamente son ya muy renuentes a aceptar esa meta.

China —a pesar de que Marx y Engels fueron críticos acerbos de Malthus, al que el primero llamó “un plagiaro charlatán”— adoptó francamente una política de “nacimientos planificados” desde el implantamiento de la República Popular y “nunca ha hecho un secreto de ello”, según palabras de uno de sus dignatarios. En su exposición ante la Comisión Económica para Asia y el Lejano Oriente del año pasado, los delegados chinos hicieron una declaración de trascendental sencillez: no puede haber, dijeron, una economía planificada, si no se planifican los nacimientos. Reiteraron estos conceptos en Ginebra en octubre último ante la Comisión de Población de las Naciones Unidas. La tesis podría también expresarse de esta manera: cuando los recursos son limitados, y en la realidad no hay país en que no lo sean,

no se puede planificar la economía sin planificar la población.

¿Se puede acusar a China de malthusiana? Evidentemente que no. Lo que ocurre es simplemente que los hombres de hoy tienen que enfrentarse a sus problemas, adoptando las normas de acción política adecuadas para ellos, sin atarse a concepciones elaboradas para otras circunstancias y cuando la experiencia y el instrumental científico eran muy limitados. Sería absurdo que obraran de otra manera.

Por otra parte, tampoco puede afirmarse que las ideologías, o mejor dicho, las posiciones políticas, hayan dejado de tener significación en estos problemas. Algunos países en desarrollo, particularmente en Latinoamérica y en África, pero también en Asia, aunque en grado mucho menor, miran todavía con recelo el interés que ciertos estados de alto desarrollo manifiestan en que el Tercer Mundo acoja, auspicie y ponga en vigor programas que tiendan a reducir sus tasas de fecundidad.

Los Estados donde vive la inmensa mayoría de la población han reconocido ya la necesidad de procurar un equilibrio entre su expansión demográfica y su desarrollo social y económico. Inclusive fijando metas concretas a ese respecto; sin embargo, las controversias continúan todavía en algunos sectores, aunque ciertamente en menor grado que hace, digamos, diez años. Las causas de este fenómeno son complejas y varían de región a región, cuando no de país a país. Procuraré señalar algunas, sin que al hacerlo establezca un orden de prioridades.

- 1) El escepticismo con que muchos miran que pueda

tenerse éxito en el campo específico de la planificación familiar o de los nacimientos, si no se eleva el nivel de vida de la comunidad haciendo llegar a las mayorías los beneficios del progreso económico, lo cual a su vez supone, en muchos casos, la modificación de estructuras sociales y aun el cambio de ciertos valores tradicionales;

- 2) Actitud ligada con la anterior, la enorme dificultad que supone comunicarse con la población y motivarla, especialmente en las áreas rurales;
- 3) En ciertas regiones de alta mortalidad infantil, la convicción de que sólo una descendencia numerosa hace posible la supervivencia de los hijos necesarios para mantener la continuidad de la familia y la seguridad de los padres en la vejez;
- 4) El temor de que los recursos internacionales para la promoción del desarrollo se desvíen, dejando de atender necesidades que algunos de esos países consideran más urgentes;
- 5) En algunos países, consideraciones políticas o de prestigio. China y la India, se dice, no tendrían la significación que se les reconoce en la vida internacional si no fuera por sus inmensas poblaciones; y
- 6) En algunos más, dos en América Latina y varios de África, el convencimiento de que sus poblaciones son insuficientes para el desarrollo a que aspiran.

Sin pretender comentar cada uno de los puntos anteriores, deseo presentar algunas reflexiones directa o indirectamente ligadas con ellos.

La primera es que, como ya indiqué, el efecto de la reducción de la fecundidad es de acción lenta sobre el crecimiento demográfico, por lo que para el año 2 000 en concreto no es mucho lo que pueda esperarse en esa materia. Pero como es de preverse que la humanidad no se acabará en el siglo **xxi**, la necesidad de actuar es obvia; aparte de que al nivel de las familias los beneficios sí serán inmediatos para las mujeres y los hombres que reciban la educación y los servicios sanitarios que les permitan evitar la tragedia de los hijos no deseados.

La segunda es que, además de la acelerada tasa de crecimiento demográfico, un problema igualmente serio, a veces más serio, es el de la "explosión urbana". Las ciudades en muchos países están aumentando su población a ritmo doble o más que la población total, con todo lo que ello significa en cuanto a posibilidades de atender las necesidades de los que a ellas llegan de los campos. Se estima que para el año 2 000 la población urbana de los países en desarrollo puede crecer en 1 500 millones de habitantes.

La tercera se refiere a la inmensa proporción de niños y adolescentes en los países pobres, que no contribuyen a las actividades productivas, pero sí elevan la necesidad de bienes y servicios.

La cuarta se refiere a la inconformidad creciente de las mujeres en estar limitadas a las tareas domésticas, lo cual ha llevado en muchas partes al abandono progresivo de ciertas actitudes y valores tradicionales.

Esta lucha de las mujeres, que es una de las revoluciones sociales más características de nuestro tiempo, puede

a corto plazo volver más difícil dar ocupación productiva a la creciente fuerza de trabajo.

A este respecto, particularmente en la América Latina vivíamos en una ilusión. Hasta Raúl Prebisch. Creíamos que el desarrollo industrial y urbano absorbería la población excedente del campo. La realidad es que la industria —acaso por haber copiado modelos extranjeros— ciertamente eleva el producto nacional, pero no es garantía de que podrá utilizar a toda la población que deja las áreas rurales cuando se reduce la mortalidad, se aflojan los vínculos familiares y se produce el fenómeno universal de emigración de los campos a los centros urbanos.

Otra consecuencia del proceso ha sido que las cuestiones ligadas con la migración internacional estén cobrando importancia cada vez mayor, lo mismo para los países desarrollados que para los pobres. Aquí, en México, se ha señalado como el problema más urgente con Estados Unidos, y así lo declaró su representante en la reciente sesión ginebrina de la Comisión de la Población de las Naciones Unidas.

Todo lo anterior explica que sea cada vez mayor el número de Estados que incorporan los temas relativos a la política demográfica en la agenda de sus responsabilidades.

Naturalmente que esa política ni es ni puede ser uniforme, pero sí se advierte consenso cada vez más firme acerca de algunas ideas capitales, a saber:

1) La baja de la mortalidad que se aprecia en varias regiones del Tercer Mundo es un proceso laudable, que debe proseguir a toda costa. O en otras palabras, nadie

acepta que la "explosión demográfica" se detenga volviendo a las altas tasas de mortalidad que rigieron por milenios. El desequilibrio de hoy ofrece un elemento positivo que no puede desconocerse: es el fruto del esfuerzo de muchas generaciones en contra de la enfermedad y la muerte, que no debe perderse, ni menos condenarse, sino complementarse con otros que restablezcan el equilibrio, con tasas menores de fecundidad, tal como ha ocurrido en todos los países desarrollados.

2) Independientemente de sus repercusiones sobre el crecimiento demográfico, todo país, según lo ha pedido la comunidad internacional, debe proporcionar a sus nacionales la información y los servicios adecuados para que la paternidad sea resultado de una decisión libre y responsable y no del azar. La ignorancia en esta materia es, en realidad, una forma cruel de analfabetismo.

3) Una política demográfica en ningún caso puede ser sustituto de una política de desarrollo, sino parte integrante de ella. Y debe incluir como elemento esencial, además de los servicios anteriores, medidas para que el tránsito de las áreas rurales a las ciudades sea un proceso ordenado; lo cual reclamará intensificar las inversiones y las oportunidades de empleo fuera de las ciudades mayores, objetivo a veces difícil de armonizar con la también inaplazable necesidad de atender los servicios y la industrialización urbanos.

4) El éxito de cualquier política demográfica dependerá, en gran medida, de que se reconozca a la mujer el derecho que tiene a la plena participación en la vida social. En igualdad con el hombre en lo que pueden uno y otro ser iguales —derechos económicos, sociales, políti-

cos; pero respetándola en sus atributos propios. Y, como la mujer lleva la carga mayor, es justo que a ella corresponda la palabra final en cuanto a la regulación de su fecundidad.

5) La población del Tercer Mundo seguirá creciendo por varios decenios. Es, pues, responsabilidad indeclinable de todos los gobiernos —por decisión propia, no por influencia exterior— revisar cuando sea necesario sus políticas fiscales y financieras en forma de contar con los recursos materiales, técnicos y humanos para hacer frente a esa creciente población. Y además utilizar esos recursos en forma planificada y racional, protegiendo el ambiente, que es otra de las grandes preocupaciones de nuestra época. El tema es muy complejo, tiene delicados aspectos políticos y merecería un tratamiento amplio. Me limito a señalarlo.

6) Es urgente que la comunidad internacional vigorice sus formas de cooperación hacia los países del Tercer Mundo que busquen acelerar, con su desarrollo económico, su transición demográfica. Área principalísima debe ser el fomento de la investigación de los procesos de la reproducción humana. El mundo no tiene aun los anticonceptivos que cumplan su objeto de la manera sencilla y eficaz con que las vacunas erradicaron plagas milenarias. Ello debe hacerse, sin embargo, con absoluto respeto a la soberanía, a la diversidad cultural y a las aspiraciones de cada país. Toda presión, directa o indirecta, política o económica, sería contraproducente. Como también sería infortunado que los países del Tercer Mundo reaccionaran a los errores que en esta materia puedan haber cometido en el pasado algunos voceros de países altamen-

te desarrollados dejando de cumplir sus responsabilidades con sus propios pueblos. Tienen que enfrentarse a ellas sin pesimismo desalentadores pero también sin cerrar los ojos a las realidades, presentes y previsibles, por duras y difíciles que sean.

7) Es además urgente, como la Asamblea de las Naciones Unidas lo ha recomendado, que la cooperación en materia de políticas de población no sea en detrimento de la que la mayoría de los países pobres necesitan para continuar su desarrollo. Es obvio que las decisiones tomadas por los países productores de petróleo han creado una situación nueva, cuyas consecuencias es imposible valorizar por completo. Parecería que así como en el Golfo Pérsico o Árabe se han creado ya dos fondos para la cooperación regional, se explore en qué formas realistas, justas, alguna parte de los mayores recursos que algunos países recibirán puedan canalizarse hacia los demás.

8) Entre las cuestiones que surgen de la necesidad de acomodar a la población mayor que inevitablemente tendrá el mundo en los próximos decenios, tiene principalísimo lugar la de alimentarla. Es por ello laudable que la Comunidad Internacional vaya a abordarla en una conferencia especial que tendrá lugar en Roma a fines de 1974.

9) Por último, hay muchas áreas en que parece inevitable la confrontación o cuando menos la oposición de intereses entre el mundo desarrollado y el mundo en desarrollo: el comercio, la reestructuración del sistema monetario, la transferencia de capitales y de tecnología, el acceso a las materias primas y acaso la más difícil de todas: cómo será posible armonizar la realidad ineludible

del poder, sobre todo del poder político y militar, con la creciente resistencia de los que no lo tienen a que las decisiones que los afecten se tomen por la minoría de los poderosos. El caso del petróleo ha dramatizado esa resistencia.

Sí. Desgraciadamente la oposición es prácticamente inevitable en muchas áreas; pero no hay razón para que esa oposición se dé tratándose de las cuestiones demográficas, ya que en ellas los intereses no son contrapuestos o no deben serlo, salvo quizás —como ya apunté— en algunas cuestiones ligadas con la migración internacional.

La historia del Estado —de todos los Estados— en el último siglo la ha forjado la necesidad de actuar en campos cada vez más vastos y complejos. El solo hecho de que se haya convocado la Conferencia Mundial de 1974, revela que ha tocado su turno a las cuestiones de población de incorporarse a la órbita de las atribuciones gubernamentales en lo interno y de la cooperación en lo internacional.

El *New York Times*, en su editorial principal del 10 de enero de 1974 —el mismo en que diagnosticó que con 1973 concluyó una era de consumo extravagante en Estados Unidos— señaló, refiriéndose a este país: “es moral y políticamente imposible que el 6% de la población mundial siga consumiendo indefinidamente el 40% de las materias primas del mundo”. Con un sencillo ajuste de cifras el juicio tiene validez universal.

Ahora bien, la prueba de su madurez y también de su inteligencia la deben dar los países en desarrollo no esperando a que esa injusticia se corrija para abordar, en la medida de sus fuerzas, sus problemas, y entre ellos, los

demográficos. Pues para la mayoría de ellos la consecuencia de no hacerlo será que sea cada vez más difícil dar a sus nacionales, a todos y no sólo a minorías privilegiadas, un nivel de vida decoroso.

La tarea es larga y de éxito incierto en algunos casos sin profundas transformaciones sociales y sin el apoyo de una opinión pública informada; pero por ello mismo es impostergable y urgente.

## **I. SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS MUNDIALES**

**26 de noviembre de 1973**

**Participantes:**

**Lic. VÍCTOR L. URQUIDI, Presidente de El Colegio de México**

**Prof. LÉON TABAH, Director de la División de Población, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, Naciones Unidas**

**Lic. RAÚL BENÍTEZ ZENTENO, Director del Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México**

**Dr. ENRIQUE BELTRÁN, Director del Instituto Mexicano de Recursos Renovables**



Señoras y señores:

En el mes de agosto de 1973 tuve el honor de sustentar un breve ciclo de conferencias en este mismo salón, acerca de los problemas de la población en los aspectos que han sido examinados, y están siendo examinados, por las Naciones Unidas, y que culminarán con la Conferencia de Bucarest en el mes de agosto de 1974.

Al terminar ese breve ciclo anuncié que El Colegio de México, institución benemérita que dirige don Víctor Urquidi, había aceptado colaborar con El Colegio Nacional en la organización de un segundo ciclo, en que distinguidos hombres de ciencia de nuestro país y del extranjero se iban a ocupar de estos problemas tanto en sus aspectos mundiales, que serán los que se explorarán en la noche de hoy, como en su enfoque latinoamericano, y el viernes último desde el punto de vista de la problemática de nuestra propia patria. Estas breves palabras mías son simplemente para agradecer a don Víctor Urquidi y por su conducto a El Colegio de México, esta valiosísima aportación.

ANTONIO CARRILLO FLORES



## Víctor L. Urquidi

VOY A PROCURAR esbozar brevemente algunas características del fenómeno demográfico mundial, haciendo énfasis en la distinción entre la situación de los países desarrollados y la de los países en vía de desarrollo, según la clasificación convencional que se emplea en Naciones Unidas. Tendré que mencionar algunas cifras; no demasiadas, pero lo esencial para apreciar la magnitud del fenómeno y de los problemas presentes y en perspectiva para el mundo derivados del crecimiento demográfico.

En la actualidad se estima que hay 3 800 millones de habitantes en el mundo, de los cuales 1 100 en los países desarrollados, es decir, Europa tanto Occidental como Oriental (incluida la Unión Soviética), Estados Unidos y Canadá, Australia, Nueva Zelandia y Japón. Estos países cuentan con el 30% de la población mundial, mientras el 70% restante, o sea 2 700 millones, está en Asia, África y América Latina. La población de Asia se estima en cerca de 2 000 millones de habitantes, la de África en cerca de 350, y la población latinoamericana actual es de unos 310 millones.

Lo que llama la atención principalmente es la rapidez del crecimiento demográfico en los últimos cuarenta a cincuenta años. No haré alusión a las cifras anteriores al siglo presente, excepto decir que el crecimiento fue sumamente lento hasta principios de siglo y que se ha ace-

lerado considerablemente en los últimos cuarenta años. Alrededor del año 1920, la población de los países desarrollados crecía a una tasa de 0.5% al año solamente, o sea que se duplicaba cada 140 años. Haciendo caso omiso del periodo de la segunda guerra mundial, que afectó mucho a la mortalidad y también a la natalidad, llegamos al año de 1970 con una tasa de incremento anual, en los países desarrollados, de escasamente todavía 1%, o sea que la población de los países desarrollados se duplica cada 70 años a las tasas actuales de crecimiento. Por cierto que la rapidez del incremento de la población de los países desarrollados está disminuyendo con bastante intensidad.

La tasa de incremento de los países en vía de desarrollo era aún inferior hace cuarenta años, pero a partir de 1940, con los descensos extraordinarios de la mortalidad, el incremento ha sido mucho más rápido. De 1% al año se ha elevado hoy día 2.4%. Es decir, la población del Tercer Mundo, que hace cuarenta años se creía que podría duplicarse en 70 años, ahora tiene un periodo de duplicación de sólo 29 años. Se ha acelerado extraordinariamente el crecimiento demográfico del Tercer Mundo. Esto se explica por dos elementos fundamentales (haciendo caso omiso de la migración internacional): primero, la mortalidad se ha reducido a la mitad entre 1940 y 1970. Sin embargo, aún es alta la mortalidad en promedio en el Tercer Mundo. Es muy baja, por cierto, en América Latina, pero en el resto del Tercer Mundo es bastante elevada, sobre todo en África. La mortalidad es actualmente de 16 defunciones por millar de habitantes en el

Tercer Mundo, pero en África es de 21, mientras que en América Latina es de 10.

En los países desarrollados también ha descendido la mortalidad, pero en ellos ha bajado simultáneamente la natalidad como resultado de los grandes adelantos económicos, el cambio social, y la conciencia en la familia respecto del tamaño deseable de la misma. De tal suerte que el crecimiento en los países desarrollados se caracteriza por baja mortalidad y baja natalidad.

En los países del Tercer Mundo, frente a la baja de la mortalidad ya señalada, las tasas de natalidad se han mantenido en cambio a niveles muy elevados. En Asia del Sur, la natalidad es en promedio de 44 por millar; en el Sudeste de Asia y China, el promedio de natalidad es de 31 por millar. En América Latina, el promedio es de 38 por millar. Este último es un promedio de tasas relativamente bajas en Argentina y Uruguay, y tasas sumamente elevadas en México y Centroamérica, Venezuela y otros países del área norte. Pero en África la natalidad no ha descendido como ha ocurrido ligeramente en América Latina y en algunos países de Asia. En África la natalidad se ha elevado y ha llegado a un promedio estimado en 47 nacimientos por millar de habitantes. Esto constituye una de las cifras más altas de la historia de cualquier parte del mundo.

En consecuencia, la problemática demográfica en relación sobre todo con los aspectos de desarrollo económico y social, no tiene precedente en la historia del mundo, y desde luego plantea a cualquier especialista en ciencias sociales y a cualquier gobernante problemas de una magnitud insospechada y de una complejidad muy grande

que obligan a pensar seriamente en la perspectiva lejana y no sólo la inmediata, por razones que voy a explicar dentro de poco.

Las Naciones Unidas han efectuado proyecciones de la población del mundo, por regiones y por países. No se trata de predicciones; ningún demógrafo puede hacer un pronóstico exacto de la población futura, porque son muchos los factores que afectan la natalidad y la mortalidad y no hay, digamos, reglas fijas en la materia. Pero con base en ciertos supuestos, se pueden hacer estimaciones de la población de aquí al año 2 000 que probablemente no varíen mucho de la realidad, porque una gran parte de la población del año 2 000 ya nació, o está a punto de nacer, de tal suerte que, de acuerdo con los métodos de los demógrafos, se pueden hacer estimaciones más o menos fidedignas. La población mundial actual de 3 800 millones de habitantes va a llegar probablemente a 6 500 millones para el año 2 000, de los cuales 5 000 se encontrarán en los países en vía de desarrollo. La proporción de la población total en los países del Tercer Mundo va aumentando gradualmente dado que la rapidez de aumento de estos países es mucho mayor que en los países ya desarrollados. Se prevé que la población del Tercer Mundo, que aumenta actualmente al 2.4% al año, estará aumentando todavía al 2% anual hacia fines de siglo, aun teniendo en cuenta los descensos que ya se aprecian en la natalidad de algunas regiones o países.

En cambio, la población de los países de alto nivel de desarrollo, que actualmente aumenta apenas al 1% al

año, estará aumentando aún más lentamente para fin de siglo, tal vez al 0.8%.

Hay por supuesto, grandes discrepancias por regiones y por países; por ejemplo, la población de Japón, de Europa y de la Unión Soviética, aumentará hasta fines de siglo entre el 0.6 y el 0.8% al año, mientras la población de África se prevé que todavía siga aumentando a casi el 3% al año para fines de siglo, y la de América Latina tendrá una tasa todavía muy alta, de 2.6% al año comparado con cerca de un 3% en la actualidad. O sea que va a haber un cambio proporcional en los montos totales de población del mundo: un predominio creciente de la población africana y latinoamericana; en términos relativos una cantidad absoluta todavía muy grande en Asia, pero con menor proporción que la que tiene actualmente; y con prácticamente un estancamiento de la población de Europa, Norteamérica y la Unión Soviética.

Se han hecho proyecciones más allá del año 2 000, y aunque con muchas reservas, creo que se pueden mencionar, porque si bien es imposible pronosticar, hay elementos que, con base en algunos supuestos, permiten tener una idea de magnitudes aproximadas. Según estos cálculos, a mediados del siglo próximo puede haber un poco más de 9 000 millones de habitantes en los países del Tercer Mundo y unos 1 800 en los países desarrollados, o sea un total de poco más de 11 000 millones de habitantes. Si siguen descendiendo las tasas de incremento, sobre todo por baja de la natalidad, se prevé que se llegará a fines del siglo XXI a un total mundial de 12 000 millones de habitantes, con un estancamiento de la población de los países desarrollados en poco más de 1 800

millones y un casi estancamiento de la población de lo que hoy es el Tercer Mundo en unos 10 000 millones de habitantes.

Como se comprenderá, las magnitudes son inmensas. La población actual del mundo desarrollado aumentará muy poco: 700 millones de habitantes en más de un siglo. Pero la población del mundo no desarrollado o en vía de desarrollo tendrá un incremento de casi 7 000 millones de habitantes para fines del siglo próximo. No debe asustarnos ver tan lejos, porque los procesos de cambio de la población son relativamente lentos. Se necesita un periodo de 25 a 30 años para que ciertos cambios en la natalidad o en la mortalidad se reflejen en las cifras totales de población.

Por razones de tiempo no puedo entrar en mayores detalles, excepto para hacer notar algunos problemas que lo anterior plantea. Lo que más puede interesar a un economista es el incremento de la población que constituye o deberá constituir la fuerza de trabajo. Sobre esto no se pueden hacer tampoco pronósticos, y sería demasiado aventurado rebasar el año 2000; pero se pueden hacer cálculos al año 2000 porque la mayor parte de la fuerza de trabajo de ese año ya nació; va a llegar a formar parte de la fuerza de trabajo la gran cantidad de niños que han nacido ya y que seguirán naciendo en los próximos 15 años. Sin entrar en muchas cifras, quiero señalar estas características: en los países desarrollados, la fuerza de trabajo agrícola ya ha estado disminuyendo en términos absolutos y seguirá disminuyendo hasta constituir en el año 2000 apenas la quinta parte de lo que es hoy. Hay ahora 100 millones de personas ocupadas en

la agricultura en los países desarrollados; para fines de siglo habrá sólo 22 millones porque la tendencia en la agricultura es a la capitalización, al aumento de los rendimientos y al empleo de cada vez menor número de personas por hectárea, con aumentos enormes de productividad por hectárea y por trabajador; además, hay constante emigración a las ciudades. El fenómeno de la urbanización es característico de todos los países desarrollados.

En cambio, en los países en vía de desarrollo, va a hacer necesario absorber en la agricultura de aquí a fines de siglo, además de los que ya están trabajando, unos 173 millones de trabajadores, o sea un aumento de más del 25% respecto a la fuerza de trabajo agrícola de hoy. En las actividades industriales y de servicios va a ser necesario, en los países en vía de desarrollo, triplicar la fuerza de trabajo de aquí a fines de siglo, si se ha de absorber en trabajo productivo el incremento de la población que estará en edad de trabajar, es decir, que haya cumplido los 15 años y tenga menos de 65. De tal suerte que el incremento demográfico previsible —y éste es el punto en el que yo haría mayor énfasis— requerirá un esfuerzo de desarrollo económico de una magnitud que hasta ahora no hemos conocido en el mundo, para absorber a la población en edad de trabajo no solamente en la industria y en los servicios, sino también en la misma agricultura, contrariando la tendencia de los países ya desarrollados, donde cada vez habrá menos población ocupada en la agricultura. La simple magnitud del problema nos plantea toda clase de aspectos hasta ahora no previstos sobre la organización económica futura del Tercer Mundo.

Uno de los problemas principales —además del de empleo— que plantea el incremento demográfico para el Tercer Mundo, es el problema de la absorción de la población creciente en el sistema educativo, es decir, la capacidad para dar educación a los fuertes incrementos demográficos que habrá de aquí a fines de siglo y aún más allá.

Otro problema fundamental que se discute mucho en este momento, porque hay una crisis mundial, es el de la alimentación; la capacidad del Tercer Mundo para alimentarse. No sólo hacer frente a la demanda de alimentos, sino mejorar los niveles de nutrición y asegurar que toda la población tenga acceso a la alimentación básica y necesaria.

Otro problema más que plantea el incremento tan rápido de la población es el de la construcción de vivienda. Además de los déficit enormes ya existentes de vivienda en el Tercer Mundo en general, hay que hacer frente a las necesidades que crea el simple incremento demográfico tan elevado que se registra.

Por último, el Tercer Mundo va aceleradamente hacia una sociedad urbana, a tasas de crecimiento urbano —por lo menos en América Latina— de un 5% anual, o sea superiores al crecimiento general de la población, de tal suerte que esto tiene que plantear la necesidad, además de las inversiones requeridas, de toda una nueva forma de vida en que se incorporarán millones y millones de personas a la vida urbana, esperemos que en condiciones mejores de las que se disfrutaban actualmente.

En los países desarrollados, los problemas son de otro orden. El incremento demográfico es relativamente lento

y su tasa está decreciendo. Pero por los altos consumos de energía y de recursos naturales, se empiezan a plantear ya problemas muy graves acerca de la capacidad de crecimiento futuro y aun la conveniencia de un crecimiento económico futuro tan rápido como el que se ha visto en los últimos 20 años. Esto da origen no solamente a posibilidades de agotamiento de recursos, sino a problemas de distribución, del uso de recursos entre los países desarrollados y los países en desarrollo, tipificados por ejemplo por el actual problema del petróleo. Da origen asimismo a problemas de aglomeración urbana, y por supuesto a los problemas de contaminación que han llamado la atención en los recientes años.

De todo esto y sólo apuntando hacia un problema que hay que discutir con mucho más detenimiento, quiero llegar a una conclusión: va siendo cada vez más necesaria para todos los países individualmente, pero también para la colectividad internacional, definir políticas demográficas en un sentido amplio, no solamente en cuanto a la población misma, sino en cuanto a la distribución de la población y las políticas económicas y sociales que permitan a esa población disfrutar de mejores niveles de vida, pero que en lo demográfico se va a concentrar. Además del descenso continuo de la mortalidad hasta los límites que la ciencia permita, el esfuerzo debe enfocarse en los medios de reducir el incremento demográfico, es decir, de reducir la natalidad, mediante la planificación familiar, que ya va siendo adoptada crecientemente como política oficial en la mayor parte de los países con objeto de invertir las tendencias actuales y evitar el crecimiento tan exageradamente alto de la

población que en algunas partes no da tiempo a organizar y desarrollar los programas de desarrollo económico y social. Repito, éstos son problemas que cada país tendrá que resolver de acuerdo con sus perspectivas, de acuerdo con sus necesidades, pero son problemas que por la interdependencia internacional tienden cada vez más a adquirir el carácter de problemas internacionales, globales, que afectan el futuro de toda la humanidad.

## Léon Tabah

Es EVIDENTE que estamos llegando a una época de transformaciones fundamentales de la población mundial. La tasa de crecimiento está pasando por su máximo. De 0.5% en el curso del siglo XIX, esta tasa alcanzó 0.8% en la primera parte del siglo XX y súbitamente 1.8% en los años 50. Actualmente la tasa es del orden del 2% y está en proceso de lenta disminución de aquí a fin del siglo y aún más allá, como lo veremos más adelante.

Lo que es importante es que por la inercia de los fenómenos demográficos, el futuro se encuentra muy hipotecado por un fuerte potencial de crecimiento que se fue acumulando en las estructuras en el curso de los últimos treinta años. No se ha tomado en cuenta, suficientemente a tiempo, el potencial de crecimiento que se presenta a menudo a la opinión pública como la pesadilla de nuestra época después de la del terror atómico, y en fecha reciente con el problema de la degradación del medio ambiente, del cual se le atribuye, por lo demás, ser una de las causas mayores. El Tercer Mundo estaría amenazado de una lenta erosión de sus valores y de manera general de sus condiciones de vida por el hecho de su propia procreación, o más bien de su excesiva exuberancia. Es curioso comprobar cuántos fantasmas colectivos ha alimentado la demografía desde Malthus, pasando por los eugenistas, el "peligro amarillo", la demografía galo-

pante de los países en vía de desarrollo y, más recientemente, la famosa discusión sobre el papel estratégico que juega en los límites del crecimiento económico.

Una cuestión tan importante como ésta de la población mundial, y tan nueva —ya que no se planteaba en el intervalo de las dos guerras—, debía fatalmente provocar reacciones afectivas más apasionadas aún. Resulta cada vez más difícil, planteada en términos científicos, a pesar de que el tema ha llegado a ser uno de los más importantes de nuestro tiempo.

La preocupación por el futuro hace que se exija cada día más del demógrafo para que se constituya en un futurólogo y sucumba a las tentaciones del profetismo, aun cuando tome siempre la precaución de advertir que sus cálculos tienen un carácter más condicional que de conjetura. Más, quizás, que a sus colegas de las ciencias humanas, le incumbe, en efecto, tratar de responder a las cuestiones últimas sobre el futuro de las sociedades, pues él puede permitirse ver más lejos que ellos por el hecho de la inercia demográfica, y de satisfacer así la atracción especial que ejerce el año 2000. “Profetista acreditado por el estado”, así como por las organizaciones internacionales, el demógrafo debe responder a las preocupaciones de los gobiernos y elaborar proyecciones demográficas que comportan múltiples variables cuyas hipótesis necesita justificar y que debe luego prolongar en una variedad de proyecciones derivadas: proyecciones escolares, urbanas, regionales, de mano de obra, etc., facilitando así ampliamente la tarea del planificador.

El telón de fondo de estos estudios continúa siendo más que nunca la clásica cuestión de saber si en el por-

venir debe la población transformarse, para adaptarse a los recursos disponibles, esencialmente por un descenso de la fecundidad y una redistribución geográfica de los habitantes, o aun mejor lograr un equilibrio por una adaptación recíproca. Gran parte de esta controversia entre natalistas y malthusianos, o más bien neo-malthusianos, se fundamenta en la idea de que los recursos son inexorablemente limitados o si, al contrario, son susceptibles de multiplicaciones casi indefinidas gracias a sustituciones entre los factores de producción y los progresos de la tecnología todavía imprevisibles.

Sin embargo, tiene que reconocerse que nadie ha sido hasta la fecha capaz de cifrar racionalmente el óptimo de una población, aun cuando toma la forma más sutil de un ritmo de crecimiento óptimo que en vano ha sido objeto de investigaciones más teóricas que prácticas desde hace muchos años.

Así como en física (principio de indeterminación de Heisenberg) se ha probado que es imposible medir simultáneamente las dos dimensiones que determinan el estado instantáneo de una partícula, o sea su posición y su velocidad, la segunda modificando constantemente la primera y haciéndola por lo tanto imposible de aprehender, por lo mismo debe renunciarse a medir la población que conviene mejor, en un momento determinado, a un estado de los recursos naturales y de las condiciones de producción. Aquí también hay una relación dialéctica, una especie de ida y vuelta entre los factores que hace que toda modificación de la población destinada a llevarla hacia el estado óptimo transformaría simultáneamente las condiciones de producción y cambiaría de golpe

los antecedentes del problema. Inversamente, toda transformación de las condiciones de producción destinada a ajustarlas de manera óptima a la población modificaría al mismo tiempo la cifra de la población; a ello, la elevación del nivel de vida tendría por consecuencia una disminución de la natalidad. Es una paradoja que puso de relieve con gran sutileza de imaginación el profesor Roger Revelle en el Simposio de Naciones Unidas sobre Población y Medio Ambiente, celebrado hace poco en Estocolmo, en cuanto a la modernización de la agricultura en su relación con los cambios de la natalidad.

La noción de óptimo de población, así como la de sobrepoblación, que le es derivada, ya que la sobrepoblación comienza inmediatamente después del óptimo, es una de las más confusas de la demografía, aun cuando sean indudables realidades que somos incapaces de aprehender.

Tratemos de sacar algunas observaciones de la situación actual y luego trazar algunas líneas acerca del futuro:

1) En Europa la fecundidad no ha dejado de disminuir desde hace un siglo y parece converger dentro de un margen bastante estrecho de 2.3 a 2.7 nacimientos por mujer en las generaciones entradas en edad de reproducción inmediatamente después de la guerra, que va aún estrechándose en las generaciones más recientes. Una homogeneidad parece instalarse simultáneamente en el espacio, en el tiempo y en la jerarquía social, como si la familia se acercara a un modelo, un estereotipo común a todos. Las diferencias entre países y regiones, y aun entre clases sociales, han llegado a ser tan débiles que

sería inútil tratar de explicarlas tan sólo por discusiones bizantinas.

De hecho no es imposible que una demografía de nuevo tipo, reflejo de sociedades industriales o post-industriales, está formándose y que la reducida fecundidad y su aparente homogeneidad no sea más que una etapa de un estado a otro. No es imposible, en efecto, que el movimiento de báscula según las clases sociales, ya en germen desde hace unos diez años, no vaya a seguir hasta un trastorno completo de situación: los grupos tradicionalmente de baja fecundidad (o sea el tope de la escala social) están en vías de volverse más prolíficos, mientras que lo inverso parece esbozarse para los grupos que tenían fama de mayor fecundidad (lo bajo de la escala social). La homogeneidad actual resultaría del pasaje por un periodo intermedio en el cual los extremos vuelven a encontrarse en la misma línea antes de diferenciarse de nuevo, pero en sentido inverso al anterior.

Llama también la atención el carácter sincrónico de los cambios en la formación de las familias que se han producido en Europa y de manera más general en las sociedades industriales, ya que estos cambios se observan también en los Estados Unidos y en la URSS. Nadie ha sido capaz hasta la fecha de explicar los movimientos simultáneos de la fecundidad de los treinta últimos años, sobre todo el descenso general desde 1964, del cual ningún país europeo ha quedado apartado.

Si se quisiera pintar a grandes rasgos las evoluciones simultáneas de los tres últimos decenios podría decirse que la fecundidad de Europa occidental llega a ser más precoz, indiferente a las condiciones económicas, sociales

o religiosas, lo que no le impide llegar a ser más programada, organizada, gracias en parte a la difusión de los nuevos contraceptivos, como para permitir a las mujeres el adquirir más cómodamente su independencia, notablemente por entradas, salidas, retornos más frecuentes que antes en la población activa y de acuerdo con el desarrollo de la familia. Es sobre todo la condición de la mujer en una nueva sociedad que parece ser el centro de esta evolución.

2) No voy a comentar el enorme progreso en materia de salud, medicina y sanidad. Recordemos que hasta la segunda mitad del siglo XIX prácticamente ninguna población de magnitud apreciable había alcanzado una esperanza de vida superior a los 35 años.

Sin embargo, un hecho preocupante es el estancamiento en el progreso de la mortalidad en Europa alrededor de una esperanza de vida de 72 años para mujeres y 67 para hombres. En algunos de estos países se observa incluso un aumento de la mortalidad en las edades elevadas, fenómeno que somos todavía incapaces de explicar.

Además, la mortalidad diferencial sigue siendo un hecho crítico que refleja las injusticias sociales, los grupos étnicos, raciales, etc. Existen todavía países o grupos sociales en los cuales la esperanza de vida no pasa de 40 años. La mortalidad infantil, fidedigna indicadora de factores sociales y ambientales, del orden de 20 a 25 por mil en Europa, es todavía superior a 120 por mil, por término medio, en los países en vía de desarrollo. Esto confirma plenamente la prioridad que debe acordarse en un Plan Mundial de Acción sobre el tema, como lo está proponiendo con insistencia las Naciones

Unidas, y en este terreno no cabe duda que son requeridas metas cifradas.

3) En ocho de las nueve regiones más desarrolladas del mundo, las tasas de natalidad oscilan entre 13 y 18 por mil, en tanto que en las quince regiones menos desarrolladas oscilan entre 36 y 51 por mil. Aquí también la divergencia es considerable, aun más que en la mortalidad, incluso cuando no se tienen en cuenta los efectos estructurales.

Por lo tanto, las tasas de crecimiento natural de las regiones menos desarrolladas superan considerablemente a las de las regiones más desarrolladas, diferencias que últimamente han alcanzado grandes proporciones. La relación es de 1 a 5 por término medio. Si consideramos los últimos veinticinco años, la población del mundo creció 46% por término medio, siendo el crecimiento menor en Europa con 18% y el mayor en América Latina con 74%.

Asistimos así a una redistribución total de la población del mundo que va a ir acentuándose, como lo veremos más adelante con las proyecciones.

La fractura esencial del mundo contemporáneo, y más bien el futuro, no es tanto la que dividiría indiscriminadamente el mundo industrializado y el pobre y subdesarrollado sino la que se afianza cada vez más entre las poblaciones con régimen demográfico controlado con tendencia a la estabilidad y las poblaciones con régimen demográfico incontrolado.

4) No son, sin embargo, los países más pobres los que tienen el crecimiento de población más fuerte; todo lo contrario. En efecto, la población de los países con el in-

greso *per capita* más bajo ha aumentado a una tasa de 2.41% entre 1965 y 1969, lo que contrasta con una tasa de 2.94% para los países que sin llegar aun a salir del subdesarrollo tienen sin embargo un ingreso *per capita* que se sitúa claramente por encima del promedio. En el primer caso se encuentran sobre todo el África negra y Asia central y del sur, y en el segundo la América Central y tropical.

5) Un problema fundamental es el de la conveniencia de reiterar la hipótesis general, que parece sin embargo fundada en el buen sentido, según la cual serían los países que se beneficiaron del desarrollo económico más rápido los que estarían mejor colocados para entrar en la fase de transición demográfica, pues es cada vez más claro que intervienen aquí numerosos factores que no tienen sino muy poca relación con la economía. Innumerables encuestas sobre conocimientos, actitudes y prácticas anticonceptivas en el Tercer Mundo tienen el mérito de mostrar que existe una verdadera álgebra de la fecundidad que constituye una trama de variables difíciles de desenredar para poner de manifiesto su coherencia y lógica interna, pero en la cual la economía no ocupa sino un modesto lugar comparada con los valores culturales y sobre todo los políticos. El caso de China lo demuestra claramente.

Podría resultar inexacta la hipótesis sostenida por mucho tiempo por los demógrafos según la cual no se podrían observar modificaciones en la fecundidad sin que vayan precedidas por transformaciones económicas, con fuertes inyecciones de capital, como se usó en la Europa del pasado. Obsesionados por los fenómenos ya observa-

dos, los demógrafos no deberían por lo tanto desconocer lo inédito. Ellos saben bien que la historia no es mera repetición de hechos homogéneos.

No debe extrañar entonces que algunos países en vía de desarrollo, que han conocido muy fuertes aumentos de su ingreso *per capita*, que aún sobrepasaron el de los países industrializados, tengan todavía tasas de natalidad cercanas al máximo posible. Muchos dirigentes de estos países estimaron durante largo tiempo que la tasa elevada del crecimiento demográfico no ha impedido el progreso y que, al contrario, la reserva de mano de obra abundante y barata del sector tradicional absorbida por las grandes obras del sector moderno, ha permitido una plena manifestación de condiciones económicas, sobre todo en recursos naturales, por lo demás favorables. Las exigencias contradictorias entre "inversiones demográficas" e "inversiones económicas" se ven así en cierta forma invertidas: la mano de obra adicional ha sido capaz de crear un capital nuevo en vez de absorberlo bajo forma de inversiones demográficas. El crecimiento de la población, lejos de agotar el capital, ha contribuido por el contrario, a mantenerlo y a desarrollarlo. El Japón igualmente ha sabido integrar una masa importante de mano de obra, si bien su crecimiento nunca alcanzó ritmos muy rápidos como en otros países. Sería posible mostrar que el crecimiento moderado de la población japonesa de los últimos decenios ha sido una de las causas mayores de la prosperidad que conoce este país, como fue el caso en Europa en la época del despegue, salvo en Francia donde la transición demográfica precedió al desarrollo económico.

6) El razonamiento precedente, válido al comienzo de una fase de crecimiento demográfico, no llega a ser más aceptable a la larga, debido a las tensiones de todo tipo que crea la saturación demográfica. En muchos de los países en vía de desarrollo, las migraciones hacia las zonas urbanas no logran aliviar la situación de las zonas rurales, cuya población sigue creciendo al ritmo de 1% al año, volviendo cada vez más agudo el problema agrario, mientras que en los países industrializados, hace varios decenios que las zonas rurales tienden a despoblarse en beneficio de las ciudades. La relación hombre-tierra que está en vía de transformaciones profundas por reformas agrarias que permitan cierta retención de la población en el medio rural, se encuentra trágicamente trastornada por el crecimiento demográfico. Existen grandes extensiones de tierras "disponibles" pero muchas de ellas son áridas y algunas sólo podrían explotarse mediante inversiones considerables, sobre todo en regadío, lo cual lleva a los rigores de la vieja ley de los rendimientos decrecientes. En el simposio de Estocolmo, se estimó la inversión media necesaria para la modernización de la agricultura en unos 1 000 dólares por hectárea. El aumento de la población acarrea irremediablemente una reducción de la productividad en la agricultura debido al agotamiento de las explotaciones y al aumento de la disponibilidad de peones agrícolas. Las parcelas que quedan por distribuir se agotarían en muy pocos años por el incremento de la población activa rural. Ello explica naturalmente las tensiones políticas cada vez mayores de las zonas rurales.

En las zonas urbanas el cuadro no es mucho mejor: la

gente del campo que abandona su hogar invade las barriadas o *favellas*, verdaderos tumores de las ciudades donde se vive a menudo al azar.

La ciudad de México, que absorbe el 16% de la población total del país, crece a un ritmo de 5% por año. No es excepción. Las otras grandes ciudades de América Latina sufren de un gigantismo frecuentemente más agudo aún.

7) Si se juzga que en un país el crecimiento demográfico es demasiado rápido, los esfuerzos para hacerlo más lento sólo pueden desplegarse en el ámbito de la natalidad. Parece haberse iniciado un movimiento rápido que tiene un valor indiscutible de síntoma, que al comienzo afectó a países de escasa o reducida población donde la difusión de los anticonceptivos fue relativamente fácil y tuvo por resultado una reducción realmente acentuada de la natalidad. Es el caso de Puerto Rico, Chile y Costa Rica, en América Latina; Formosa, Hong Kong, Ceilán, en Asia. El movimiento parece abordar ahora con más lentitud países de gran tamaño como es el caso de India, Brasil e incluso México. Una mención muy especial debe acordarse a la República Popular de China, que en esta materia ha obtenido el éxito más halagüeño, al pasar la tasa de natalidad de 38 por mil en 1954 a unos 26 por mil en la actualidad, o sea el nivel de Estados Unidos en 1950, y además con una estructura mucho más joven.

Sin embargo, y fuera del caso de China, no siempre es fácil adoptar una posición porque estas acciones son "defensivas", puesto que son más bien una réplica a un cambio de origen ajeno (la reducción de la mortalidad) que una orientación de cambio deliberada, y por lo tanto no

corresponden al contexto político general del mundo subdesarrollado. La población acoge mejor un plan de industrialización que una acción destinada a reducir los nacimientos, la cual frecuentemente es percibida como una amenaza a la vitalidad misma de la población. No debemos ocultarnos que las ideologías dominantes del Tercer Mundo, están aún frecuentemente más cerca de Jean Bodin ("La única riqueza que existe es el hombre") que de los neomalthusianos. No debe extrañarnos por lo tanto que las declaraciones oficiales no correspondan siempre a la acción efectiva de los gobiernos.

Sea lo que fuere, se están observando cambios de actitud drásticos en el Tercer Mundo. Primero, por el hecho de una clara toma de conciencia de unos 25 gobiernos que, muy recientemente, han formulado metas cuantitativas en términos de natalidad, de reproducción o de crecimiento para el futuro y cuyo éxito les permitiría bajar la tasa de incremento por término medio a 2% en 1985 en vez del 2.4% previsto en las propias proyecciones de Naciones Unidas. La población de estos países representa el 74% de la población total del Tercer Mundo. No debe entonces asombrar que en el gran debate sobre políticas a seguir que tendrá lugar en la Conferencia Mundial de Población de 1974, en Bucarest, se adopten metas cifradas y escalonadas en el tiempo. Segundo, las tomas repetidas de posición en este mismo sentido, por parte de la República Popular de China, país socialista de unos 800 millones de habitantes, podrían contribuir a ejercer una especie de efecto demostración a nivel internacional, aun cuando la situación política y social de este país sea tan específica que no pueda pensarse en una

mera repetición de esta experiencia en otros países. Precisamente la comunicación entre representantes de gobiernos es uno de los objetivos esenciales de la Conferencia de Bucarest.

8) Esto nos lleva al último punto de esta breve exposición. Hemos visto que muchos países quisieran "forzar" el curso de la historia favoreciendo políticas que permitan un crecimiento demográfico menos rápido de lo previsto y vayan hasta acreditar la idea de que las tasas de incremento podrían caer a menos de 1% de aquí a fines del siglo. Pero no todo es posible y debemos reconocer los límites de nuestro poder. Digamos algo de las proyecciones. Varios tipos pueden imaginarse.

Las más sencillas se relacionan con estructuras por sexo y edad que se prolongan en el futuro mediante un cuadro de entradas por nacimientos o inmigración y salidas por defunciones o emigración. En este tipo de operación los cálculos pueden llevarse lejos, hasta 50 años inclusive.

Otras proyecciones integran un número mayor de variables y tienen por objeto no tanto prever la población futura como evaluar el peso de una variable en una coyuntura perfectamente determinada. El cálculo no es para nada previsional y no tiene como propósito más que la estimación de la acción de un parámetro en el sistema en el cual se encuentra integrado. Al proceder así, se hace uso del método de los modelos, cada vez más utilizados en las ciencias sociales y que no tienen otro objetivo que vislumbrar o más bien alertar la opinión pública y los poderes en la búsqueda de una política demográfica.

Recientemente estos cálculos fueron llevados hasta integrar un gran número de variables ligadas por relaciones matemáticas complejas gracias al método de simulaciones. Es el caso del estudio de los Meadows<sup>1</sup> en el MIT, que presenta la marcha de la caravana humana durante los siglos xx y xxi bajo la forma de cinco grandes grupos de variables que son la población, la producción alimenticia, la producción industrial, los recursos naturales y la contaminación.

Es notable que si uno se detiene en las dos primeras variables encuentra la visión de Malthus en la esfera planetaria: el progreso de la población amenazando su existencia. Es la primera toma de conciencia a escala mundial de una situación que había alarmado a Malthus a la escala de un solo país. La proyección se presenta bajo la forma de un enjambre de relaciones llamadas de retroalimentación positivas o negativas y uno puede preguntarse si al fin no hay en esta red de relaciones una variable dominante, y si esta variable dominante no es también libre, lo que debilitaría considerablemente el conjunto de la demostración.

Efectivamente la variable a la vez dominante y libre es el crecimiento demográfico. Todos los raciocinios del modelo se presentarían en términos totalmente diferentes si uno modificara las hipótesis sobre la evolución de la población. Es el reconocimiento de la demografía como fuerza mayor que condiciona la forma de las sociedades, pero tal vez es darle demasiada importancia. Los autores

<sup>1</sup> D. Meadows y otros, *Los límites del crecimiento*. México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

del informe han establecido ciertas relaciones entre la contaminación y el crecimiento demográfico a través de un deterioro de la salud como si fuesen moscas drosófilas en un laboratorio, y entre las inversiones y el crecimiento de la población pero sin justificar realmente las hipótesis.

Lo que llama la atención es que la natalidad, que es objeto de la mayor inquietud en el mundo contemporáneo, y que es realmente la variable que gobierna la evolución global, es totalmente descuidada. Es en efecto la variable clave, como lo vamos a ver con las proyecciones preparadas por las Naciones Unidas.

Consideremos primero una duración relativamente corta, o sea de aquí a fines de siglo. Los cálculos son hechos por países, agrupados en 24 regiones, con intervalos de 5 años.

Cuatro juegos de hipótesis han sido adoptados para el Tercer Mundo según la posible evolución de la fecundidad: fecundidad constante, y luego variantes dichas "fuerte", "media", "débil". El descenso es en todos los casos de 50% en 30 años, luego muy rápido. Recordemos que en Europa el descenso de la natalidad, una vez iniciado, ha continuado de manera casi ininterrumpida pasando de 38 por mil hasta los alrededores de 18 por mil. En menos de 50 años, salvo en Francia, las tasas disminuyeron casi en todos los países en 50% al menos. Siendo en el Tercer Mundo la natalidad actual mayor de lo que ha sido en Europa al inicio de la revolución demográfica, una disminución de la mitad la llevaría a niveles que serían todavía superiores a los de los países europeos en el momento en que éstos abordaron la última fase de la revolución.

Según la variante media las evoluciones son las siguientes:

	1965	2000		1965	2000
<i>Natalidad. Fecundidad</i>					
Países desarrollados	b = 18.6	17.5	R'	1.3	1.2
Países en vía de desarrollo	b = 40.6	27.4	R'	2.7	1.7
Mundo	b = 33.8	25.1			
Asia Central y sur (India)			R'	3.0	1.6
Asia del sureste			R'	3.0	1.6
Asia del este (China)			R'	2.0	1.2
<i>Mortalidad</i>					
Países desarrollados	d	9.1	9.6	e <sub>0</sub> = 70.4	73.2
Países en vía de desarrollo	d	16.1	7.6	e <sub>0</sub> = 50.0	65.2
Mundo	d	14.0	8.1		
<i>Estructura por edades (%)</i>					
		1965		2000	
Países desarrollados	0-14 años	28		25	
	15-64 „	63		63	
	65 + „	8.9		11.4	
Países en vía de desarrollo	0-14 „	42		35	
<i>Tasas de incremento (% anual)</i>					
	1965	2000			
Países desarrollados	1.0	0.8			
Países en vía de desarrollo	2.4	1.8			
Mundo	2.0	1.7			
América Latina	2.8	2.6			
Asia del Sur	2.8	2.0			

b = tasa de natalidad (por mil habitantes).

R' = tasa bruta de reproducción (número medio de hijas nacidas vivas por mujer en edad reproductiva).

d = tasa de mortalidad (por mil habitantes).

e<sub>0</sub> = esperanza de vida al nacer (años).

En Asia, las tasas de incremento son, al inicio de la proyección, más elevadas que en África en razón de una mortalidad más leve, y menores que en América Latina en razón de una natalidad netamente inferior.

Al final de la proyección las diferencias entre Asia y las demás regiones van agudizándose. En efecto, se supone que la propaganda en favor de la regulación de los nacimientos recibirá una acogida más favorable en esta región que en las otras dos y, por este hecho, es la única para la cual el descenso de la fecundidad logrará más que compensar el descenso de la mortalidad al comienzo de manera que las tasas de incremento descienden de 2.4% en 1960-1964 a 2.29% en 1975-1979 y progresivamente hasta 1.6% en el año 2 000. Al contrario, se supone que en muy pocos países africanos el descenso de la fecundidad tomará lugar en los 20 próximos años y la tasa de incremento subirá intensamente, pasando de 2.32% a 2.65% en 1985 y disminuirá a 2.4% en el año 2 000. En América Latina, donde la fecundidad es con mucho la más elevada, el descenso no será suficiente para compensar el efecto del mejoramiento de la salud sobre la mortalidad, de manera que la tasa de incremento se elevará de 2.78 a 2.86% en 1985. En esta región el crecimiento permanece, a objetos de la proyección, siendo el más fuerte (2.6%) pero no excederá entonces con mucho del de África. El crecimiento total del mundo pasaría de 3 300 millones en 1965 a 6 500 en el año 2 000. En los países desarrollados, la población pasaría de 1 400 millones: 1 450. En los países en vías de desarrollo, de 2 250 millones a 5 040.

La relación entre países desarrollados y subdesarrollados pasaría de 1 sobre 2.2 a 1 sobre 3.5.

El crecimiento mayor se observaría en Asia del sur, que constituye hoy día un tercio de la población mundial (981 millones) y aún pasaría a 2 350 millones el año 2 000.

Asia del Este pasaría de 831 millones a 1 420 millones en el año 2000 (China de 770 millones a 1 200 millones).

América Latina de 246 a 652 millones.

África de 303 a 818 millones.

Pasemos ahora a cálculos de proyecciones a muy largo plazo, de carácter enteramente especulativo, que tienen sin embargo cierto interés. La idea básica es que una tasa de incremento nula será sucesivamente alcanzada en las distintas regiones del Tercer Mundo durante el siglo XXI. Es evidente que el crecimiento nulo será alcanzado varios decenios después de que las parejas aseguren estrictamente su reemplazo.

Se observa, según la proyección media, que la estabilización no se alcanzará en el mundo antes de fin del siglo XXI, siendo la tasa de 2.0% en 1965-1970, 1.52% en 2005-2010, 0.46% en 2050-2055 y 0.9% en 2080-2085. *Al fin del siglo XXI la población estabilizada del mundo sería de 12 300 millones. La población de los países industrializados sería entonces de 1 900 millones y la de los países actualmente en vía de desarrollo de 10 400 millones y representaría al 85% de la población mundial.*

A fines del año 2100 la distribución sería la siguiente (en millones): Mundo, 12 300; Países desarrollados, 1 900; Países en vía de desarrollo, 10 400; Asia del este, 1 970; Asia del sur, 4 780; Europa, 700; URSS, 450; África,

2 330; América del Norte, 450; América Latina, 1 610; Oceanía, 570.

Estos cálculos muestran cómo las estructuras actuales pesan sobre un futuro que condicionan; evidenciando la gran inercia de los fenómenos demográficos a la que hemos hecho alusión repetidas veces.

Es asombroso comprobar que la crisis demográfica contemporánea, cuyos orígenes remontan a unos treinta años, con el comienzo de la baja de la natalidad en el Tercer Mundo, no puede ser resuelta sino por medio de una caída de la tendencia escalonada de por lo menos un siglo.

Es pues necesario compenetrarse de la idea de un planeta que tendrá claramente más de 10 000 millones de habitantes ya en los próximos 70 años y que llegará probablemente a 12 000 millones.

Una multiplicación por 4 es una mutación fantástica a la cual la mente se habitúa difícilmente. Sin ir muy lejos, el problema que ya debemos plantearnos hoy en día es lo que será en términos de relaciones económicas, de recursos naturales, de configuración política, de relaciones humanas y culturales, un planeta de casi 7 000 millones de habitantes a fines de este siglo.



## **Raúl Benítez Zenteno**

CUANDO SE TRATA de exponer un tema como éste de la situación actual y perspectivas de la población mundial en una exposición más o menos breve, el expositor se encuentra bien limitado. Vale la pena señalar algunas de las barreras que el propio tema impone sin pretender una enumeración exhaustiva sino más bien como elementos de juicio a la audiencia. Por otra parte, no considero que estas advertencias tengan algo de novedoso, ya que son las primeras preocupaciones que surgen a quien gusta introducirse en este tema de gran actualidad en México.

La primera gran limitación se expresa en el hecho cada vez más evidente para los especialistas de que las situaciones nacionales implican en la gran mayoría de los casos procesos de cambio diferentes que si bien es posible incorporar a esquemas o tipificaciones más o menos lógicos, operan a un nivel tal que llevan a simplificar como requerimiento del propio método, la gran complejidad del fenómeno y sobre todo la dificultad de contemplarlo como el resultado de procesos históricos conocidos. La orientación actual de los estudios se centra en esta preocupación. El dato sobresaliente de esta limitación puede quedar expresado de la siguiente manera: es casi imposible proyectar las condiciones futuras de los países a partir de su evolución reciente ya que las reglas del juego a nivel nacional e internacional se modifican

de manera brutal. Ni siquiera vale la pena hablar del gran fracaso de la planeación desarrollista tan en boga hace apenas veinte años. No obstante, se insiste en el juego proyectivo que anuncia grandes catástrofes si se mantienen las tendencias recientes, y ahora el año 2000 que adquiere un sentido mágico cuando se asocia a más de 6 000 millones de habitantes y que expone las ventajas de que seamos sólo 5 500 si logramos un rápido crecimiento económico junto con un rápido descenso del ritmo de crecimiento demográfico, postulando la necesidad de que los países atrasados tomen medidas de control, ya que su contribución al crecimiento de la población mundial es de más del 85%.

No se toma en cuenta el hecho de que las catástrofes que predicen los modelos para después del siglo xx constituyen una realidad que vive todos los días la gran mayoría de la población mundial. No se ha aceptado aún como objetivo mundial ineludible la solución a la miseria, al hambre, al analfabetismo y a otras tantas situaciones que constituyen la expresión de la explotación del hombre por el hombre, en aras de la necesaria expansión que será de la realidad para la subsistencia de ritmos de crecimiento económico y como característica básica del capitalismo y expresión de un socialismo también competitivo a nivel imperialista.

Una segunda gran limitación se plantea cuando hay necesidad para explicarse y hacer mención de los planteamientos dominantes buscando desmitificar su populismo, su demagogia tan avasalladores. No hay duda alguna de que sería más conveniente para la gran mayoría de los países pobres tener un ritmo de crecimiento de-

mográfico más lento. Tampoco hay duda de que sería más conveniente que la población tuviera un nivel de vida más alto y que la distribución del ingreso no fuese tan injusta, y que no hubiese hambre ni analfabetismo, etc. Pero resulta que a partir de estos planteamientos que constituyen objetivos ideales, se implementa la acción, y unos aparecen más factibles que otros y aparentemente no implican la necesidad de transformaciones revolucionarias importantes. Sin duda alguna, el problema demográfico es uno de estos temas que tienen la gran virtud de que pueden emplearse y se emplean para justificar la incapacidad de los gobiernos para poder realizar avances sustantivos en lo económico y en lo social. La fuerza de este gran argumento es al parecer sencilla. Toda la población de los países atrasados, aun la de las comunidades más alejadas en todo el mundo, se da cuenta de que crece más rápidamente que antes, y en los países avanzados se hace evidente que cada vez son más habitantes aún, con ritmos de crecimiento demográfico cada vez más lento.

Por otra parte, no hay duda alguna de que no podremos continuar creciendo así indefinidamente, y de aquí que los clamores tengan un carácter malthusiano; que crezca la población más lentamente porque de continuar así seguiremos siendo pobres. Este planteamiento no toma en consideración la forma en que se han dado los procesos de cambio económico, social y político y las transformaciones, la estructura y la dinámica de la población, pero sobre todo evade considerar la manera en que el hombre explota al hombre en el sistema capitalista.

En los países avanzados, donde se dan muy elevados

niveles de ingreso por habitante y en donde el crecimiento demográfico natural actual es de alrededor del 1% al año, el proceso de cambio demográfico o la llamada transición demográfica fue posible precisamente por el desarrollo capitalista basado desde sus orígenes en una permanente expansión imperialista. La transición demográfica en los países subdesarrollados no puede darse de la misma manera, como no podrá darse de la misma manera el abandono de su atraso. En Francia, la reducción de la fecundidad se dio mucho antes que en el resto de los países europeos y así se inició la práctica del control de la natalidad en gran escala. Ya en 1870 la tasa de natalidad fue de 25 nacimientos por cada 1 000 habitantes, mientras que en el resto de los países europeos fue de 35, y para la segunda guerra mundial había llegado a ser de 16. Todas estas situaciones que los demógrafos consideran aún no explicadas, llevaron a consideraciones políticas y decisiones, las que, por una parte, significaron pensiones familiares en relación con el número de hijos dentro de toda una legislación pronatalista, y al mismo tiempo una gran tendencia contemporánea a liberar la legislación sobre control de la natalidad.

Sin embargo, sobresalen en la historia dos elementos de gran importancia, y poco estudiados aún pero, sin duda relacionados con el desarrollo del capitalismo francés. En primer lugar, una de las soluciones del capitalismo industrial clásico fue la de apelar a la exportación de la dependencia tecnológica y de excedentes de mano de obra, que hicieron posible la propia transformación tecnológica y las transformaciones de la estructura ocupa-

cional, lo que llevó a que el sector primario descendiera con rapidez, ya que el país absorbía materia prima y alimentos baratos del mercado internacional. En segundo lugar, la industrialización se dio con ritmos de crecimiento lentos y ritmos de urbanización mucho menores que lo observado ahora en todos los países atrasados. La Francia del medio siglo de industrialización sólo tenía el 35% de población urbana.

Esos dos elementos, que corresponden al proceso de desarrollo industrial de la mayor parte de los países en donde se ve el capitalismo clásico, en Francia se dieron más temprano, sobre todo el descenso de la natalidad, lo que entre otros aspectos ha significado una estructura por edad considerablemente vieja, en donde sólo el 33% de la población tiene menos de 20 años en 1970, mientras que en 1870 tenían menos de esta edad el 43%. De 65 y más años había en 1780 sólo el 4.4%, los que para 1970 son el 13%. Es claro que en estos países los procesos de cambio demográfico son considerablemente diferentes cuando se comparan con los ocurridos en los países subdesarrollados, dado que en unos y otros la transición implica procesos históricos completos fundamentalmente afectados por factores económicos y sociales específicos.

Queda por establecer a mediano plazo en qué condiciones los cambios estructurales implican cambios demográficos, ya que a largo plazo se cuenta con suficientes evidencias que permiten afirmar que los cambios en la fecundidad responden más a los cambios estructurales sustantivos, ya que se trata de un factor que está íntimamente asociado en primer lugar a las propias orienta-

ciones ideológicas de las clases dominantes. Efectivamente, el poblacionismo, que hasta hace poco se proclamó en todos los países atrasados como factor necesario para el desarrollo, nunca tomó en cuenta que la mortalidad podía lograr descensos tan considerables y rápidos sin necesidad de transformaciones sustantivas en lo económico.

Con los resultados de 1960 en los censos de población se desata el nuevo malthusianismo, ya que todas las proyecciones demográficas quedaron por debajo de las cifras censales. Con la nueva evidencia de 1970, en los organismos internacionales y en el seno de los países, se desarrolla una gran labor por el control de la natalidad. Esta nueva orientación da sus frutos a largo plazo, ya que aun con grandes declaraciones públicas, cambios en la legislación, planes coordinados de las distintas dependencias, etc., en los países atrasados hay imposibilidades estructurales que impiden que el control de la natalidad se generalice, tales como por ejemplo la simple extensión de los servicios médicos. En segundo lugar, cada vez es más evidente que los obstáculos que impiden el desarrollo humano —único que garantiza una fecundidad controlada— no son materiales. Corresponden a la naturaleza sociopolítica de las relaciones internacionales, y a las relaciones entre las clases sociales dentro de cada país. La crisis actual ha mostrado de nueva cuenta el grado tan reducido de libertad en que operan los países atrasados. Se hace necesario tener atrás el apoyo decidido de una gran potencia para poder lograr cambios importantes.

En lo que se refiere a la población, la reorientación de las clases dominantes de los países atrasados se debe en gran medida a la consideración de que las tenden-

cias actuales constituyen un obstáculo irreversible del proceso de desarrollo; de aquí que el Estado debe asumir la responsabilidad del control del crecimiento demográfico como parte de las políticas generales de progreso sin modificaciones sustantivas al sistema capitalista dependiente.

Sin embargo, los niveles de fecundidad actuales en los países atrasados se han gestado en un pasado histórico, con orientaciones siempre poblacionistas en razón directa de las necesidades de mano de obra abundante para la producción agrícola, minera y de materias primas para la industria, únicos elementos que en una primera etapa colonial pueden aportar el subdesarrollo en un sistema de dominación que se ha ido modificando hasta llegar a etapas en que el desarrollo industrial se da dentro de gravosas condiciones de distorsión sectorial, como precio que las grandes potencias industriales capitalistas imponen a las economías nacionales subdesarrolladas, ya que la producción al estar generada por la necesidad no social de la ganancia dentro de patrones de consumo impuestos, para mantenerse obliga por lo menos a conservar el equilibrio interno y por consecuencia a diferir los cambios sociales y dentro de ellos cambios de importancia en la fecundidad.

No es así con los cambios ocurridos en la mortalidad, ya que se trata de un factor que en las condiciones de subdesarrollo ha sido posible modificar considerablemente merced a los avances logrados en los países desarrollados, en quimioterapia, insecticidas, desarrollo de antibióticos, etc., y en gran parte a esto se debe que la disminución de la mortalidad en América Latina, Asia y África cons-

tituya un proceso bien diferente a aquel que se dio en Europa. Actualmente el nivel de mortalidad para el conjunto de los países subdesarrollados es de aproximadamente 17 defunciones por cada 1 000 habitantes, mientras que en los desarrollados es de 9. En el futuro los niveles de mortalidad continuarán descendiendo en los países atrasados, y es posible que se llegue hasta sólo 10 defunciones por cada 1 000 habitantes para el año 2 000, lo que implica, sin cambios sustantivos en la fecundidad o aun con cambios relativamente importantes, que el crecimiento actual de 2.3% al año se mantenga o bien disminuya cuando mucho a 1.9% para dicho año.

Y aquí surge una consideración que los malthusianos no han tomado muy en cuenta en su afán por controlar la fecundidad, ya que consideran que éste es el factor más estratégico respecto a las tendencias demográficas del futuro. La mortalidad aún no ha disminuido lo suficiente para pensar que va a dejar de tener importancia en la generación de ritmos de crecimiento demográfico elevado. La mortalidad infantil en los países atrasados es aún muy elevada, y los avances que se dan en el orden de mejores condiciones de vida en las ciudades y en el campo, posibilitarán disminuciones en la mortalidad de los sectores pobres, no sólo respecto a la mortalidad infantil sino también en todas las edades. En los países industrializados los niveles de mortalidad se mantendrán a un nivel similar al actual, ya que aún no se resuelven los problemas básicos que permitan una mayor longevidad en el hombre. Incluso se proyecta para estos países niveles de mortalidad mayores ya que el límite de la sobrevi-

vencia humana coincide con estructuras de edad considerablemente envejecidas.

Una tercera limitación a la que me referiré ahora, para poder hablar de la población futura y que en parte he tratado ya, corresponde al hecho de las posibilidades de transformaciones importantes a nivel nacional, cuando son posibles, escapando a la acción capitalista, lo que ha traído en su momento conmociones mundiales, que remodifican el carácter de las relaciones internacionales. Con dos casos es suficiente: el caso de China y el de Cuba. En ambos su transformación revolucionaria ha traído ya cambios sustantivos en la estructura y dinámica de la población, precisamente aquellos por los que claman los malthusianos; disminución de la fecundidad a un nivel que permita un ritmo de crecimiento demográfico menor con programas de control de natalidad de importancia; particularmente en China, país donde se da la mayor extensión y eficacia de los programas anticonceptivos en el mundo. En ambos casos la meta que se persigue es el logro de una sociedad igualitaria, con grandes problemas para lograrlo a partir del establecimiento de nuevos valores, que han modificado radicalmente situaciones coloniales y en donde se ha erradicado el hambre, el analfabetismo y se lucha frontalmente para poder incorporar la población activa a la producción.

Podemos estar o no de acuerdo con el sistema elegido y con los medios para lograrlo, pero el hecho es que las tendencias de la población por diversas vías se adaptan a las necesidades reales del desarrollo, relacionándose mucho más orgánicamente con los otros sectores de la economía nacional, lo que incluye una revaluación profunda



## Enrique Beltrán

CUANDO LOS BIÓLOGOS enfocamos los problemas de población, lo hacemos desde un punto de vista un tanto distinto, por varias razones: en primer lugar, porque no podemos olvidar que cuando hablamos del hombre estamos hablando de una de las múltiples especies animales. No quiero regresar a la posición que algunos biólogos tenían a mediados del siglo pasado cuando la discusión entre materialistas y espiritualistas, vitalistas y mecanicistas, etc., era tan aguda y cuando todavía se discutía la validez de la teoría de la evolución. Había biólogos que pensaban que el hombre no era más que eso: una especie animal. Pero frente al punto de vista contrario de que el hombre era algo totalmente distinto, es decir, un producto divino, que no tenía que ver con el resto de la naturaleza, el de los biólogos era un gran avance. Sin embargo, olvidaban que precisamente por las características biológicas que distinguen a la especie humana, en el hombre la conjunción de una serie de características anatómicas y fisiológicas, la posición bípeda, el funcionamiento de la mano con un pulgar perfectamente oponible, un lenguaje articulado que permite mejor comunicación, un sistema nervioso central ampliamente desarrollado sobre todo en el encéfalo, le han permitido imponer sobre su naturaleza biológica una serie de características que pudiéramos llamar culturales, para hablar de su as-

pecto acumulativo. Todos los biólogos sabemos hoy que esos factores han hecho que la especie humana tenga una serie de posiciones distintas a las que puede encarar cualquiera otra especie; pero hasta donde podamos imponer lo que llamaríamos características humanas sobre las biológicas, indudablemente que tenemos un límite. En consecuencia, es muy conveniente que usemos un enfoque biológico en el que nos demos cuenta de la íntima relación que todas las especies animales y vegetales tienen entre sí y de las relaciones que tienen con el ambiente.

En segundo lugar, hacemos proyecciones a largo plazo, pero ¿por qué? Porque estamos acostumbrados precisamente a explicarnos las características de todo lo que existe como el resultado de un proceso evolutivo que ha llevado millones de años. Claro que es muy difícil hacer previsiones a largo plazo —en este sentido se habla de plazos de 50 años o de un siglo cuando mucho—, pero sería bueno recordar que nuestra especie tiene ya cuando menos un millón de años de existencia y que lo deseable sería, con un buen ajuste con el medio, que pudiera tener otro millón de años de existencia. No sería eterna porque todas las especies en una forma o en otra tendrán que transformarse o que desaparecer. Ante las proyecciones, creo que es conveniente que tratemos de ver qué cosa es básica entre el hombre y los animales, para ver hasta qué punto nos puede servir el enfoque biológico, en este caso fundamentalmente ecológico, para poder tener una visión mejor.

En una conferencia que hace unos meses dictaba yo en el Centro Médico, usé como título “Fertilidad animal versus fertilidad humana”. Decía “versus”, porque estaba

yo hablando de un fenómeno que es igual en los dos términos de la ecuación. Una de las características básicas de todo organismo es su poder de crecimiento. Sin embargo, la observación nos ha enseñado que este poder de crecimiento no es ilimitado. Cada especie, por sus condiciones genéticas, sus relaciones con el medio, tiene más o menos una talla que no puede sobrepasar. ¿Por qué? Por sus funciones, por una serie de explicaciones distintas, pero que todas llevan a hacernos ver que ese crecimiento es incompatible con el funcionamiento normal, pues llega un momento en que por un proceso dialéctico lo que era crecimiento da origen a una división, la forma más sencilla de la reproducción, una bipartición. ¿Por qué? Porque ahí se vuelven a recrear las condiciones adecuadas para los procesos físico-químicos necesarios a la existencia.

Entonces, en todas las especies animales tenemos ese poder de crecimiento que da por resultado una alta reproducción. No hay una sola especie que no tenga alta reproducción, desde las más pequeñas y que se reproducen con mayor actividad hasta las más grandes y que se reproducen con mucha mayor lentitud. Se ha hablado, por ejemplo, de una bacteria que tiene apenas unas cuantas micras, pero que puede reproducirse por bipartición cada 20 minutos; posiblemente en cuatro o cinco días, tendría un volumen igual al de los océanos del globo. Los mismos cálculos se han hecho en el otro extremo de la escala. Un animal de gran talla, el elefante, tiene un periodo de madurez sexual muy retardado hasta los 16 años, y no hay más que un producto en cada parto; sin embargo, se ha dicho que una sola pareja de elefantes pondría tener en sólo 500 años más de 15 millo-

nes de descendientes. Esto lo podemos multiplicar en cualquier otro grupo animal o vegetal, pero vemos que en la naturaleza no sucede. Observamos que hay explosiones demográficas. Aquí sí son verdaderas explosiones. No es el caso de lo que llamamos explosión demográfica en la especie humana, que no es más que un proceso continuo acelerado, porque la explosión se produce y se detiene. En las especies animales sí sucede eso. Todos ustedes que salgan al campo, habrán visto en ciertas épocas del año esas enormes cantidades de mariposas que nos encontramos por millares y millares que van cruzando en el campo; cuando hemos tenido la desgracia de sufrir las invasiones de langosta, por ejemplo, que en nuestro país hasta hace pocos años eran relativamente frecuentes, vemos qué pavoroso es el crecimiento de una especie. Y así lo hay en roedores y en una serie de otras especies. Pero estos crecimientos son locales y episódicos. Es decir, una plaga de langosta nunca afecta a todo el mundo, afecta a una región. Una plaga de roedores no es permanente. Esas emigraciones de grandes números de mariposas terminan con una pavorosa mortalidad. Es decir, si vamos a ver los campos donde hubo langostas, inclusive si no ha habido ningún método de control humano, encontramos que cuando ha habido una cierta curva han acabado ellas mismas con su subsistencia, han propagado enfermedades por la aglomeración que tenían, y mueren. Entonces urge acabar con las langostas, pero quedó el campo cubierto de cadáveres. Las plagas de roedores se acaban porque por dondequiera los encontramos muertos. Quiere decir que la naturaleza está contraponiendo dos factores bioló-

gicos, a través de la selección natural: una alta natalidad con una alta mortalidad.

En consecuencia, el equilibrio, que nunca es un equilibrio permanente, dinámico, se mantiene más o menos adecuado en las poblaciones no humanas. Nosotros en la especie humana, precisamente por estas características propias que nos han permitido actuar con mayor fuerza en el medio, hemos logrado, como ya han dicho aquí los demógrafos, hacer bajar la mortalidad, pero no nos hemos preocupado por hacer bajar la natalidad; es más, cuando ya habíamos reducido mucho la mortalidad, todavía había tendencia a impulsar la natalidad.

Éste es problema que posiblemente, por razones biológicas, se resolverá en el futuro. Si no hay razones sociales, simplemente por razones biológicas, cuando seamos demasiados, va a bajar la población. En una discusión en que se estaba hablando de lo que Dennis Meadows ha llamado el "cero crecimiento demográfico", se contestaba a una crítica que hacía Notestein diciendo: ¿para qué vamos a postular el cero crecimiento demográfico si de cualquier manera la población llegará a estabilizarse? Entonces uno de los que tenían el punto de vista contrario decía: Sí señor, perfectamente bien, pero ¿de qué manera? Posiblemente por la enfermedad, por la alta mortalidad, por la miseria, etc. Es el mismo método que usan las especies animales, pero si nosotros hemos empleado nuestra habilidad propiamente humana, nuestro desarrollo intelectual, nuestra posibilidad de construir útiles, instrumentos, tecnologías, etc., para reducir la mortalidad, lo mejor es que procuremos hacer un restablecimiento de este equilibrio sin necesidad de tener que recurrir a epidemias, a bom-

bas atómicas o a otros de esos métodos, sumamente efectivos, pero poco placenteros de considerar.

En consecuencia, en este caso, hay que ir viendo hacia el futuro. El problema no es tan agudo, y puede tener paliativos. ¿La crisis actual de pueblos hambrientos será menor que la posibilidad del aumento en la producción que se va a alcanzar, para que más bocas humanas satisfagan su hambre? Hemos visto que entre la época en que el tan calumniado Malthus hizo sus exposiciones y la actual, se ha multiplicado la productividad en una forma fabulosa; sin embargo, el mundo está lleno de hambrientos ¿Por qué? Porque hemos ido traicionando esos adelantos con los crecimientos, y porque, además, el propio avance tecnológico nunca ha sido un procedimiento inocuo; todo lo que hemos logrado aumentar para producir alimentos, igual que todo lo que hemos hecho para evitar plagas humanas, de los animales o de los cultivos, todo hemos tenido que pagarlo.

¿Cómo pudo el hombre tener más alimentos durante mucho tiempo? Ampliando las zonas agropecuarias. Y ¿cómo lo hacía? Destruyendo bosques, frecuentemente bosques que ocupaban situaciones críticas en laderas y en donde estaban regulando el escurrimiento del agua, protegiendo de la erosión, donde estaban desde luego produciendo oxígeno que los animales requerían. Entonces, estábamos teniendo más trigo, más maíz, más arroz, menos bosques, y con frecuencia en terrenos que luego se abandonaban porque no servían; inclusive a veces la propia agricultura y la ganadería entraban en conflicto. Ejemplo muy reciente fue el de Estados Unidos después de la primera guerra mundial, cuando en el Medio Oeste,

ante la demanda de granos, se roturaron praderas que eran un verdadero emporio ganadero, para sembrar cereales. Resultado: el suelo no era adecuado, se destruyó y se formó eso que los norteamericanos han llamado "la olla de polvo" (*dust-bowl*) y que todavía los angustia.

Es que realmente tenemos que darnos cuenta de algo: estamos aquí en una sala en donde calculo que somos unas doscientas personas aproximadamente. No sería difícil que pudiéramos acomodar otras 50, y quizá, si por razones de otra índole, y no se objetara, encima de cada persona sentáramos a otra, pudiéramos llegar hasta cuatrocientas. Pero posiblemente sentando a una tercera, ya no sería posible. Entonces ¿qué nos demuestra esto? Que un crecimiento infinito, de una especie animal, o de una especie vegetal o de la especie humana, no puede tener lugar en un medio finito como es nuestro planeta. Esto lo comentaba un destacado economista, Kenneth Boulding, de la Universidad de Colorado, al decir que quien crea que el crecimiento exponencial puede continuar indefinidamente, es un loco o un economista.

Ahora llegamos a otro aspecto muy interesante. Hemos estado hablando hasta aquí de subsistencias, de espacio, etc., pero hay que ver que el espacio disponible lo estamos reduciendo, porque le estamos quitando calidad. Por ejemplo, podemos mantener un nivel en el régimen del agua, con el ciclo de todos conocido: evaporación, precipitación, etc. Un río tiene hoy el mismo gasto que tenía hace 50 años, y sin embargo, ese río ya no tiene desde un punto de vista cualitativo el mismo tamaño que tenía; ¿por qué? Porque antes tenía un agua pura, un agua que podíamos emplear para cualquier uso, in-

clusivo el uso humano, y ahora ya se ha reducido de tal manera por la contaminación que esa agua, aunque exista ahí, ya no es tan útil o nos es muy limitadamente útil. Entonces no sólo estamos en un ambiente reducido finito, lo que Barbara Ward denomina también la nave espacial, sino que con la contaminación, con la deterioración ambiental, estamos todavía haciendo que para fines dinámicos su tamaño estático en realidad disminuya. Hablamos, por ejemplo, de que hay muchas posibilidades en el desarrollo agrícola el día que podamos regar mayores extensiones. Tenemos grandes extensiones de desierto que podríamos convertir en lugares fértiles. Esto es indudable, pero ¿qué limitaciones tiene? ¿Qué estamos haciendo en la actualidad cuando estamos usando las aguas subterráneas? Estamos aprovechando —y ahí volvemos a la necesidad de tener visión a muy largo plazo— aguas fósiles que necesitaron millones y millones de años para acumularse. Mientras estemos usando con cautela estas aguas, no habrá dificultad, pero si no, como ya está sucediendo en todos lados, empezarán a bajar los niveles, y necesitaremos un tiempo enorme. Entonces, el problema es cómo tener más agua. No podemos actuar sobre el ciclo natural del agua. Se habla entonces de desalinar las aguas marinas, a reserva de que se pueda contar con energía solar, que sería más deseable, pues ya tenemos la energía nuclear.

Un autor norteamericano daba este ejemplo: haciendo a un lado los posibles peligros de las plantas nucleares y la contaminación térmica de las aguas, vamos a suponer que tenemos uno de estos reactores que está produciendo 620 millones de galones de agua dulce por día, pero al

mismo tiempo que produce esa cantidad está produciendo 100 000 toneladas de sal y se pregunta este autor alarmado: ¿Qué vamos a hacer con esas 100 000 toneladas de sal? ¿Dónde las vamos a poner? ¿Las volveremos a echar al agua? Bueno, quizá si consideramos el enorme volumen de los océanos, no se afectarán en un tiempo bastante largo, pero en las zonas en donde ellos estuvieran operando, serían enormemente afectadas, seguramente con disminución de esos animales en que tenemos tantas esperanzas para remediar nuestra escasez de proteínas: los peces y mariscos, etc. Entonces ven ustedes que siempre hay un dilema. Pensamos que debe explotarse más profundamente, por ejemplo, el petróleo en la plataforma continental; lo mismo otros minerales como por ejemplo el manganeso, pues sabemos que hay nódulos en grandes cantidades en los fondos oceánicos. Claro que sería muy bueno, pero ¿qué va a pasar el día en que haya realmente una verdadera explotación extensiva? Las especies animales que depositan ahí sus huevecillos, las plantas que de éstas se alimentan, en fin toda esa trama de la vida que nos va a dar alimentos, ¿no va a sufrir por eso? ¿no va a haber contaminaciones muy fuertes?

Entonces, por doquiera que busquemos, encontramos una serie de problemas, inclusive en el momento en que dispongamos de más energéticos, aun la energía que nos proporciona alimento o el agua, pues todo lo demás no es sino la liberación del carbono acumulado a través del tiempo en los combustibles. Estaremos considerando grandes cantidades de oxígeno de la atmósfera, pero si al mismo tiempo estamos envenenando el planctum mari-

no, al que algunos autores atribuyen la mayor producción fotosintética de oxígeno; si, por otro lado, estamos con grandes programas de desarrollo para convertir en terrenos agrícolas el Amazonas, que es posiblemente la fuente de oxígeno terrestre más grande que queda todavía en el mundo, estaremos resolviendo un problema para crear otro.

En segundo lugar, una reducción pequeña en la presión de oxígeno, ¿no podría crear dificultades para la vida de algunas especies animales o vegetales que son claves incluso para la existencia del hombre? Una disminución en el tenor de oxígeno en aquellos grupos sociales que no son pequeños, que como nosotros vivimos por arriba de los 2 000 metros, ¿no traería también trastornos fisiológicos? Yo creo que todas éstas cosas merecen meditarse.

Pero si vamos a la raíz de todas estas cosas, ¿cuál es el fundamento? La sobrepoblación. Podemos estar hablando de que los automóviles son los principales contaminadores del aire en las ciudades, y pensando en mecanismos para una mejor combustión en coches más o menos grandes, etc., pero indudablemente, si seguimos aumentando el número de habitantes va a haber más demanda de coches, y si por un lado logramos bajar la contaminación que produce un motor de combustión interna un 10% y por otro lado aumentamos en ese mismo periodo un 20% de población, pues lo que pasará es que con autos más perfeccionados que contaminan menos, estaremos contaminando más. La gente de mi generación nos criamos en una ciudad de México en la que desde que nacimos había ya automóviles, pero, claro, mientras

eran algunas docenas no contaminaban el ambiente. ¿Y por qué había docenas? Porque no había una demanda de usuarios. Entonces si no vamos viendo este equilibrio, todo lo que hagamos guiados exclusivamente en la tecnología no va a resultar. Ahora bien, a quienes decimos esto, se nos tacha de pesimistas, que estamos en contra del progreso, etc. Si tenemos criterio histórico, veremos que en cierto modo la historia nos ha dado la razón, porque todas las previsiones pesimistas de hace 100 años se han convertido más o menos en realidades ahora; muy pocas de las optimistas en cambio. Pero además, en el caso de la población creo que no hay gran peligro en disminuirla, porque, como ha dicho muy bien un gran ecólogo norteamericano, Ehrlich: “¿Qué peligro habría si podemos dar marcha atrás? Es decir, podemos volver a elevar la población”. —y agregaba: “Cuando llegue el momento, afortunadamente la gente puede reproducirse en grandes cantidades, por obreros no calificados a quienes les encanta su trabajo”.



## **II. SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS DE AMÉRICA LATINA**

**28 de noviembre de 1973**

Participantes:

Dra. CARMEN A. MIRÓ, Directora del Centro Latinoamericano de Demografía, Santiago, Chile

Lic. FRANCISCO JAVIER ALEJO, Director del Fondo de Cultura Económica

Sr. LUIS OLIVOS, Representante del Fondo de las Naciones Unidas para Actividades en Materia de Población, México

Dr. RODOLFO STAVENHAGEN, Director del Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México



## Carmen A. Miró

EN PRIMER LUGAR, quisiera agradecer a don Antonio Carrillo Flores la oportunidad que me da de entrar en contacto con un grupo mexicano con las características de éste.

Me pidieron que les hablara esta noche de las perspectivas demográficas de América Latina. Predecir con razonable margen de exactitud la evolución que en términos del tamaño, estructura y distribución geográfica ha de seguir una población, ha resultado tarea básicamente imposible. Una acertada predicción del futuro supone la posibilidad de cuantificar no sólo las variables demográficas básicas sino también las de otra naturaleza que tienen incidencias sobre ellas. Y sobre todo supone también la capacidad de jerarquizar correctamente la influencia que sobre ellas tendrán hechos futuros. Por ello, el demógrafo llamado a pronosticar las perspectivas demográficas de una población, consciente de las dificultades anteriormente mencionadas, se limita a aportar modelos que describen cuantitativamente los efectos esperados de patrones alternativos de evolución demográfica. Son éstas las llamadas proyecciones que generalmente se realizan suponiendo combinaciones de las variables básicas conjeturadas por el demógrafo.

Es esto lo que explica la existencia de la literatura especializada de proyecciones de población designadas como

alternativas alta, media y baja. A pesar de la precaución del demógrafo de dar un margen de posibilidades, de posibles valores dentro del cual estima ha de darse el nivel real de la variable examinada, no ha sido infrecuente encontrar que proyecciones preparadas en el pasado hayan mostrado un bajo valor predictivo al compararlas con lo realmente ocurrido. Esto es precisamente lo que repetidamente se dio en el caso de proyecciones sobre el tamaño de población de la América Latina. Una y otra vez fue necesario revisar para aumentarlas las proyecciones preparadas antes de 1960. La comparación que ahora podemos hacer de las proyecciones preparadas hace más de dos decenios por lo observado evidencian que fue el curso de la mortalidad latinoamericana el que no pudo preverse. El demógrafo supuso erróneamente que la velocidad del descenso de la mortalidad estaría determinada por el ritmo de mejoramiento de las condiciones de vida. Ahora sabemos que realmente se produjo una ruptura entre el nivel de vida y la duración de la vida. Como ha sido repetidamente señalado, la reducción de la mortalidad desde los niveles prevalecientes en la mayoría de los países latinoamericanos antes de la segunda guerra mundial a los del decenio del 60 constituyen un fenómeno sin precedente que difícilmente podría haberse pronosticado. Tal reducción queda dramáticamente evidenciada si como ejemplo de lo logrado se señala que Costa Rica redujo su mortalidad a la mitad en los veinte años transcurridos entre finales de los años 30 y finales de los 50. Descenso que en el pasado tardó 150 años en Inglaterra y Gales, por ejemplo. Las reflexiones anteriores constituyen una advertencia sobre la validez predic-

tiva de las proyecciones de poblaciones en América Latina al año 2000 a que haré referencia más adelante.

Los datos de los censos de población de 1970 que lenta y dificultosamente, cuando no en forma incompleta, van poniéndose a disposición del estudioso de la demografía de América Latina han permitido configurar un diagnóstico que parece apuntar hacia una ruptura de la tendencia observada hasta entonces de gradual incremento de la tasa anual de crecimiento de la población total. Por primera vez las revisiones que se hacen en las proyecciones preparadas anteriormente sobre la población de la región al año 2000, están destinadas a disminuir las cifras originalmente calculadas. El *Boletín Demográfico* que publica periódicamente el Centro Latinoamericano de Demografía refleja claramente ese fenómeno en un ejemplar publicado en octubre de 1968. Se estimó que la población de la región en el año 2000 sería de 641 millones. En julio de 1971 o sea poco más de dos años después, se rebajó esa cifra a 639, y un año después, en julio de 1972, hay una disminución nuevamente de otros dos millones a 637 millones. Un *Boletín* publicado en enero de 1973, es decir, seis meses después del último número mencionado, la reduce todavía a 635.6 millones y estimaciones aún más recientes permiten disminuir la proyección a 624 millones. La diferencia del orden de 16 millones no es grande si se considera que frente a 641 millones, representa un 2.5%. Lo que la torna significativa no es su tamaño, sino su signo, que es de disminución.

Aunque será preciso contar con los datos de censos de un mayor número de países latinoamericanos para con-

firmar la modificación a que se ha hecho referencia anteriormente, ella parece deberse a que la previsión hecha por el demógrafo respecto del descenso de la fecundidad resultó conservadora frente a lo que realmente ocurrió en algunos países de la región. Quizá los dos casos notables en este sentido los constituyen Chile y Costa Rica. El primero de estos países había demostrado en el pasado ciertas tendencias al descenso de su fecundidad, pero a partir de 1962 se inicia una disminución no sólo persistente sino relativamente rápida que hace bajar el número de hijos por mujer de 5.2 a 3.7 en 1970, lo que constituye un descenso de casi un 30% en 8 años. La disminución de la fecundidad en Costa Rica es igualmente rápida: entre 1960 y 1968 el número medio de hijos por mujer baja de 7.4 a 5.4 con la diferencia de que en este país se había mostrado hasta entonces uno de los niveles más altos de fecundidad de la región, más o menos estabilizado a través de numerosos años. Por otro lado, en algunos países han podido detectarse descensos relativamente importantes en las tasas específicas de fecundidad de los grupos de mujeres menores de 20 años y en las mayores de 30 años, que es precisamente el comportamiento que se da en poblaciones que adoptan una conducta restrictiva frente a la reproducción. Se posponen matrimonios o el nacimiento del primer hijo, y a partir de un cierto número de hijos, se limita la fecundidad pasados los 30 años. Evidencias de modificaciones de ese tipo se han dado en Brasil y en Guatemala, y para los grupos de 15 a 19 y 45 a 49 años de edad en Venezuela. Otros países como Perú, parecen presentar descensos de

variable magnitud en la fecundidad de todos los grupos de edad.

Lo anterior no debe interpretarse en el sentido de que en todos los países latinoamericanos se estén dando descensos de la fecundidad. Por el contrario, todavía es posible detectar aumentos en ciertos grupos de edades en algunos países, especialmente en los centroamericanos. Proyectando la tendencia a la que apuntan los nuevos datos de que se dispone sobre la fecundidad, es posible suponer ahora que la mayoría de la población latinoamericana vivirá en el año 2000 en países con niveles intermedios o moderadamente bajos de fecundidad, medida ésta a través de la tasa bruta de reproducción. (Y aquí debo hacer un paréntesis para decir que por tasa bruta de reproducción entendemos los demógrafos una medida sintética muy sencilla: es el número medio de hijas que tendría un conjunto de mujeres de mantenerse los patrones reproductivos que se dan en el momento en que el índice se calcula) Clasificando en varios niveles y considerando como alto 2.50 y más hijas, y moderadamente alto de 2.0 a 2.49, intermedio de 1.50 a 1.99, y moderadamente bajo de 1 a 1.49, encontramos que la mayor parte de la población de la América Latina vivirá en países que tendrán niveles de menos de 1.50, es decir,  $1\frac{1}{2}$  hijas por mujer.

Esto no es tan significativo si digo que hace apenas cinco años no se pensaba de esa manera, sino que el grueso de la población estaría principalmente ubicada en países que tendrían niveles moderadamente altos y altos. Quiero subrayar que esto en parte se produce porque

Brasil, que es un gigante demográfico, se ha movido de un nivel moderadamente alto a un nivel intermedio.

Se supone que el descenso de la fecundidad en algunos países de la región se daría aun frente a algunos fenómenos demográficos que podrían ejercer más bien una influencia contraria. Como disminuiría proporcionalmente el grupo de menores de 15 años de edad, el porcentaje de población entre 15 y 49 aumentaría, lo que en el caso de las mujeres, unido a una menor mortalidad, debería conducir en ausencia de otras modificaciones a un incremento de la fecundidad. Sin embargo, a pesar de eso, se espera que va a continuar bajando la fecundidad. Es evidente, entonces, que el demógrafo espera que se intensifique la acción de los factores que han hecho posible los descensos ya descritos, factores que se asocian más a condiciones socioeconómicas que a la operación de programas organizados de planificación familiar.

La otra variable crucial es la de la mortalidad. El descenso de la mortalidad en la mayoría de los países de la región ha ido frenándose, y las disminuciones, si bien persistentes, han sido en años recientes mucho más modestas. Al iniciarse los años 70 existían dos países, Bolivia y Haití, en los que la esperanza de vida al nacimiento oscilaba alrededor de 45 años, y por lo menos otros siete países en los que dicho valor se encontraba entre los 50 y los 55 años. En estos países se esperan a fines del siglo los descensos más rápidos de la mortalidad, lo que unido al hecho de que aún no se perciben cambios importantes en la fecundidad hará que ellos presenten todavía niveles de crecimiento relativamente altos, excediendo algunos del 3% anual. En los demás países de la región, la pro-

yección de la mortalidad va a prever para los próximos 25 años descensos similares a los que se vieron en el lapso entre 1950 y 1970. En otras palabras, podría afirmarse que para el conjunto de la región la mortalidad ha dejado de ser la variable clave en la determinación de cambios en el comportamiento de la tasa de crecimiento de la población.

Otro fenómeno que hay que mencionar cuando se habla de las perspectivas demográficas de la América Latina es el crecimiento de las ciudades. En el año de 1970 había 16 ciudades de un millón y más de habitantes, que concentraban 52 millones de personas, o sea el 46% de toda la población urbana de la región, que se estimaba en 113 millones. Las tendencias de la urbanización continuarán, y se calcula que para el año 2000 el total de la población urbana se habrá duplicado. Frente a esta posibilidad, habría que considerar que en lo futuro numerosos países latinoamericanos no requerirán que se dedique a la agricultura más de un 25 a un 30% de su población activa, a diferencia de la elevada proporción actual, por lo menos dos veces mayor. Una evolución de este tipo supondría una elevación del nivel de productividad de la agricultura, desarrollo al cual necesariamente contribuirán las reformas agrarias en marcha o por organizarse en nuestros países.

De ocurrir cambios semejantes, una mayor proporción de población rural buscará ocupación de carácter urbano. El patrón que esta transferencia siga dependerá de los programas que se adopten para equilibrar el desarrollo urbano y el rural, tales como los que implican una descentralización de las industrias y de las funciones po-

lítico-administrativas de la gran ciudad, así como la promoción de desarrollo rural. En síntesis, si las condiciones de América Latina siguen siendo parecidas a las actuales, el proceso de urbanización, que parece un fenómeno irreversible, acumulará en las ciudades para fines de siglo el doble de la población urbana actual. En cambio, si por la adopción de determinados programas se lograra disminuir las marcadas diferencias actualmente existentes entre la sociedad tradicional rural y la moderna urbana, es probable que se modifique el patrón de la urbanización reduciendo así la importancia de la gran ciudad, y con ello la magnitud de los numerosos problemas que han acompañado el crecimiento de nuestras ciudades. Aun así no podrá evadirse el ingente problema que implicará dotar de empleo productivo a la proporción creciente de la población en edad de trabajar, que tenderá a aumentar aún más velozmente en las áreas urbanas.

He aquí en una síntesis en exceso apretada algunas de las características más salientes de la esperada evolución demográfica de América Latina. Por su carácter genérico, no se ha intentado caracterizar la evolución diferenciada que experimentarán distintas sub-regiones del continente en distintos países. Es obvio que lo aquí señalado es válido para el conjunto pero que indudablemente se producirán desviaciones significativas en este panorama general.

## Francisco Javier Alejo

DESDE EL SIGLO PASADO se han diseñado y discutido diversas teorías con el propósito de relacionar el crecimiento de la población con los fenómenos económicos. En los últimos decenios estuvieron en boga diversos planteamientos que sintetizan la idea de que las poblaciones humanas pasan por distintas etapas, desde una fase que podríamos llamar primitiva en que la disponibilidad de alimentos regula los nacimientos y defunciones y la población se mantiene en general estacionaria con tasas muy altas de mortalidad y fecundidad. Si la sociedad en cuestión se embarca en un proceso de modernización, es de esperar que la tasa de mortalidad crezca al mejorar los niveles generales de alimentación y salud, y la tasa de crecimiento global de la población tienda a aumentar. Se presenta así esta segunda fase en la que la población se desestabiliza y tiende a aumentar a un ritmo que depende de la diferencia entre las tasas medias de mortalidad y natalidad. Finalmente, se supone que sobreviene una tercera fase en la que los niveles de vida y educación de los elementos integrantes de la población son tan altos, que la fecundidad deja de estar vinculada a la disponibilidad de alimentos y satisfactores básicos y se inicia la reducción de las fases de reproducción, y en consecuencia de la natalidad, con lo que el ritmo de crecimiento de la población se reduce y la misma tiende al

final a la estabilización con fecundidad y mortalidad bajas.

La experiencia de la mayor parte de los países que hoy se llaman desarrollados corresponde a este patrón de comportamiento y puede decirse que muchas de esas poblaciones son por lo menos casi estables. El problema de los países en desarrollo es que, después de la segunda guerra mundial, contaron con la incorporación de importantes innovaciones tecnológicas en el área de la salud pública y los sistemas médicos asistenciales que redujeron la tasa de mortalidad abruptamente hasta niveles parecidos a los de los países de más alto desarrollo. Mientras tanto, las tasas de fecundidad se mantuvieron muy elevadas, fenómeno que tiene un enorme conjunto de consecuencias desde el punto de vista económico.

Mucho se ha discutido respecto al tamaño óptimo de la población que puede soportar un determinado país considerando sus recursos y sus territorios. Sin embargo, las ideas que se plantean al respecto carecen por lo general de solidez científica y parten de supuestos que hacen ignorar en el análisis la organización específica de la sociedad en cuestión, su capacidad de cambio tecnológico y las diversas variantes de explotación de los recursos que se pueden presentar en el futuro. La preocupación que probablemente tiene más sentido es la relativa al ritmo de crecimiento de la población cuando la tasa de expansión demográfica aumenta. Un país en desarrollo sufre la consecuencia inmediata de ver reducido su ritmo de crecimiento económico *per capita* a menos que tenga la posibilidad de aumentar sus recursos de ahorro, inversión y cambio tecnológico a fin de com-

pensar el mayor número de habitantes que se incorporan a la población en esas circunstancias. La experiencia internacional en los últimos treinta años muestra que casi la totalidad de los países en desarrollo han sido hasta el momento incapaces de modificar sus estructuras sociales a la velocidad y en la dirección que les ha exigido la explosión demográfica. Lo que ha ocurrido en la mayor parte de los casos ha sido una reducción de la tasa de crecimiento económico *per capita*, una reducción relativa de las disponibilidades financieras para la ampliación de la estructura productiva al tener que destinar cuantiosos recursos a la expansión de la infraestructura social básica que demanda la creciente población, aumentos de la propensión al consumo, crisis de balance de pagos, y aun inflación.

Además, con el ritmo al que las sociedades en desarrollo pueden incorporar plenamente nuevas tecnologías que aprovechen racionalmente sus recursos naturales, en la mayor parte de los casos una alta expansión demográfica se ha traducido en depredación de los recursos naturales como consecuencia de que la población aumenta muy rápidamente, con una tecnología invariable y trata de sobrevivir con base a una dotación fija de recursos naturales.

Siendo todos los fenómenos mencionados de singular importancia, probablemente la más grave consecuencia de la expansión demográfica que están sufriendo hoy los países en desarrollo es el desempleo. Es válido decir que prácticamente en todos los países en desarrollo ha surgido en el último decenio un creciente desempleo abierto y subempleo de la fuerza de trabajo que en la mayor

parte de los casos equivale a un nivel de desempleo global de entre 25 y 30% total de la fuerza de trabajo incorporada al mercado. Lo paradójico del fenómeno es que surgió paralelamente con el desarrollo económico. Después de la segunda guerra mundial, muchos países atrasados iniciaron programas de fomento del desarrollo y de la salud pública que por un lado redujeron la mortalidad y por otro hicieron que creciesen con grandes disparidades de niveles de vida entre las áreas rurales y las urbanas. El aumento de las tasas de crecimiento demográfico generó desempleo en el campo, y la migración campo-ciudad estimulada por el auge urbano transfirió parte del desempleo hacia las áreas más modernas. Sin embargo, apenas empezamos a observar este fenómeno de tan graves consecuencias sociales y humanas. Las proyecciones de población disponibles indican claramente que la presión que ejercerán sobre el mercado de trabajo los jóvenes que hoy tienen menos de 15 años y los que están por nacer, será de mayor magnitud que la que hemos apreciado en estos últimos veinte años.

Aun cuando en el término de este decenio se emprendan programas exitosos de planificación familiar en todos los países en desarrollo, si éstos no transforman con la suficiente velocidad sus estructuras sociales y cambian la orientación de sus políticas de desarrollo, la magnitud del desempleo que observamos hoy es apenas un anuncio y que apreciaremos en 1980 y 1990. Es probable entonces que el gran problema humano al término de este siglo será el desempleo con toda su secuela de pobreza, hambre, injusticia social, acumulación transgeneracional de la pobreza, criminalidad urbana, etc.

La expresión latinoamericana del fenómeno del desempleo es probablemente una de las más graves del mundo. En casi todos los países latinoamericanos se presentan tanto altos niveles de desempleo abierto como subocupación. Las definiciones de subempleo varían según el criterio que se tome como punto de partida. En la mayor parte de los casos asume la forma de jornadas parciales de trabajo durante un corto periodo del año, de tareas secundarias y de baja productividad, de búsqueda ambulatoria de trabajo a lo largo de todo el territorio de un país. Las estimaciones que se realizan del subempleo varían en consecuencia según el criterio que se tome como punto de partida. En el caso del desempleo abierto su medición depende de declaraciones hechas por trabajadores en encuestas censales o parciales o de información recógnida por servicios públicos del empleo. Según una estimación realizada por la CEPAL, el conjunto de trabajadores que se encontraban al final de los años sesenta en condiciones de desempleo abierto o de subempleo representaban un desempleo total equivalente al 30% de la fuerza de trabajo incorporado al mercado, que a su vez representaba más de 25 millones de trabajadores; de ese total, el 45% se encontraba registrado en actividades agropecuarias, el 20% en el gobierno y otros servicios, el 19% en actividades insuficientemente especificadas que por lo general comprenden a trabajadores migratorios de las zonas rurales o redundantes de las zonas urbanas, y el resto en otras actividades.

El mayor índice de desempleo equivalente, de 36%, o sea más de 5 millones de trabajadores, se localizaba en el sector de servicios. A continuación se encontraba

el sector agropecuario con un 36% de desempleo equivalente en su fuerza de trabajo, es decir, más de 11 millones de trabajadores; en seguida la minería con 19%, comercio y finanzas también con 19%, la industria manufacturera con 17%, y al final la construcción y los servicios públicos básicos con menos del 10%.

Las causas del fenómeno son numerosas y complejas y resulta inconveniente tratar de sintetizarlas en expresiones demasiado apresuradas. En primer término, se presenta un conjunto de causas asociadas a la forma y ritmo como crece la oferta de trabajadores en la región latinoamericana. Es un hecho conocido que la tasa de crecimiento demográfico de América Latina es la más alta del mundo, situándose en un nivel de casi 3% anual. El descenso de la mortalidad de la región fue sumamente acusado y rápido, lo que elevó la tasa de crecimiento global de la población causando una seria distorsión en los mercados de trabajo. De esta suerte, la tasa de crecimiento del número de personas que se incorporan cada año al mercado de trabajo ha aumentado también llegando a niveles de más de 3%. En los países de la región donde no ha habido reformas agrarias profundas, el alto ritmo de crecimiento de la oferta de trabajo se traduce en desempleo abierto y una subutilización excesiva del mismo en las áreas rurales por la falta de actividad para numerosas personas durante prolongadas épocas del año.

Algo similar ocurre también en un país como México, con una amplia reforma agraria pero con grandes disparidades institucionales y tecnológicas de una región a otra, de modo que la organización minifundista o monocultora de la producción agropecuaria es incapaz de man-

tener ocupados a todos los trabajadores durante todo el año. De ahí surgió una fuerte presión migratoria de las zonas rurales hacia las urbanas que llevó la tasa de crecimiento de la población de las ciudades a un promedio de más de 5% por año en la mayor parte de los países. Una proporción importante de la migración campo-ciudad se traduce en realidad en una transferencia del desempleo de una área a la otra.

La migración es estimulada también por el propio desarrollo de las zonas urbanas y el desequilibrio de recursos e inversiones entre ellas y las rurales, que ha dado lugar a una enorme disparidad de niveles de salarios entre una y otra; la diferencia de salarios de trabajadores no calificados llega a ser hasta de 3 a 1 o más, y la discrepancia persiste a pesar de la fuerte migración y el desempleo urbano. La clave parece encontrarse en las propias políticas de fomento industrial que a través de altos niveles de protección a la industria permiten a ésta beneficios elevados y por consiguiente también salarios altos en comparación con los rurales. Como las fuerzas del mercado no pueden reducir los salarios, compensando el esfuerzo del trabajador, surgen en las áreas urbanas el desempleo abierto y altos márgenes de subempleo creándose un equilibrio de mercado inestable en las zonas urbanas. En casi todos los países de América Latina es grande la discrepancia entre la tasa de crecimiento de la población urbana y la de creación de empleos en la ciudad.

Otras de las causas importantes del desempleo del lado de la oferta en el mercado de trabajo es la marcada insuficiencia del sistema educativo de la región, para

transformar la estructura de calificaciones de la fuerza de trabajo a la velocidad que lo requieren el crecimiento de la población y el cambio tecnológico en el mercado internacional. Con excepción de un reducido número de países de América Latina, en el resto más de la mitad de los integrantes de la fuerza de trabajo carecen de la educación o instrucción necesarias para poder aspirar a ocupaciones de alta productividad y niveles aceptables de salarios.

Ha sido tan rápido el crecimiento de la población y estaba tan difundido el analfabetismo cuando se iniciaron los programas masivos de fomento del desarrollo en los años cuarenta, que aun en países como México, donde se ha realizado un considerable esfuerzo en materia de educación, los niveles educativos de la fuerza de trabajo son por demás deficientes. Basta señalar como ejemplo, los niveles educativos que mostraba la población económicamente activa mexicana en el censo de 1970. El 57% de la población activa, o sea 7.4 millones de personas, carecían por completo de instrucción funcional, es decir, o no habían cursado ningún año de la escuela primaria (el 27.1%) o no habían pasado del tercer curso (el 30%). El fenómeno era especialmente grave en el caso del sector agropecuario que es el que registra mayores niveles de subempleo, donde el 83% de la población económicamente activa carecía por completo de educación funcional. En el caso de la industria de la construcción, el porcentaje fue del 59; en el de las actividades insuficientemente especificadas, que en su mayoría agrupan a subempleados urbanos y rurales, y en el resto de las actividades económicas con excepción del gobierno, casi 40.

Solamente un poco más del 13% de la población económicamente activa tenía algún grado de instrucción superior a la educación primaria, 2% en el caso del sector agropecuario, 10% en el de la construcción y en las actividades insuficientemente especificadas y más de 20% sólo en los casos del petróleo, los servicios y el gobierno. La dificultad que afrontan numerosos miembros de la fuerza de trabajo para encontrar empleo permanente está con frecuencia asociada a su deficiente formación educativa. Un sistema educativo como el de México y otros países de América Latina cuya acción tiene cobertura limitada como la descrita, se convierte así en una vigorosa fuerza de consolidación de la estructura de clases y niveles de ingreso de la sociedad.

Los hijos de los desempleados y subempleados difícilmente logran trepar en la estructura educativa por el elevado costo de oportunidad de la permanencia en las aulas, que a partir del nivel medio de enseñanza empieza a representar cantidades similares al ingreso medio de la mitad de la población del país. Se entiende por costo de oportunidad, aclarando, el ingreso sacrificado por una actividad por estar dentro de una escuela.

Existe, por otro lado, un conjunto de causas del desempleo relativas a las características, magnitud y ritmo de crecimiento de la demanda de trabajadores en las economías latinoamericanas. Las principales causas por el lado de la demanda están vinculadas al estilo o modelo de desarrollo que ha seguido Latinoamérica después de la segunda guerra mundial. La tasa de crecimiento en las economías latinoamericanas es a todas luces insuficiente. Se ha estimado que una economía con el tamaño

de la mexicana necesitaría crecer a largo plazo a una tasa media mínima anual de 9% para absorber un incremento de la fuerza de trabajo de 3% al año. Y hacerlo por lo menos al 8%, si la tasa media de crecimiento de la fuerza de trabajo fuese de 2.5%. La economía mexicana es una de las más dinámicas de América Latina y aún así su ritmo de crecimiento es insuficiente para absorber la fuerza de trabajo que se incorpora cada año al mercado. Esta insuficiencia dinámica se deriva de la baja tasa de formación de capital, de la presión que la propia expansión demográfica ejerce sobre los recursos financieros que deberían dedicarse a ampliar la estructura productiva, de la aguda disparidad tecnológica que existe entre las actividades rurales y urbanas y entre las distintas actividades urbanas, y también del alto grado de concentración del ingreso que conforma un mercado de poca amplitud.

El modelo de desarrollo seguido hasta ahora ha sido también fundamentalmente imitativo, con base en la adaptación forzada de la estructura productiva y el ritmo y tipo de cambio tecnológico de los países desarrollados a mercados todavía rárquicos de reducida capitalización y abundante dotación de mano de obra. La intensidad de capital de las actividades económicas modernas ha ido aumentando paulatinamente sin que se registren alzas correlativas en la productividad, dando como resultado una reducción relativa de la capacidad de absorción en la fuerza de trabajo por parte de esas actividades modernas. La excesiva protección que se ha dado hasta ahora a la industria moderna y de alta densidad de capital ha distorsionado la asignación de recursos en la economía, de

modo tal que las actividades agropecuarias han sido incapaces de crecer a un ritmo suficientemente alto para dar empleo durante todo el año y con niveles de remuneración parecidos a los urbanos a la población que se dedica a ellas. En el caso de México el alto grado de desempleo y subempleo rurales está vinculado estrechamente a la existencia de minifundios y a la falta de capitalización en numerosas zonas del país. Se estima que los propietarios de los predios de menor tamaño en el campo mexicano, solamente logran emplearse en el predio un máximo del 30% del tiempo disponible del año, en el mejor de los casos.

Las actividades industriales, a pesar de haber incrementado su empleo a un ritmo tan elevado —5% al año en el caso de México— carecen del tamaño y de la integración vertical suficiente para absorber una proporción importante del voluminoso flujo de emigrantes que provienen de las zonas rurales. Al no producirse los bienes de capital intermedios que requiere la industria dinámica del país, se pierde aproximadamente el 80% de la capacidad potencial de generación de empleos en la industria. Además, los subsidios arancelarios a la importación de bienes de capital, la excesiva protección frente al exterior y las bajas tasas de interés, estimulan la capitalización excesiva de las empresas en perjuicio del empleo de la fuerza de trabajo.

De esta suerte, la política de fomento industrial y económico en general afronta ahora un enorme costo social que es el desempleo. Por otro lado, debemos reconocer que han pasado apenas veinte años o un poco

más en algunos países desde que se iniciara el proceso de modernización de las economías latinoamericanas, que fue, sin embargo, suficiente para que se registrase la enorme revolución demográfica de que hablamos antes.

A los países hoy desarrollados les tomó cuando menos cincuenta años modernizar sus economías para transformarlas de rurales a urbanas, de agrícolas en industriales, contando con la ventaja adicional de que el descenso de los patrones de fecundidad no se hizo esperar demasiado, después de la aceleración del crecimiento industrial y de que las tasas de mortalidad decrecieron paulatinamente. El reto al que se enfrenta entonces nuestra generación consiste esencialmente en que es perentorio acelerar el ritmo del cambio estructural, cerrando la enorme brecha que existe entre la velocidad del desarrollo de fenómenos como la explosión demográfica y el cambio tecnológico, por un lado, y el proceso de ajuste y adaptación de las estructuras políticas, económicas y mentales de la sociedad frente al cambio. El cambio tecnológico es hasta ahora mucho más acelerado que la velocidad de respuesta de sistemas complejos como las sociedades humanas para estructurar formas de relación que respondan a las nuevas condiciones técnicas, especialmente en el caso de sociedades todavía en proceso de integración como son las de América Latina.

## Luis Olivos

ANTE LA PROBLEMÁTICA poblacional que han analizado otros participantes en esta reunión, estimo pertinente señalar cuál ha sido la reacción, en algunos países de la región, a este respecto. Esto, tanto a nivel de los gobiernos como de los sectores privados; asimismo, las perspectivas que nos atrevemos a anticipar para el futuro cercano, en cuanto a políticas, programas y medidas que pueden adoptarse en los distintos países.

Nos referiremos, en primer término, a las políticas de población que están llevando a cabo ciertos países —ya sea explícita o implícitamente— con el fin de orientar las variables demográficas de acuerdo a sus objetivos y características propias. Como lo han señalado otros participantes, el perfeccionamiento de los servicios médicos y la adopción de medidas sanitarias eficaces y generalizadas condujeron, en los últimos decenios, a una disminución rápida de la tasa de mortalidad. Además, según se ha estudiado, en los países en que el crecimiento ha sido particularmente rápido, o donde los recursos naturales no han sido suficientes, la economía no ha seguido el ritmo de crecimiento de la población, por lo que el desarrollo económico se ha visto obstaculizado. El crecimiento acelerado de la población, por lo tanto, ha alarmado a los dirigentes de países y los ha hecho examinar las posibilidades de rebajar dichas tasas. Ésa ha sido la única al-

ternativa posible, ya que las posibilidades de emigración han sido casi nulas y el descenso de la mortalidad ha sido objetivo común.

Por regla general, los gobiernos de América Latina han evitado definir *políticas explícitas* en el campo de población. Una excepción muy reciente ha sido México, cuyo Congreso ha aprobado una Ley General de Población en estos días. En general, los países han formulado desde simples declaraciones generales, hasta la formulación de planes que establecen objetivos en el tiempo y definen los medios para alcanzarlos. Un análisis reciente de los planes de desarrollo de 23 países latinoamericanos ha mostrado que sólo siete de ellos han reconocido algún tipo de problema poblacional. Estos siete fueron: Barbados, Colombia, Ecuador, El Salvador, Jamaica, Panamá y Trinidad y Tobago.

Los tipos de problemas identificados fueron, por orden de importancia: desempleo; crecimiento económico reducido por el crecimiento de la población; aumento de población en edad escolar; altas tasas de dependencia; presión de la población sobre servicios sociales, en especial salud y vivienda. Cabe mencionar que estos siete países representan el 13% del total de la población latinoamericana. Por otra parte, se debe señalar que sólo cuatro países latinoamericanos —Barbados, Colombia, Jamaica y Panamá— tienen una política de reducir, de acuerdo a sus planes de desarrollo, el crecimiento de su población. Esto es, el 9% de la población latinoamericana.

En general, puede decirse que la justificación de las políticas actuales de población ha sido distinta según cada país. A este respecto se pueden definir tres grupos:

- 1) Políticas con el propósito de alterar el crecimiento que se justificaran por consideraciones económicas relativas al ritmo y naturaleza del desarrollo por concepciones de colonización e integración territorial y por visiones geopolíticas de poder e influencia internacional.
- 2) Políticas en las cuales la actitud gubernamental es la más neutra y se dirige a apoyar programas que van en beneficio de los núcleos familiares y de los sectores sociales rezagados. Estas actividades se conciben en función de la política social y no como parte de una estrategia económica de desarrollo.
- 3) Políticas que se fundamentan en bases llamadas por algunos micro-demográficas, que se asocian a la idea que constituye un derecho de la mujer el poder decidir libremente acerca del número de hijos. Asimismo, que la provisión de servicios indispensables y el acceso a la información deben formar parte de la política redistributiva en el área de la educación y la cultura. Se piensa que, de este modo, se pueden modificar situaciones anómalas ya que, mientras algunos sectores están en condiciones de decidir acerca del tamaño de sus familias, a las grandes mayorías les está negado el poder de elección o decisión.

Debe señalarse que, paralelamente a las intenciones y políticas demográficas de los gobiernos, a veces para apoyarlas y a veces en abierta contradicción con las mismas, se han expandido los programas de planificación familiar. Durante el último decenio, los planificadores y los

expertos en salud pública de la región han reconocido que hay necesidades no satisfechas en el campo de la salud materno-infantil y que, en las zonas urbanas, existen claras evidencias de una creciente demanda de información y servicios de planificación familiar.

Este reconocimiento se ha traducido en una rápida expansión de programas de diversa naturaleza y alcance que, por regla general, tienden a mejorar la salud materno-infantil, y que, en ese contexto, proporcionan información y servicios médicos que inciden en la programación de la procreación de las familias. Se han creado así, en algunas dependencias del gobierno, unidades administrativas especializadas, iniciado programas de acción y de capacitación de personal, investigaciones médicas y sociales pertinentes al problema y, finalmente, se han hecho inversiones en instalaciones y equipos destinados a servir estos objetivos.

El centro explícito de esta preocupación ha sido resolver problemas concretos de salud que influyen negativamente en el bienestar de las familias de más bajos ingresos y que contribuyen a elevar los costos unitarios de atención médica. No es de extrañar entonces que los médicos y los administradores del sector salud hayan sido el grupo que ha ejercido mayores presiones para establecer este tipo de programas. Con frecuencia, estas iniciativas han logrado establecerse en un ambiente de opinión adversa y han sobrevivido a las presiones adversas en cuanto han resuelto, de manera directa, cuestiones específicas de salud pública.

Mientras al nivel global se ha mantenido la controversia acerca del papel que juega el crecimiento de la po-

blación en el desarrollo, la mayor conciencia de los problemas de salud que afectan a las capas populares y la necesidad de alcanzar una mejor asignación de los escasos recursos que se destinan al sector, han llevado a que la administración pública asuma el patrocinio de estas iniciativas y adquiera el compromiso de expandirlas, de acuerdo a las demandas y a las necesidades.

Por regla general, en América Latina las actividades de planificación familiar han sido iniciadas por asociaciones privadas. Estos programas, muchas veces no reconocidos por las autoridades competentes, alcanzaron un nivel significativo al cabo de un lapso inicial de gestación, cuya duración estuvo determinada por la relación entre el grado de preocupación por los problemas sociales y médicos que había en la comunidad y las resistencias culturales y religiosas.

La fase privada ha sido seguida, en la mayoría de los casos, por una etapa de estatización de las actividades. La labor de esas asociaciones se ha vinculado luego a la acción desarrollada por el sector público de tres maneras:

- a) En muchos países, las asociaciones privadas comenzaron sus actividades en colaboración con clínicas y hospitales públicos. Posteriormente, las instituciones públicas se interesaron en ampliar y racionalizar el servicio;
- b) En otros casos, el trabajo de las asociaciones preparó el ambiente para la intervención del Estado en estas materias;
- c) Finalmente, hubo países donde el Estado se excusó de intervenir, aunque ha permitido el gradual for-

tales como el crecimiento de esas actividades y el creciente uso de facilidades públicas.

Las actividades del sector público alcanzaron un nivel significativo tras un periodo de gestación o consolidación de los programas, durante el cual se definieron los objetivos, su dependencia administrativa, financiamiento y modalidades de operación. Es evidente que ello ha dependido de una variedad de factores, entre otros, la importancia que alcanzaron esas iniciativas en su fase privada, las resistencias sociales y culturales encontradas y la capacidad de gestación de la administración de salud.

Un examen muy preliminar de estos servicios públicos permite distinguir tres situaciones. De una parte, los países que de hecho no tienen una infraestructura de servicios, frente a los que se encuentran en el proceso de expandirla y de los que ya han alcanzado una dotación razonable.

En los países que tienen una natalidad elevada, la carencia de infraestructura puede relacionarse con políticas o, más bien, orientaciones demográficas adversas a la intervención del estado en estas materias, o con la falta de una red adecuada de servicios médicos.

Ahí donde la infraestructura es insuficiente y está en proceso de expandirse, los factores críticos parecieran ser que los programas se habrían consolidado sólo en una fecha reciente y que la red de instituciones de salud sería aún muy inadecuada. Por otra parte, los países que están suficientemente dotados del servicio o comenzaron mucho antes y/o poseen un sistema de salud pública más evolucionado —o se trata de países pequeños de baja

urbanización pero con población rural que se concentra en algunas áreas de alta densidad.

Finalmente, las perspectivas en este campo son múltiples y dependen de las estrategias que adopten —o dejen de adoptar— los distintos países; de la posición de la comunidad internacional; de la marcha cultural, económica, social y política de los países; y de la conciencia que se adquiera, tanto a nivel global como de las familias, de la importancia del problema. En los próximos diez años, el incremento rápido de la población seguirá unido a la redistribución geográfica y ocupacional de la población dentro de los países. En general, se puede opinar que las principales tendencias serán el alza continua de los porcentos de población clasificados como urbanos, y el crecimiento sostenido de los sectores ocupacionales secundarios y, en especial, terciarios, a expensas del primario.

A largo plazo, los cambios demográficos serán el principal determinante de la marcha del desarrollo de América Latina; pero dichos cambios variarán de país a país y sobre ellos influirán los esfuerzos para el desarrollo respectivo. De este modo, en el futuro próximo las medidas que se tomen respecto al crecimiento de la población contribuirán más al bienestar humano que a la aceleración del desarrollo. Sus efectos sobre éste aumentarán a largo plazo. Teniendo estos puntos en cuenta, nos aventuramos a señalar que presenciaremos:

- 1) Los gobiernos incorporarán políticas de población a sus estrategias de desarrollo.
- 2) Se intensificarán las investigaciones y los progra-

mas que relacionen el desarrollo y la población: empleo y distribución de la riqueza; estructura agraria; educación; desarrollo urbano; etc.

- 3) Continuarán los cambios en la organización social; estructura familiar; comunitaria; política.
- 4) Se apoyarán programas y medidas que afecten a los cambios demográficos: tiempo libre; educación obligatoria; jubilación tardía; etc.
- 5) Se intensificarán las investigaciones sobre contraceptivos eficaces por su uso, economía, motivación y adaptación a los diversos medios culturales.
- 6) Existirá mayor preocupación por los aspectos valorativos y éticos de una sociedad creciente en proceso de cambio: lo religioso; las costumbres; intervención de las ciencias sociales.
- 7) Habrá mayor adiestramiento y diversificación de personal especializado en los diferentes campos que cubre el tema población y desarrollo.
- 8) Se elaborarán modelos sociedad/población ante los cambios previstos, los desarrollos científico-tecnológicos y los problemas contingentes: recursos, contaminación, etc.
- 9) Se fortalecerá la acción de grupos sociales para su defensa, participación y promoción: de la juventud; de la mujer.
- 10) Se continuarán estatizando los servicios de regulación de la fecundidad integrados a los programas de salud pública.
- 11) Se incorporará a los programas educativos formales, extraescolares y de adultos, la enseñanza de

cursos sobre población y desarrollo; de educación sexual; y de orientación familiar.

- 12) Finalmente, se desarrollarán formas de comunicación, información y educación que logren consenso nacional ante estos problemas, para que —de acuerdo a las metas de la sociedad— sus habitantes circulen y se establezcan físicamente en áreas determinadas del territorio y para que regulen su fecundidad en beneficio del desarrollo común.

Me atrevo a pensar que el Año Mundial de la Población, en 1974, será un empuje sustancial para estos objetivos, para preguntarnos no cuántos seremos, sino cómo será la sociedad en que viviremos y la calidad de la vida que deseamos para el futuro.



## Rodolfo Stavenhagen

VOY A TRATAR de ahondar un poco o de subrayar simplemente algunos de los puntos ya señalados por las personas que me han antecedido.

A veces cuando escucha uno los datos sobre crecimiento demográfico, las tasas de fecundidad, de mortalidad, las tasas de crecimiento económico, la tasa de empleo, de subempleo, de desempleo, etc., tiene uno la impresión que se olvida algo muy importante: que todo esto se refiere a personas, a seres humanos, concretos, que viven, que sienten, que piensan y que desde luego tienen estilos diferentes de reproducirse o de hacerse el amor, como se dice; que se organizan, que interactúan entre sí, etc. Fundamentalmente, los problemas demográficos de los que se está hablando se dan en el marco de ciertas instituciones y estructuras sociales, y si no comprendemos estas instituciones, estas estructuras y su funcionamiento, su dinámica, entonces difícilmente podremos comprender estas cifras de que se habla.

Quisiera señalar simplemente cuatro o cinco puntos principales que se refieren a estos fenómenos. Primero, el problema de las estructuras familiares y los sistemas de valores; segundo, los problemas educativos; tercero, los problemas de las migraciones a las que se ha hecho referencia; cuarto, el problema de la urbanización, y quinto, los problemas políticos involucrados en toda esta problemática.

Para tratar el primer punto, cuando hablamos del comportamiento reproductivo de la población, estamos hablando del comportamiento de las personas en el seno de la familia. La familia es una institución social, una organización, y se mueve en relación con determinados valores culturales; cuando hablamos de que en un proceso de modernización se modifica la conducta reproductiva de la población, estamos hablando en el fondo de transformaciones profundas en los valores culturales de las familias y de las personas que las componen.

Desde el punto de vista sociológico, podemos señalar dos tipos fundamentales de familia: la llamada familia extensa y la llamada familia nuclear. En las sociedades agrarias, las llamadas sociedades tradicionales, en las que en América Latina tradicionalmente se han dado las más altas tasas de fecundidad y de crecimiento demográfico, sobre todo desde que ha disminuido considerablemente la tasa de mortalidad en los países latinoamericanos, ha predominado un tipo de familia extensa con valores culturales muy propios. Estos valores determinan que la gente no sólo tenga muchos hijos, sino que desea tener muchos hijos porque los valores culturales que dominan estas estructuras establecen que el tener muchos hijos es algo muy deseable. Hay varias razones de ello. Primero, podríamos señalar las económicas. En una sociedad de agricultura tradicional, la familia es al mismo tiempo la unidad de producción y la unidad de consumo. Es necesario tener muchos, porque los hijos representan la mano de obra para ayudar en la producción. También hay razones institucionales, por ejemplo la solidaridad, y sobre todo la seguridad social. En sociedades tradicionales, rurales y

agrarias, donde no se han desarrollado todavía instituciones secundarias que se hacen cargo de una serie de funciones, como son la escuela, las instituciones de seguridad social, las de salubridad, etc., la familia extensa, el gran número de miembros de familia, desempeñan también un papel en el mantenimiento de la continuidad social, en la solidaridad social del grupo, en la seguridad para la vejez y otros muchos motivos de índole netamente social que determinan que un gran número de miembros es un factor deseable en este tipo de familias.

También hay desde luego en el medio rural factores religiosos que determinan que el tener mayor número de hijos es una fatalidad determinada por las creencias religiosas, y pocas personas que viven en el medio rural bajo este tipo de valores culturales están dispuestas, sin antes pasar por un proceso educativo bastante agudo y acelerado, a modificar sus patrones de reproducción, concretamente, por ejemplo, a participar en programas de planificación familiar, aunque en los últimos años parece que esto está cambiando en América Latina con cierta rapidez.

Además de estos factores que determinan las situaciones de familia numerosa, tenemos, por ejemplo en México, otros muy íntimos vinculados con las percepciones que los diferentes sexos tienen de su papel en la sociedad. Me refiero concretamente al machismo por parte de los hombres y a la parte complementaria del machismo por parte de las mujeres. El machismo es no sólo el dominio que el hombre pretende ejercer para demostrar su virilidad, etc., sobre la mujer, sino también es la idea de que una forma de demostrar su virilidad ante las mujeres y ante otros hombres también, es el tener muchos hijos. Este

tipo de valores, y sobre lo cual se pudiera discutir y agotar materiales descriptivos, etnográficos, determina también la existencia de esta familia extensa. Ésta es característica no sólo en México y en América Latina, sino en otras partes del mundo de las llamadas sociedades tradicionales o de tipo agrario.

En cambio, en la ciudad, el tipo de familia es diferente. La familia es más bien una familia nuclear, los sistemas de valores con respecto a la estructura familiar cambian. En la familia nuclear la importancia ya no está en la institución familiar vista en el sentido grande y amplio sino más que nada en el vínculo matrimonial, que es fundamentalmente afectivo; es un vínculo mucho más débil que los que unen a las familias extensas en el medio agrario. Y una cosa fundamental en cuanto a la economía se refiere: en la familia nuclear de las ciudades hay una separación entre la estructura familiar y la estructura productiva y económica. La familia en las ciudades ya no es una unidad de producción, sino que es simplemente una unidad de consumo, y esto sólo durante un periodo relativamente corto hasta que los hijos crecen y se separan de la estructura familiar. En otras palabras, hay una separación entre familia y trabajo y esto lleva a cambiar los valores culturales de los miembros integrantes de las familias. En las familias nucleares de las ciudades, los hijos, más que ser una ayuda económica, tienden a ser una carga económica, porque representan gastos sobre todo para las familias más pobres que tienen que ayudar económicamente a los hijos hasta que pasen por un proceso cada vez más largo de educación; y también, diríamos de paso, que en las familias nuclea-

res de las ciudades no sólo los hijos, sino también los viejos, tienden a llegar a ser una carga económica. Agréguese a esto los espacios reducidos en que vive generalmente la familia en el medio urbano, la vivienda, el hacinamiento, etc., lo cual fácilmente hace que los valores con respecto a la reproducción puedan cambiar.

También en la ciudad existen y se desarrollan otras instituciones que sustituyen los papeles o las funciones que la familia desempeña en el medio rural. Los hijos van a la escuela lejos de la familia, a instituciones de seguridad social, de salubridad, hay clubes y hay otras cosas en que la familia, pero no como un todo, sino más bien como individuos aislados, participan en la ciudad fuera del seno mismo de la familia, lo cual modifica esta estructura familiar con respecto a la estructura agraria anterior. Sin embargo, dado los rápidos procesos migratorios del campo a la ciudad, en las ciudades de América Latina hay un periodo de desfase entre los cambios de estructura familiar propiamente hablando, por una parte, y por la otra los cambios en los sistemas de valores; porque los sistemas de valores no se modifican de la noche a la mañana, sino que muchas veces tardan años, a veces hasta generaciones, para modificarse los patrones de comportamiento y los sistemas de valores que éstos representan. De ahí que en una primera etapa de crecimiento urbano hay incluso en algunos casos un aumento de las tasas de fecundidad de las familias hasta que después se pueda llegar a una estabilización.

En algunas sociedades altamente desarrolladas e industriales, donde hay un alto nivel de bienestar que está relativamente bien distribuido entre las grandes masas de

la población, puede volverse otra vez a una situación anterior en que nuevamente los valores vinculados a familias numerosas tienden a predominar, en parte porque hay un nivel más elevado de bienestar económico que permite entonces nuevamente pensar en aumentar el número de hijos, pero también porque ante la vida de la ciudad se crea un sentimiento de anomia, de desorganización, de falta de pertenencias. Es bien sabido que nunca se está más sólo que cuando se está solo en una muchedumbre, como sucede en las ciudades. Y con frecuencia frente a estos problemas sumamente fuertes que encuentra el migrante rural en la ciudad, hay una reacción para tratar de fortalecer nuevamente los vínculos de la familia como una especie de seguridad ante la inseguridad y la desorganización que la vida urbana, sobre todo de la gran metrópoli, produce en nuestras sociedades. De ahí que en una segunda etapa podríamos hablar nuevamente de una reconstitución de la importancia de las familias numerosas.

Todo esto tiene que ver, desde luego, con otros problemas entre los cuales quiero señalar simple y brevemente los problemas educativos. Ya se ha señalado aquí que el crecimiento de la población y el gran proceso de migración del medio rural al urbano crea enormes demandas sobre el sistema educativo en los países latinoamericanos. Mucha gente —y esto se advierte a través de encuestas que se hacen en el medio rural y en el urbano— considera la educación efectivamente como un instrumento para ingresar a la estructura ocupacional, para alcanzar mejores niveles ocupacionales y para obtener mayores y mejores ingresos. En otras palabras, consideran la

educación como un agente de movilidad social. Pero la estructura de la educación en la mayoría de los países latinoamericanos y concretamente en nuestro propio país, es de tipo elitista; hay grandes diferencias regionales, por ejemplo, entre las zonas desarrolladas y las subdesarrolladas en cuanto a posibilidades educativas en términos generales. Sin entrar en detalles podemos decir que los sistemas educativos formales de primaria, secundaria, universitaria, etc., discriminan a los estratos sociales más pobres y hacen, por lo tanto, mucho más difícil el acceso de los estratos más bajos a los puestos superiores en la economía y en la estructura ocupacional. Por lo tanto, podríamos concluir que la educación tal vez no sea tanto un canal de ascenso, y de movilidad; como de hecho un filtro, que discrimina y que elimina de las posibilidades de movilidad a los que no pueden pasar más allá de cierto nivel o a los que desertan; aquellos analfabetas funcionales que se han mencionado, que no terminan la primaria, que sólo llegan al segundo o tercer año de primaria, o bien que se quedan en los niveles primeros de la educación secundaria.

Por otra parte, las mayores tasas de crecimiento demográfico se dan justamente entre los estratos bajos de la población, por lo cual podemos decir que los sistemas educativos tal como funcionan en la actualidad tienden a reforzar la rigidez de la estratificación social, del sistema de clases sociales. En el momento, por lo tanto, de hacer frente a las demandas de la creciente población en América Latina, no sólo hace falta ampliar cuantitativamente el sistema educativo, sino transformarlo estructuralmen-

te, cualitativamente, cambiar la concepción misma de los sistemas educativos.

Una parte muy importante —y paso al tercer punto— de los problemas demográficos, a los que también se ha hecho referencia, es justamente el que se refiere a las migraciones, o sea el cambio en la distribución regional de la población en los países latinoamericanos. Generalmente, cuando hay migraciones, sobre todo del campo a la ciudad, como sucede en los países latinoamericanos de gran escala, se habla de dos tipos de factores: los factores de rechazo o de expulsión, por una parte, y los factores de atracción, por la otra. Pero aunque teóricamente esto parece muy bien, en la práctica es muy difícil determinar en qué momento una persona que emigra del campo a la ciudad lo hace por factores de expulsión o por factores de atracción. Por lo general, hay una combinación de estas motivaciones en el proceso migratorio.

Sin embargo, si analizamos también las estructuras agrarias en América Latina, vemos que es justamente en la distribución de la propiedad y tenencia de la tierra donde encontramos en la mayor parte de los países una de las causas fundamentales de la creciente emigración del campo a las ciudades. Esta estructura agraria, en la mayoría de los países que no han llevado a cabo una reforma agraria efectiva, está caracterizada por lo que se llama el complejo latifundio-minifundio. En otras palabras, la mayor parte de los recursos productivos en el campo está en manos de una pequeña minoría, mientras la mayor parte de la población en el campo no dispone de tierras o está reducida al minifundismo, a tierras que no pueden

proporcionar el pleno empleo y un ingreso adecuado a las familias. Este tipo de proceso se está agudizando en la mayor parte de los países latinoamericanos, debido a los procesos de modernización de la agricultura, ante la demanda sobre el sector agrícola de aumentar rápidamente su producción, de proporcionar alimento y materias primas no sólo para el mercado interno, sino también para el mercado internacional. Se han llevado a cabo procesos de mecanización y tecnificación de la agricultura, que en muchas ocasiones desplazan mano de obra, al mismo tiempo que aumentan relativamente la productividad por hectárea, o la productividad por persona empleada, pero no constituyen procesos de absorción de mano de obra. Y por lo tanto, en muchas partes de América Latina se plantean reformas agrarias, es decir, la redistribución de la tierra hacia los estratos más bajos de la población agrícola, de la población campesina carente de tierra, no sólo por elemental motivo de justicia social, no sólo por demandas políticas de las masas campesinas cada vez mejor organizadas, sino también por una política, si es posible, de retención de la población en el campo, para que se reduzca el flujo migratorio a las ciudades y no se creen en éstas los problemas de urbanización a los que ya se ha hecho referencia en múltiples ocasiones.

En algunos países como en el nuestro hemos tenido una reforma agraria, y sin embargo no ha resuelto estos problemas, por las características propias de la reforma agraria que ha sido redistributiva efectivamente, pero que al crear una masa muy grande de campesinos minifundistas, ya sea en el sector ejidal o en el sector de la

propiedad privada, tampoco ha podido resolver los problemas del empleo y del ingreso de la gran mayoría de la población campesina. En cambio, tenemos un nuevo proceso de reconcentración de los recursos productivos en el campo, y la distribución actualmente en México entre predios de gran capacidad productiva y con gran concentración de recursos y, por otra parte, una gran masa de predios que no tienen capitalización, que no son altamente productivos. Esta redistribución desigual se ha dado en México a pesar de la reforma agraria o gracias a un cierto tipo de reforma agraria, y en este sentido la situación actual de México no es fundamentalmente diferente de la que se da en otras partes de América Latina.

Muchas de estas migraciones son intrarrurales, de una región rural a otra, y muchas son migraciones estacionales; a veces son incluso internacionales. En América Latina no tenemos los grandes movimientos migratorios internacionales como en Europa y en África, por ejemplo, pero hay campesinos bolivianos que van a trabajar a Argentina, colombianos que trabajan en Venezuela, guatemaltecos que vienen al sureste de México y desde luego mexicanos que van a los Estados Unidos. Internamente, hay grandes movimientos migratorios del nordeste al sureste del Brasil, de la Cordillera de los Andes, en los países andinos, a las costas. En México tenemos movimientos migratorios del centro a la frontera norte, etc., y esto contribuye a cambios en la estructura regional de la población. Muchas veces se mantienen, en las migraciones rural-urbanas, los vínculos entre el campo y la ciudad. Se ha llegado incluso a hablar en algunos países de América Latina, no tanto de un proceso de urbani-

zación, como de un proceso de ruralización de la ciudad. Las familias que vienen del campo, y cito por ejemplo a México, que vienen aquí a vivir a los tugurios, a los cinturones de miseria, son gente que durante mucho tiempo mantiene ciertos vínculos con las comunidades rurales de origen y que en determinadas épocas vuelve a estas mismas comunidades.

En otras palabras, nuestro proceso de urbanización, para mencionar el cuarto punto fundamental, no es simplemente un proceso de crecimiento físico de la ciudad, sino que significa cambios en la estructura social y ocupacional de las ciudades. La mayoría de la gente emigra del campo en búsqueda de empleo, pero debido a los factores económicos, a la política de industrialización, a la absorción de tecnología del exterior no hay la capacidad en las ciudades para absorber esta mano de obra creciente que proviene del campo, y se da en los centros urbanos un fenómeno de marginalización. La marginalización no es sólo el hecho de que la gente viva en viviendas malas, en cinturones de miseria, que no tienen los mismos niveles de servicios públicos, etc., sino que se refiere a la incapacidad del sistema de absorber productivamente masas de población en busca de trabajo en una estructura ocupacional productiva, lo cual implica que habrá ciertos sectores en las ciudades cada vez crecientes que sufren de estas tasas elevadas de desempleo y subempleo que ya se han señalado. Es decir, se incorporarán no tanto al sector industrial sino que engrosarán las filas del sector terciario, del pequeño comercio subremunerado, mal remunerado, etc.

En el proceso de terciarización de la economía —la

hipertrofia del sector terciario, pero no de un sector terciario altamente productivo ni vinculado orgánicamente al proceso mismo de industrialización, sino de uno de muy baja productividad y hasta cierto punto redundante, que algunos podrían llamar incluso un sector cuaternario como lo designa un sociólogo francés—, no se está creando una clase social campesina que se transforme en un proletariado industrial como sucedió en Europa en el siglo XIX, sino que se está transformando una clase campesina en un subproletariado y ni siquiera industrial sino urbano vinculado a estas actividades a las que acabo de hacer referencia. Y lo vemos claramente aquí en la ciudad de México, en las esquinas donde jóvenes evidentemente de origen campesino nos tratan de vender pañuelitos, flores, etc., porque no tienen otros empleos; lo vemos claramente en la zona rosa con las llamadas “Marías” que venden fruta para tratar de sostenerse. Ahí hay fenómenos sociológicos muy interesantes, como por ejemplo, el hecho de que aún en la ciudad éstas llamadas “Marías” que son de origen indígena otomí, mazahua, etc., no se cambian de indumentaria, no se transforman en mestizas, sino conservan su vestimenta de tipo indígena, porque utilizan los factores de la entidad étnica para poder utilizar el sistema y obtener algo de ingreso, porque es más fácil venderle una fruta a un miembro de la clase media si está una vestida de indígena que si está una vestida de mestiza; es decir, hay factores psicológicos y culturales que juegan ahí un papel sumamente importante.

Todo esto desde luego plantea una serie de problemas políticos muy importantes, que creo que hasta ahora no

han sido aquilatados suficientemente en América Latina, porque desde luego estas poblaciones marginales tienen en principio un potencial organizativo político enorme, y pueden crear problemas políticos de gran magnitud para el sistema. Estas poblaciones marginales hacen demandas al sistema económico y político que se traducen en exigencias de urbanización de vivienda, de empleo, de escolarización, etc. y los sistemas del poder, aun cuando no sean capaces de absorber productivamente esta mano de obra, tienen sin embargo que atender estas demandas para evitar problemas políticos, o explosiones políticas de gran magnitud y entonces se presentan grandes alternativas: o bien se hacen políticas redistributivas de tipo o de corte netamente populista, si se quiere utilizar esa palabra, y que algunos llamarían incluso demagógicos, o bien se corre el peligro de tener que utilizar cada vez con más frecuencia sistemas represivos para que estas masas marginalizadas, subempleadas, no puedan expresar organizadamente sus demandas al sistema.



### **III. SITUACIÓN Y PERSPECTIVAS DEMOGRÁFICAS DE MÉXICO**

**30 de noviembre de 1973**

Participantes:

Lic. GUSTAVO CABRERA A., Director del Centro de Estudios Económicos y Demográficos, El Colegio de México

Dra. MERCEDES PEDRERO NIETO, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México

Lic. LUIS LEÑERO OTERO, Director del Instituto Mexicano de Estudios Sociales

Dr. JOSÉ LUIS REYNA, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México



## **Gustavo Cabrera A.**

LA SOCIEDAD MEXICANA se caracteriza por una marcada heterogeneidad y un ritmo diferente de cambio en sus diversos sectores sociales y económicos. La combinación de condiciones históricas, factores culturales y de la estrategia del desarrollo adoptada, ha producido corrientes de integración y homogeneización, por un lado, y de distanciamiento y heterogeneidad, por otro. El proceso demográfico de México también ha sido producto de esa combinación y a su vez ha participado en la conformación de nuestra sociedad actual.

Los cambios demográficos experimentados en México, especialmente durante los últimos treinta años, son el resultado de las modalidades del proceso de desarrollo en el país, tanto a nivel nacional como regional, determinando el comportamiento de la mortalidad, la natalidad y los movimientos migratorios. Del comportamiento de estas variables demográficas se han derivado las transformaciones en el volumen de la población, en su ritmo de crecimiento, en la composición por edades y en la distribución geográfica de los habitantes. A su vez las transformaciones demográficas han incidido en el mismo proceso de desarrollo, es decir, en la evolución y estructura de la producción, en la distribución y consumo de los recursos, en la organización y desarrollo de las instituciones sociales, en la estructura de poder, etc.

Es por estas interrelaciones por lo que la dinámica demográfica debe situarse como parte del proceso de desarrollo socioeconómico, y su importancia reside en las transformaciones que hay que efectuar, en forma integrada, de las condiciones demográficas y de las socioeconómicas con el objetivo de incrementar el bienestar de toda la población.

Si bien se reconoce que durante los últimos treinta años México ha registrado altos índices de crecimiento económico, lográndose avances significativos en su industrialización, subsiste aún una serie de indicadores del subdesarrollo que lo sitúan en una etapa intermedia de evolución económica y social. El ingreso medio por habitante es apenas alrededor de la sexta parte del que se registra en los países avanzados; el 27% de la población aparece como económicamente activa y en particular la participación de la mujer en el trabajo se reduce sólo al 17%; más de la mitad de la población se dedica a actividades primarias generando el 17% del ingreso nacional; existe una fuerte concentración del ingreso, en donde el 65% de las familias percibe apenas el 25% del ingreso familiar total; la situación educativa muestra un nivel muy bajo ya que la escolaridad media de los habitantes del país es de 2.9 años; los diferentes sistemas de seguridad social de México tienen una cobertura del 25% del total de la población; etc.

Éstos y otros indicadores globales del desarrollo son promedios de grandes disparidades internas. El desarrollo del país en términos regionales se ha dado en forma muy desigual. El 55% de la población total reside en áreas rurales. Se estiman muy altos los niveles de desempleo y

subempleo en el área rural (30% a 35%); sólo el 17% del total de escuelas rurales imparten los seis años de primaria y en este tipo de escuelas, terminan, de los que se inscriben, el 8%. Esta situación contrasta con el medio urbano, en que el 90% de las escuelas imparten educación primaria y el 56% de los alumnos termina el ciclo.

Los niveles de ingreso de los trabajadores rurales se encuentran en franca desventaja con los urbanos; el 65% de los trabajadores rurales ganaba menos de \$ 300 mensuales contra el 21% de los trabajadores urbanos (1961-1962).

Pero aún dentro del sector agrícola existen fuertes diferencias. Hay un gran volumen de peones y jornaleros agrícolas que en su mayoría no tienen empleo regular, ni poseen tierras. Esta población agrícola concentra a más del 50% de la población activa del campo, que en 1960 estaba formada por 3.3 millones de personas y en 1970 aumentó a 4.1 millones. Además, reciben el ingreso más bajo de toda la población de México; se estima que más del 76% de las familias de estos jornaleros agrícolas tenía un ingreso medio mensual *per capita* de \$ 50 y la tercera parte de los mismos tenía un ingreso de \$ 43 mensuales. La mayor parte de los peones y jornaleros trabajan, en promedio, sólo una tercera parte del año.

Regionalmente, en la escolaridad se han acentuado las diferencias de las distintas entidades: siendo el promedio nacional de 2.9 años de escolaridad, el Distrito Federal y Nuevo León tenían, en 1970, 5 años y 4.1 años respectivamente, mientras que en estados como Chiapas, Guerrero y Oaxaca la escolaridad media de la población sólo alcanzó alrededor de 1.6 años.

El analfabetismo acusa extremos similares: el Distrito Federal y Nuevo León son los más bajos con el 10% de población analfabeta y estados tales como Guerrero, Chiapas y Oaxaca concentran población analfabeta entre el 45% y el 42%.

Esta breve descripción de algunos indicadores del desarrollo nacional y regional refleja una situación social retardada y desigual en el país, que necesariamente ha tenido influencia en el comportamiento demográfico.

En cuanto a la mortalidad, la combinación de factores internos, resultantes del propio crecimiento económico, con factores técnicos, derivados de la ciencia médica, ha producido una disminución importante de la mortalidad de 23 defunciones por cada mil habitantes en 1939-1941 a 9.2 en 1969-1971. Esto se ha traducido en un aumento considerable de la esperanza de vida al nacimiento que en 1940 era de 41.5 años y en 1970 se elevó a 62.1 años.

La situación regional en 1970 indicó que había en el país fuertes contrastes en los niveles de la esperanza de vida: entidades federativas como el territorio de Baja California, Durango y Nuevo León tuvieron una expectativa de vida de alrededor de 67 años, mientras que en Oaxaca, Puebla y Tlaxcala era respectivamente de 52, 54 y 56 años. Es decir, que existen diferencias de entre 10 y 15 años en esperanza de vida, diferencias que no son explicables más que por una situación social muy desigual.

En cuanto a la fecundidad, los efectos del desarrollo socioeconómico han sido prácticamente nulos. La tasa de natalidad en 1940 fue de 44.1 nacimientos por cada mil habitantes mientras que en 1970 fue de 43.3. Esto está indicando que es muy reducida la proporción de muje-

res que limitan conscientemente el tamaño de su familia. Las condiciones culturales y sociales de México han llevado a que no exista motivación suficiente para que las parejas en general reduzcan su fecundidad.

Algunos estudios permiten conocer las asociaciones entre la fecundidad y algunas variables socioeconómicas: las mujeres en áreas rurales que terminan su periodo reproductivo tuvieron 5.7 hijos en promedio, mientras que las de las áreas urbanas registraron 4.4 hijos. Según el nivel educativo, de acuerdo a la encuesta de la ciudad de México llevada a cabo en 1964, las mujeres sin educación formal tenían en promedio 4.4 hijos; las que habían terminado la enseñanza primaria 3.2; las que completaron la secundaria 2.11 hijos y las mujeres con educación superior 1.53 hijos. Las mujeres que trabajaban habían tenido un promedio de 2.4 hijos y aquellas que no lo hacían de 3.7 hijos.

Un aspecto que poco ha sido tomado en cuenta se refiere a la manera en que se distribuye la población mexicana en el territorio y que contribuye a uno de los problemas más graves a que se enfrenta el desarrollo del país. La desigual distribución de la población ha sido provocada, en gran parte, por la migración interna. Ésta ha sido especialmente intensa entre 1950 y 1970, debido al esfuerzo que se ha hecho por industrializar el país, en cierta forma, a costo del abandono del sector agropecuario. Las precarias condiciones existentes en las zonas rurales y la esperanza de encontrarlas mejores en la ciudad, impulsan al trabajador agrícola a emigrar a los centros urbanos.

Así, las migraciones internas deben ser vistas como un

fenómeno resultado del proceso global de cambio de la sociedad, dentro del cual la dinámica poblacional es una parte. Las corrientes migratorias, además de ser un mecanismo de redistribución espacial de la población, son una respuesta a la existencia de desigualdades regionales dentro del sistema económico del país.

En sí el problema de la migración interna no sólo radica en el constante incremento de su volumen, sino en que las corrientes migratorias se dirigen a unas cuantas ciudades. Se estima que durante el último decenio más del 50% de toda la migración de México se dirigió al área metropolitana de la ciudad de México y otra proporción importante a las ciudades de Monterrey y Guadalajara.

Existen otras ciudades del país que aunque recibieron un volumen menor de migrantes, registran fuerte impacto en su crecimiento demográfico. Durante 1960-1970, las ciudades que concentran la industria petroquímica crecieron a tasas mayores del 6% anual. Asimismo, ciudades fronterizas del norte, tuvieron crecimientos mayores del 6% anual. Las ciudades turísticas crecieron a tasas del 11% y el 7% anual, respectivamente. Es decir, existen otras muchas ciudades en México de tamaño intermedio cuyos volúmenes de población se están duplicando cada diez años.

En otro sentido, la población rural se caracteriza por una fuerte dispersión. Según el censo de 1970, de las 97 mil localidades del país, 81 mil tenían una población de menos de 1 000 habitantes y concentraban cerca del 30% del total de la población de México. Es posible considerar que la gran mayoría de la población de estas locali-

dades esté al margen del desarrollo de México, y se caracterizan por analfabetismo, insuficiencia en salud y alimentación, valores culturales tradicionales, etc. Esta población, que es de 14 millones, está creciendo a tasas muy reducidas (menos del 0.6% anual), lo que indica que una parte importante de la migración rural se origina en este tipo de localidades.

En resumen, la modalidad del desarrollo de México en los últimos treinta años ha tenido las siguientes consecuencias en las variables demográficas:

- a) Disminución importante de la mortalidad, principalmente en las áreas urbanas.
- b) Insignificantes cambios en la fecundidad.
- c) Incremento de la migración, especialmente del campo hacia algunas regiones o ciudades del país.

A su vez, el comportamiento de las anteriores variables demográficas ha producido los siguientes efectos en el proceso demográfico:

- a) Incrementos notables en el volumen y la tasa de crecimiento de la población total del país.
- b) Concentración cada vez mayor de la población en edades jóvenes (menores de 15 años).
- c) Incrementos notables en el volumen y la tasa de crecimiento de la población urbana del país, así como cambios en la distribución geográfica de la población.

Ahora bien, los cambios operados en la dinámica demográfica están presionando cada vez más al mismo pro-

ceso económico y social que dio lugar a esos cambios. El volumen de la población, su ritmo de crecimiento, la composición por edad y su distribución especial están incidiendo en una serie de aspectos que afectan el bienestar de la población.

El fuerte ritmo de crecimiento y el rejuvenecimiento de la población, causados por las altas tasas de natalidad y la disminución de la mortalidad, se han traducido en una presión creciente en el sistema educativo. Se trata de una demanda en constante aumento en cada uno de los niveles del sistema, que resulta aún más difícil de satisfacer por el ya importante déficit que arrastra México. Cubrir este déficit y hacer frente a las crecientes presiones es una relación clara entre el crecimiento de la población y el sistema educativo.

Estas presiones provocadas por la dinámica demográfica y que se interrelacionan con el sistema educativo, son extensivas a otros sectores como alimentación, salud, vivienda, etc., en que a las inversiones crecientes para ampliar los servicios es necesario agregar sustancialmente inversiones para absorber las demandas del crecimiento de la población.

Al menos en los últimos diez años, la generación de empleos para esa población creciente ha sido insuficiente en México: en muchas regiones sobra población rural a la vez que en los núcleos urbanos existen desocupación abierta y una proporción considerable de subempleo y marginalización, característica también del insuficiente cambio estructural.

En general, el acelerado incremento de la población urbana está requiriendo cada vez más de inversiones con

el sólo objeto de hacer frente a dicho incremento. La inversión en edificios escolares, la introducción de agua y drenaje, la pavimentación y otros servicios de infraestructura urbana, el transporte urbano, la vivienda, etc., consumen una parte importante de la inversión pública. Las carencias son de tal magnitud que siempre son superiores a lo que es posible promover, aun para hacer frente a la necesidad anual o a la demanda efectiva; existe generalmente una enorme necesidad insatisfecha y acumulada de inversión social.

Por último, las presiones que se están manifestando del crecimiento de la población sobre la disponibilidad de recursos naturales, son cada vez más evidentes. Aunque estos problemas son considerados a largo plazo y además se espera que la tecnología actual y futura ayude a disminuirlos, es necesario prestar atención desde ahora a la relación entre población y recursos. Entre otros elementos importantes debe destacarse la racionalización y planificación de la forma en que son explotados los recursos naturales con que cuenta el país.

En resumen, lo tratado brevemente sobre los efectos del crecimiento de la población en el desarrollo, muestra, aún en forma incompleta, que las altas tasas de incremento demográfico y las intensas corrientes migratorias campo-ciudad, que son resultado del subdesarrollo, están retrasando la solución adecuada a los problemas de empleo, educación, alimentación, salud, vivienda, etc.

En cuanto al futuro, los cambios que se operen en las variables demográficas con miras a reducir el ritmo de crecimiento sólo tienen efectos a mediano y largo plazo. Para el año de 1980, las condiciones del comportamiento

de la fecundidad y la mortalidad difícilmente pueden ser cambiadas en forma significativa. La población será en ese año de alrededor de 71 millones de habitantes, con una estructura por edades muy semejante a la de 1970. Por lo tanto, en lo que resta de este decenio la economía del país deberá ajustarse y superar a la dinámica demográfica impuesta por las condiciones pasadas.

Para el año 2000, de continuar las tendencias del crecimiento demográfico experimentado de 1960 a 1970, y si la estructura socioeconómica del país mantuviera características semejantes a las de ese decenio, la población será de 155 millones, con una distribución por edades aún más rejuvenecida que la de ahora. Si se logra mayor ritmo de incremento económico, una mejor distribución del ingreso y otras importantes mejoras sociales, que ayuden a transformar, entre otras situaciones, las actitudes de las parejas frente a la reproducción, y se adoptara una política de población, con programas de planificación familiar a través de la educación, la difusión de medios anticonceptivos y una organización efectiva, la población de México sería de 135 millones en el año 2000. Esta situación supone reducir la tasa de natalidad, al fin de siglo, a 30 nacimientos por mil habitantes.

Sin embargo, si se realizaran transformaciones trascendentales de orden económico y social y se efectuara una política de población con un programa aún más intenso de planificación familiar de alcance nacional, en donde la fecundidad se redujera a más del 50% respecto a su nivel en 1970, la población de México en el año 2000 todavía sería de 125 millones de habitantes.

Lo anterior significa, que aún en el caso de que la po-

blación fuera de 125 millones a fin de siglo, se debe tener conciencia de las transformaciones que hay que efectuar desde ahora en las estructuras económicas y sociales del país para aumentar significativamente el bienestar de esa población.



## Mercedes Pedrero Nieto

HABLAR DE DEMOGRAFÍA hoy implica necesariamente hablar de problemas. Ésta es la connotación que se ha derivado de gran número de publicaciones, las cuales se han venido sucediendo en los últimos diez años. Falta de vivienda, escasez de alimentos, el incumplimiento de las metas educativas, desempleo o subempleo, sistema de salud pública deficiente, congestionamiento de tráfico, contaminación ambiental. Todo es causado por la explosión demográfica. No obstante, muchos de estos problemas ya existían cuando el tamaño de la población era la tercera parte del actual; entonces no se les prestaba atención porque su volumen no amenazaba al *status quo*.

No se puede negar la importancia del acelerado crecimiento de la población; pero aquí se quiere mostrar que existen muchos otros factores, que causan o impiden la solución de problemas, que se atribuyen al aspecto demográfico. Para ello se considerarán algunos puntos relacionados con el desempleo.

Con referencia al volumen de la mano de obra, según cifras del Censo de 1970, se contaba con cerca de 13 millones de población económicamente activa (incluye ocupados y desocupados); de los cuales 81% eran hombres y el 19% eran mujeres. Lo que significa una tasa total, o sea la proporción de personas que trabajan, de 26.9%. Comparativamente con otros países esta proporción es

sumamente baja; esto resulta de dos factores principales; por una parte, la estructura por edades sumamente joven —proporción alta de menores de 15 años (46% en 1970)—; los niños tienen, en conjunto, poca participación en la mano de obra; y por la otra parte, México tiene una participación femenina en actividades económicas muy limitada (10.2%).

Del limitado número de empleos disponibles, se ha hablado mucho recientemente en diversos círculos —como se puede ver en el periódico de casi todos los días— y se menciona con frecuencia que la causa es el crecimiento demográfico, sugiriendo o afirmando que el problema se debe al tamaño de la población únicamente. De ser así existiría una relación directa entre el tamaño de la población y el número de empleos; para ilustrar la ausencia de ésta, a continuación se presentan algunos datos de otros países que en 1968 (según cifras de Naciones Unidas) tenían un volumen de población semejante al de México:

<i>País</i>	<i>Población (mi- llones)</i>	<i>Población econó- micamente activa (millones)</i>	<i>Tasa</i>
Italia	52.78	19.76	37.4
Francia	49.75	20.44	41.1
Reino Unido	47.14	23.35	49.5
México (Censo de 1970)	48.23	12.96	26.9

O sea que países con volúmenes semejantes de población pueden absorber 10 millones más de trabajadores.

Entonces, ¿en dónde está el problema? ¿cuál es la di-

ferencia entre unas naciones y otras? Quizás parezca risible la comparación y se piense que esos países no tienen nada que ver con México; aquellos son desarrollados y México es subdesarrollado.

Pues bien, las diferencias radican tanto por el lado de la demanda como el de la oferta de la mano de obra. Primero, la demanda es superior en economías industrializadas debido a su formación de capital. En segundo término, la oferta también es superior en tales países, ya que por una parte tienen mayor proporción de su población en edades activas (entre 15 y 65 años), y por otra cuentan con una participación femenina superior.

Pero si pensáramos en México, con una oferta de mano de obra semejante a la de los países antes mencionados —alrededor de 20 millones de trabajadores— se diría que por falta de formación de capital no habría demanda en el mercado de trabajo por los 7 millones extra; ya que actualmente la economía nacional no puede absorber con pleno empleo a la oferta existente. O sea que si comparamos a los países entre sí, vemos que no se puede dejar de considerar que la población está integrada en la economía del país respectivo.

Ningún problema de tipo económico-social se puede analizar considerando parcialmente algunas variables que intervengan en el fenómeno, e ignorando qué lugar ocupan dentro de una perspectiva histórica.

Hacer una revisión histórica de por qué los países desarrollados tienen tal o cual capacidad económica y de por qué México tiene otra, está fuera del alcance de esta intervención. Pero se puede citar simples ejemplos que

pueden servir de ilustración, de lo que ha sucedido en épocas pasadas y sigue sucediendo, y que afecta directamente a la capacidad de una economía para poder absorber empleo.

La ciudad de Cabimas (Venezuela), después de un gran auge económico, a raíz del agotamiento de su petróleo decreció enormemente en cuanto a su actividad, no sólo respecto al petróleo sino también en comercio y servicios; mucha gente tuvo que emigrar hacia otros rumbos del país. Si esta situación se generalizara en todo el país, ¿qué dejaría el petróleo a cambio en este territorio, en que sólo el 0.2% de la fuerza de trabajo está en la extracción del líquido y que ha fomentado una gran concentración en servicios y en comercio —o sean actividades que por sí solas no pueden subsistir— deteniendo el desarrollo agrícola e industrial?

Aquí en México, podemos pasar por Zacatecas y San Luis Potosí (por mencionar dos ejemplos) y admirar sus joyas de arquitectura colonial, símbolo de su riqueza en el pasado, pero de esto quedó muy poco para generar más riqueza y más empleo que tuviera una forma propia de retroalimentación, que no dependiera de los recursos naturales no renovables de la región. ¿No se podría haber desarrollado el sector transformación, con el ingreso obtenido del producto de las minas? ¿Acaño se lo comió la entonces reducida población? ¿No tendrá algo que ver esto con la formación de capital de los países desarrollados de hoy y de su capacidad para generar empleo en el presente?

Se podría decir que esto es historia; sin embargo, lo interesante es que la forma de explotación colonial que

antes se sufrió se sigue padeciendo en la actualidad con otros estilos y productos.

Existen mecanismos que permiten canalizar riqueza generada en un sector para darle vida a otro como ha sido el caso del financiamiento de la industrialización por la agricultura. Sin embargo, su efectividad está muy lejos de ser adecuada para obtener un beneficio para la población en su conjunto. Algunas de las limitaciones responsables son: inadecuado sistema impositivo, falta de reinversión racional y en un sentido social, fuga de capitales, etc. O sean aspectos que tienen poco que ver con el tamaño de la población, pero sí con sus posibilidades de empleo.

De las soluciones al desempleo, que se han sugerido, sobresalen, por una parte, la política de empleo de fomento a la construcción y por la otra rechazar el avance tecnológico que desplace a la mano de obra.

La primera es una solución parcial y temporal. Respecto a la segunda, lo importante es el uso que se hace de la tecnología. El crecimiento económico industrial, en general, ha partido de una jerarquía en donde la producción ocupa el primer lugar y la mano de obra queda subordinada a ella. O sea, no importa a cuánta gente se va a emplear, sino cuánto se va a producir y qué tanto puede rendir un trabajador. La alternativa sería: con esta oferta de mano de obra, dadas sus características económicas y demográficas ¿qué se puede producir y para quién?

La pregunta de ¿para quién? surge después de ver que, en Japón, en el momento en que la oferta de mano de obra ya no es excedente, los industriales japoneses propo-

nen importar mano de obra barata de otros países, para que exista un margen de desempleo y evitar que los trabajadores ejerzan presión sobre los salarios. De la pregunta de ¿qué se puede producir? se pueden considerar formas alternativas de producción que utilicen más o menos intensivamente la mano de obra, según se disponga de ella. Otra alternativa es mirar el problema por el lado del producto.

Existen bienes que se pueden producir con la utilización de la máxima capacidad del conocimiento humano; como pueden ser, los productos médicos, instrumentos de precisión o automóviles. Sería absurdo, por ejemplo, querer hacer coches completamente a mano, cuando existe tecnología especializada (sin entrar en pormenores de alternativas que dentro de esta producción existen); lo que sí se puede pensar es que para el mercado mexicano podría convenir que, en lugar de que existan varias industrias automotrices, con dos de ellas se pudiera cubrir la demanda de autos, utilizando la totalidad de la capacidad instalada de las dos empresas y por otra parte emplear el enorme capital invertido en las otras fábricas de coches, en otro tipo de actividades en donde existe una demanda latente, como es el caso de la industria alimenticia, la cual requiere naturalmente mano de obra en forma más intensiva que la automotriz.

Claro que para esto se tendrían que tomar decisiones que quizás no se puedan o quieran tomar. Ya que esto implica la necesidad de aumentar la capacidad de compra del gran volumen de población para que pueda comprar más alimentos. Esto implicaría una redistribución

del pago a los factores de producción: o sea un aumento sustancial de pago a los trabajadores, quienes en su mayoría reciben salarios bajos; por ejemplo, en el sector de industria de transformación (en donde se debe generar la mayor parte de la riqueza) más de la mitad de los trabajadores de este sector, en 1970, ganaba menos de \$ 1 000 al mes.



## Luis Leñero Otero

### 1. *Introducción*

EL TEMA de *Situación y perspectivas demográficas de México* voy a presentarlo ahora en un enfoque sociológico que hace especial referencia a la interrelación de los fenómenos de población con los cambios socioculturales en nuestro país. La limitación del tiempo disponible me obligará a ser más bien enunciativo en el planteo de la problemática que está implicada en la interrelación de las variables demográficas con algunas de las más relevantes socioculturales.

Voy a presentar mi ponencia en tres partes: la primera, introductoria, para el planteo de alguno de los problemas derivados de categorías ideológicas, científicas y metodológicas que condicionan al análisis del problema demográfico cuando éste se hace a partir de una u otra posición.

La segunda parte hará referencia a la manifestación del problema demográfico y a los fenómenos socioculturales que aparecen ante él, como factores que lo condicionan y como efectos derivados de los mismos cambios demográficos en su manifestación temporal y espacial. Esta doble perspectiva de la interrelación población-cambios socioculturales es sumamente importante, pues evita una posición unilateral simplista. Igualmente haré breve referencia a las manifestaciones microsociales del problema demográfico, particularmente las implicaciones socio-

familiares y las de las conductas personales en lo relativo a la fecundidad y acciones personales de desplazamiento migratorio. Estas acciones, si bien pertenecen a los individuos y a los núcleos familiares, vistos en su conjunto constituyen fenómenos colectivos que se reflejan en las estadísticas demográficas y en los resultantes socioculturales. Aquí podemos también hablar de una interrelación en dos sentidos entre las estructuras globales de la sociedad y las conductas personales y familiares. Éstas (las personales y familiares) dependen de aquéllas, pero de su resultante estadística se podrá obtener o modificar tal o cual estructura social y demográfica. Así, una política educativa, tendiente a modificar la conducta de las personas y las pautas de conducta familiar, podrá tener un determinado efecto en la estructura de la población —pirámide de edades— y en el crecimiento de la población. La interrelación debe ser estudiada, por lo tanto, en todas sus dimensiones y sentidos y no sólo en una de pretendida causalidad unilateral.

Lo anterior significa que el problema de la población y sus perspectivas no puede ser visto desde una posición dogmática que pretenda tener ya en mano las soluciones frente a una supuesta causalidad unilateral. Todo lo contrario, nos lleva a enfoques interdisciplinarios y pluralistas, tanto desde el punto de vista metodológico, como del ideológico y del teórico.

No podemos prefabricar interpretaciones con teorías abstractas o con hipótesis aplicables a otros países que se encuentran en otra etapa de desarrollo, o que en cualquier caso, tienen marcos de referencia estructural y de

dinámica, diversos a los del país sobre el que se desea llevar a cabo el análisis y las proyecciones.

Cuando más, debemos adoptar una posición abierta de dialectización —no simplemente ecléctica sino de fusión sintética— de posiciones ideológicas y metodológicas en aparente oposición.

Así por ejemplo, cuando buscamos interpretar el sentido de las proyecciones demográficas en México, vistas en una dimensión sociológica, no podemos adoptar exclusivamente una postura funcionalista (para hablar de una importante corriente teórica) que vea al crecimiento demográfico solo en relación al desequilibrio o equilibrio, distorsión o adecuación con el sistema establecido. Tampoco, sin embargo, podemos —si queremos buscar una objetividad científica— analizar el problema demográfico con una unilateralidad ideológica —por ejemplo de la corriente marxista o la de la sociología del conflicto. El esfuerzo del científico tiene que ir más allá del aporte —valioso— de las teorías generales e ideologías sociales. La búsqueda dialectizante de enfoques a partir de los hechos mismos —en confrontación con las posturas teóricas antecedentes— podrá producir nuevas interpretaciones al sentido de los fenómenos humanos y poblacionales.

Para completar el ejemplo citado, una visión sociológica del crecimiento demográfico en México nos tiene que ayudar a comprender la dimensión de las proyecciones de la población, tanto a partir de los problemas que genera y que se generan dentro de nuestras actuales estructuras y sistemas socioculturales, socioeconómicos y sociopolíticos, como a partir de las transformaciones globales necesarias para romper las estructuras de poder ca-

pitalista en las relaciones de producción, de cultura y de gobierno impuestas sobre las clases populares.

Finalmente en la tercera parte, plantaremos sintéticamente algunos de los posibles lineamientos útiles a una política socio-demográfica para México.

Los fenómenos de población tienen que ser planeados y manejados en su dinámica interrelacionada con las políticas globales del país, así como formar parte de los procesos revolucionarios que se gestan en el seno de los sectores oprimidos y marginados del poder. Las proyecciones demográficas tienen que ser vistas en una doble dimensión, dialectizable a corto y largo alcance para que adquieran sentido en el desarrollo histórico del país.

Con esta perspectiva, señalemos ahora algunas de las principales implicaciones socioculturales de las proyecciones demográficas de México.

## *2. Dimensiones sociales y culturales de la situación y perspectivas demográficas del México actual*

### *2.1 El cambio y las perspectivas demográficas más relevantes en el México contemporáneo*

Resaltan tres grandes manifestaciones demográficas en proyección creciente a las que haremos mención: una, la del crecimiento total de la población, con una tasa anual de 3.5%, lo cual hace que se calcule una proyección de 73 millones de habitantes para 1980 y alrededor de 146 millones de habitantes para el año 2000. Ya sabemos que este crecimiento demográfico —uno de los

más rápidos en el mundo— significa que para 1980 se tendrá casi el mismo número absoluto de población inactiva (más de 50 millones de habitantes) que en el año de 1970 se tenía de población total.<sup>1</sup>

El segundo hecho demográfico que resalta es el incremento de la población urbana como resultado de una intensa migración interna, principalmente del campo a la ciudad, que se agrega al crecimiento natural de esta última. Se sabe que el incremento de la población rural obedece a una tasa del 1.5% anual —lo cual ya significa un problema para gran parte de las áreas rurales que difícilmente pueden absorber ese incremento de población— mientras que las zonas urbanas crecen a razón de una tasa media anual del 5.4%, que en algunas de las más importantes ciudades, llega al 7 y hasta el 14%.<sup>2</sup> Esto significa que para 1980 habrá una población urbana, habitando localidades de más de 15 000 habitantes, de entre 36.8 y 40.3 millones de habitantes, que comparados con los 12.7 millones, de 20 años atrás, resultan sumamente elevados.<sup>3</sup> Algunas de las implicaciones sociales y culturales las analizaremos a continuación.

El tercer hecho demográfico que cabe destacar en las proyecciones del México actual es el del acrecentamiento del actual perfil de la composición de la población. Se sabe igualmente que nuestro país vive un proceso crecien-

<sup>1</sup> Víctor L. Urquidi, "Perfil general: economía y población", en *El Perfil de México en 1980*, Vol. 1, México, Siglo XXI, 1970, pp. 5, 6.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> Luis Unikel, "El proceso de urbanización", en *El Perfil de México en 1980*, Vol. 2. México, Siglo XXI, 1970.

te de rejuvenecimiento de su población, lo cual se deduce —por ejemplo— del hecho que de 1960 a 1980, la población menor de 15 años vaya a ascender de 18 a 35 millones. En el año 2000, se proyectan (en una hipótesis intermedia) 66.8 millones.<sup>4</sup> Los números relativos no crecen, pero el total de población joven e infantil tiene incrementos impresionantes. Este fenómeno se refleja en el volumen de población inactiva, que como ya decíamos, para el año de 1980 representará un número absoluto de unos 50 millones. Por otra parte, la población económicamente activa va creciendo a una tasa anual del 3.3%, que, para fines del actual decenio se convierte en 3.7% anual.<sup>5</sup> Éste proyecta de por sí un grave problema para la creación anual de plazas de trabajo, que rebasará en su demanda a la cifra de un millón durante el siguiente decenio. Pero si tomamos en cuenta la creciente entrada de las mujeres en la PEA, esta tasa anual se incrementará aún más y podría elevar la demanda de plazas de trabajo a cerca de un millón posiblemente en este mismo decenio.

Finalmente, cabe hacer resaltar la persistencia de las tasas elevadas de natalidad frente al descenso de las de mortalidad, lo cual se refleja en el ya conocido crecimiento natural de la población. La tasa bruta de natalidad era del 44.6% en 1960 y del 44% en 1970 (por cada 1 000 habitantes). Eso significa que cada año nacen más de 2.2 millones de habitantes, número que crece año con

<sup>4</sup> Centro de Estudios Económicos y Demográficos, El Colegio de México, *Dinámica de la población de México*, México, 1970, pp. 196-206.

<sup>5</sup> *Ibid.*

año.<sup>6</sup> En cambio, las tasas de mortalidad van en descenso: del 22.0% en 1940-44 al 9.4% en 1945-67. Con ello, la esperanza de vida al nacer ha variado: de 40.4 para los hombres y de 42.5 para las mujeres en 1940, a una que se calcula de 60.3 y 63.6, respectivamente, para el año de 1965.<sup>7</sup>

A la vista de estos indicadores demográficos en sus tendencias (crecimiento total y natural, migración interna y acrecentamiento del actual perfil de la composición de la población), podemos enunciar a continuación algunas de las implicaciones socioculturales vistas como factores de esas tendencias y como posibles consecuencias de las mismas.

## 2.2 Proceso de aculturación ambigua, tendencia a la dependencia cultural y creación de conflictos inter e intraculturales en relación a las tendencias demográficas

México es el resultado histórico del encuentro de culturas, encuentro que no ha podido lograr del todo un proceso de aculturación acabado —entendido éste como fusión de culturas que generan una nueva y diferente. La historia de México registra más bien una superposición e imposición cultural de las culturas occidentales, europeas, sobre las de los pueblos indígenas, y en los últimos años, de la civilización sajona industrial y capi-

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 14.

talista, sobre la naciente "cultura mexicana mestiza". Esta transposición cultural se refleja en dos fenómenos tanto condicionantes de las actuales tendencias demográficas, como afectados por éstas: el primero consiste en la creación de subculturas estratificadas en el seno de la sociedad mexicana, que en su perfil teórico constituyen un dualismo interdependiente con relaciones de dominio y de explotación —o marginalización el mayor de los casos— la una sobre la otra:

a) *Subcultura folk o indígena*, que convencionalmente podríamos referir a una población que en 1960 iba de los 4 millones de habitantes (según criterio de lengua) a los 13 millones (según indicadores culturales más amplios: caracterizada por fatalismo, magia, familia clánica y tribal, referencia al pasado ancestral, control moral por el tabú, sacralización y sincretismo, localismo marginado, tecnología primitiva, economía de subsistencia, etc). Es pronatalista para sobrevivir.

b) La segunda subcultura es la que podríamos llamar *tradicional de tipo rural* (aunque tiene notables persistencias en el medio urbano, incluso en el metropolitano). La podemos referir convencionalmente a una población que va del 40% (población que habita localidades de menos de 10 000 habitantes, excluida la indígena), 65% de la población total (población en ciudades de menos de 100 000 habitantes excluida la indígena) (en el año de 1960). Esta población podrá decirse que responde todavía a una cultura de tipo providencialista basada en la costumbre, en el dogma, en la identificación local y regional, en la actividad agropecuaria como centro de refe-

rencia, en una estructura familiar de base formal religiosa, de tipo semi-extensa o conyugal mixta; en la dualidad Estado-Iglesia como autoridades; en la concepción estática de la vida que se realiza en una perspectiva de presente continuado de generación a generación; en una educación basada en la imitación y centrada sobre el profesor que transmite, y el alumno pasivo que recibe; en una concepción paternalista de la autoridad y de lealtad más que de participación demográfica, etc. Es pronatalista para expandirse.

c) Finalmente tenemos la *subcultura que podríamos llamar moderna* que abarcaría convencionalmente a una población que va del 14% del total nacional en 1960 y del 24% en 1980 (población que habita ciudades de más de un millón de habitantes), al 25% de población en 1960 en ciudades de más de 100 000 habitantes y al 41% en el año 1980. Esta subcultura creciente podría identificarse en rasgos que responden a una base técnico-científica, a una pluralidad institucional, a una moral de conciencia personal, a una familia de tipo conyugal-nuclear, a una secularización de la vida, a una universalización de las influencias, etc. Esta cultura no es pronatalista y favorece la expansión urbana sobre la rural.

Pero el problema mayor en esta perspectiva de pluralismo subcultural es que existe de hecho una transposición valoral y normativa que crea zonas de transición o mezcla ecléctica difícil de delimitar. Esto produce un fenómeno que podríamos llamar de ambigüedad y plurivalencia valoral. De hecho el fenómeno se convierte en un sistema de absorción y dependencia dentro de la estrati-

ficación cultural, en perjuicio de las subculturas rurales y semiurbanas, subdesarrolladas, locales y regionales, y un crecimiento impositivo de la cultura centralista metropolitana e internacional. Hay, sin embargo, mecanismos de resistencia y persistencia cultural que producen a veces cortes más o menos diferenciados según las generaciones, las cuales adoptan subculturas en transición y ambigüedad distintas, y a veces en conflicto.

La dinámica cultural tiene, de esta manera, consecuencia en las tendencias demográficas.

Por un lado, las subculturas folk y tradicional y sus correspondientes zonas de transición y ambivalencia dentro de la misma cultura moderna, mantienen, por ejemplo, pautas de conducta en la fecundidad y en la migración que se oponen a una política de población regulada, y contrastan con la modificación sufrida en las tasas de mortalidad que sí han aceptado, desequilibrando así el contrapeso del crecimiento natural antes equilibrado.

La modificación de conductas al respecto pide una política de aculturación coherente llevada a cabo por el país con una fuerza de dialectización sintética que hasta ahora no se ha planteado, con el consecuente conflicto de ambigüedad cultural mexicano que vivimos en forma acentuada en las últimas décadas.

Pero a su vez, las tendencias demográficas actuales, principalmente la movilización interna regional y rural-urbana están teniendo una influencia importante sobre los procesos de transposición y transición inter e intraculturales. Grandes contingentes de población —principalmente población joven— están rompiendo con su marco de subcultura local y regional al desplazarse a otras lo-

calidades, principalmente urbanas. A su vez, las localidades y regiones receptoras del país están perdiendo su identificación local para adoptar rápidamente una cultura de perfiles modernizantes y universales (de alta influencia norteamericana). Los medios de difusión y el crecimiento del tránsito en el transporte colectivo nacional contribuyen grandemente a este fenómeno.

Por su parte, las políticas de población, en cuanto que éstas puedan modificar las tasas de natalidad —a través de programas de control natal—, o bien puedan encauzar los flujos de migración interna —y externa— de población, van a tener, en las perspectivas nacionales una influencia considerable sobre los procesos de cambio sociocultural. Al modificarse el tamaño de las familias y la función no sólo procreativa de la mujer, replantearán los términos de las pautas de conducta tradicional (obediencia, paternalismo y machismo, fatalismo e inmovilismo residencial). Los anticonceptivos introducidos afectarán al sistema de control natural y social de las relaciones sexuales y si éstas no encuentran una nueva base de regulación diferente del “qué dirán” y la costumbre, la normatividad y los valores existentes de la cultura tradicional entrarán en conflicto con la conducta factual cambiante. Efectos sociales colectivos aparecerán en muchos sentidos, tanto en el área de la salud e higiene, como en el de la educación y en el sentido dado a la vida por parte de la población.

De ahí la necesidad de implementar, en proyecciones muy amplias, políticas de desarrollo cultural coordinadas con las políticas de población necesarias, de acuerdo a las metas nacionales.

### 2.3 Concepción nacionalista e internacional y las perspectivas demográficas

Existe una dialéctica entre nacionalismo e internacionalismo como posturas ideológicas globales de cohesión sociocultural y política. También existe una dialéctica permanente entre la concepción regionalista y el centralismo nacionalista. De hecho, no puede hablarse de una fórmula que en abstracto resuelva el problema. Nacionalismo significa, por una parte, solidaridad de espíritu colectivo en sus metas de unificación social: pero por la otra, barrera para el desarrollo de una cultura mundial humana. Internacionalismo significa una meta ideal de la humanidad, pero de hecho, representa también la concentración de poder y el imperialismo.

Sin pretender un análisis de la problemática, nos interesa hacer resaltar, en una comprensión sociológica, la interrelación directa habida entre dichos fenómenos y las tendencias demográficas.

Uno de los argumentos esgrimidos hasta hace poco tiempo en México para oponerse a una política que limitase el crecimiento demográfico fue sin duda alguna la postura nacionalista que veía a la población creciente como elemento de fuerza y resistencia frente a las tendencias expansionistas norteamericanas —ante las cuales sucumbimos en el siglo pasado y en el presente. Se pensaba que el crecimiento demográfico diera lugar, primero, a un poblamiento básico de todo el territorio nacional, y segundo, que constituyera numéricamente una capacidad y fuerza de trabajo e incluso militar. Poblar significaba “hacer patria”.

Con la expansión del imperialismo norteamericano en nuestro país —como hecho ineludible en muchos sentidos—, el nacionalismo mexicano ha tenido que cambiar sus objetivos. Se convierte en un nacionalismo folklórico, político-demagógico, centralista —frente a su propia provincia—; en todo caso, complementado por una posición más o menos latinoamericanista y más bien de tibias pretensiones en el sentido de un capitalismo de estado que busca constituir una economía mixta pero que no por ello deja de ser dependiente del extranjero.

Por otra parte, el nacionalismo baja a cultura popular y a la de las *élites* “cultas” vestido de indigenismo, de arte mexicano —mural, arquitectónico, literario, artesanal—, de folklor como artículo para el consumo turístico, de machismo y hembrismo, de orgullo procreativo, de “revolución oficializada”, de estabilidad y tranquilidad política; de progreso material aparente y parcialmente real, etc.

Las tendencias demográficas actuales, sin embargo, parecen oponerse en varios sentidos a este nacionalismo. El crecimiento demográfico hace cada vez más difícil el orgullo nacional por este progreso y logro de la Revolución mexicana. Un contingente numeroso de mexicanos sale del país y se convierte en una nueva subcultura chicana o mexicano-norteamericana del otro lado de la frontera y aun dentro del mismo país —desde la época de la Revolución hasta nuestros días. Son ya varios millones. La misma población joven mexicana está generando una nueva concepción del nacionalismo, asimilando o mal asimilando, en muchos sentidos, valores y antivalores de la cultura norteamericana, y rechazando, en parte o

en su totalidad, las versiones oficiales y estereotipadas del nacionalismo tradicional. El cine, el arte y la ética —influídos por los medios de comunicación de imitación— hacen que la juventud actual apunte a diferentes objetivos que el de las generaciones inmediatas anteriores. El muralismo mexicano es sustituido por el abstraccionismo, el neocubismo o el arte *pop* de origen y sentido internacionalista; la novela, el teatro, el cine, la música popular, las fiestas, etc., realizadas por las nuevas generaciones, utilizan otras formas y contenidos diferentes a las exaltadas expresiones mexicanistas de los maestros de los decenios pasados.

El fenómeno migratorio rompe a su vez con las raíces de la transmisión tradicional de generación a generación. La movilidad abre las puertas a una cultura cosmopolita cada vez más dependiente del exterior y menos de lo que transmiten los “viejos”.

El objetivo de la vida de los hombres y las mujeres jóvenes mexicanos parece ser que ya no se enfoca tanto a transmitir la vida a una prole que se espera se realice mejor, sino a buscar en lo personal signos de una realización propia existencial. La mujer joven ya no busca tanto vivir para ser madre, sino para ser mujer-esposa o mujer-persona. Las encuestas que hemos realizado en los últimos años reflejan claramente esa búsqueda. El 68% así lo declara. (Paradójicamente, sólo el 33% de las casadas dice haberlo alcanzado.)<sup>8</sup>

Por lo anterior, puede decirse que al lado de las ten-

<sup>8</sup> M. del Carmen Elú de L., *Mujeres que hablan*, Instituto Mexicano de Estudios Sociales, 1971, p. 75.

dencias demográficas se encuentran las que se reflejan en el desarrollo y cambio de una cultura nacionalista-internacionalista. ¿En qué sentido el control natal derivado de una política que favorezca su regulación está apoyado por una política clara en cuanto al desarrollo de la cultura nacional? ¿Cuáles son las confluencias y las diversidades en la dialectización entre el regionalismo, el internacionalismo y el nacionalismo? ¿Cómo impedir el surgimiento de una política poblacional que obedezca también a un colonialismo cultural? ¿Cómo hacerla de sentido nacionalista y a la vez de alcance internacional? ¿Estamos preparándonos para implementar con sentido mexicano, pero sin chauvinismos, los programas de población, tanto en sus metas, como en sus medios?

He aquí pues, algunos de los hechos que tienen una directa implicación en las tendencias y políticas de población que empiezan a surgir en México.

## 2.4 Proceso de urbanización y tendencias demográficas

Señalábamos anteriormente las tendencias al crecimiento de la población urbana. Este crecimiento se refleja en dos formas: crecimiento del tamaño de las localidades citadinas y nacimiento de nuevas zonas urbanas. En ambos casos nos enfrentamos a un fenómeno de urbanización creciente que, desde el punto de vista ecológico y sociológico significa una intensificación de la densidad social; es decir, una multiplicación de interrelaciones humanas que implican, por un lado, variaciones cualitativas de la relación social —más impersonal, funcional,

institucionalizada y de tipo “secundario”—; pero por el otro, una mayor intensidad de la dependencia social cotidiana, mayor masificación y automatización, mayor frecuencia del choque y conflicto social, mayor velocidad en el ritmo de la vida, mayor “modernización” en la cultura y la conducta; y mayor acceso a los servicios públicos.

La cultura urbana significa, por lo mismo, una forma de vida menos en contacto con la naturaleza, más en un mundo fabricado y contaminado por los hombres. Con todo lo que ello tiene de positivo y negativo.

Pero el crecimiento de la vida urbana, al aumentar a un ritmo del 5.4%, nos ha traído un subproducto de desorganización social creciente que está representado en las zonas suburbanas marginales, en donde se ha generado una subcultura ambivalente *sui generis*, de la que hablábamos anteriormente.

La ciudad, por otra parte, representa un polo de la dialéctica urbano-rural; dialéctica que más bien es un fenómeno de dependencia. La reforma agraria mexicana favoreció una dispersión de la población rural mexicana, destruyendo muchos de los núcleos rurales y dando lugar, en muchas zonas, a un poblamiento disperso como efecto de la ocupación de tierras dotadas. Este fenómeno favoreció la polarización mayor entre el campo y la ciudad, haciendo que aquél desarrollara una economía de subsistencia o de autoconsumo, cuando no de nueva explotación por los intermediarios provenientes del comercio citadino. El poblado intermedio perdió así, en muchos casos, su rol de centro de encuentro y de servicios rurales. El capital se fue a la ciudad y, tras él, se derivó una corriente

migratoria del campo a la ciudad de grandes proporciones.

Con el paso de los años siguientes a los repartos de tierra, una nueva generación de campesinos sin tierra y sin capital está buscando acomodo en las zonas suburbanas de las grandes metrópolis, cuando no de los Estados Unidos. Y aun cuando la ciudad no ha estado preparada ni puede albergarla dignamente, la migración y la nueva ecología social han significado el nacimiento de una forma de participación marginal en el desarrollo urbano que de otra manera no se habría realizado. Las ciudades mexicanas son, por lo tanto, unidades macrosociales del sistema de acumulación de capital, en lugar de ser polos de diseminación del desarrollo. El sentido migratorio obedece a esa dinámica capitalista —no sólo de tipo económico, sino también cultural y político.

Por otra parte, la fecundidad diferencial del campo comparada con la de la ciudad es ligeramente superior. El número promedio de hijos nacidos vivos en el medio rural de mujeres con edades de 40 a 49 años (en la última etapa de su fecundidad) es de 5.7; mientras que en la ciudad, es de 4.4.<sup>9</sup> Sin embargo, esto no tiene valor definitivo, pues la ciudad tiene una mayor proporción de población femenina debido a la migración rural. Antes al contrario, los datos parecen corroborar el hecho de que a menos que se lleven a cabo programas de planificación familiar —que siempre serán más fáciles en las ciudades que en el campo— la fecundidad no sufre una

<sup>9</sup> Raúl Benítez Zenteno, "Fecundidad", en *Dinámica de la población de México*, op. cit., p. 64.

declinación automática con la urbanización, sobre todo si se tiene una migración rural tan grande, lo cual se refleja en ciertos indicadores de ruralización de las ciudades.

El cambio hacia una política de población debe contemplar en México las implicaciones y consecuencias urbanas. Políticas de industrialización descentralizada, que reorienten los flujos migracionales; de distribución del ingreso nacional canalizado mediante obras de infraestructura y servicios en localidades de mediano nivel; construcción de sistemas descentralizados de comunicación local: construcción de viviendas rurales; descentralización educativa y administrativa, etc., deberían de acompañar a la implementación de programas de orientación migracional y de planificación familiar diferenciada. Por ejemplo, un sistema de entrenamiento de parteras y empíricas en la planificación familiar —como el que ha iniciado la Secretaría de Salubridad este año— es imprescindible en el campo, mientras que en las ciudades se pueden ofrecer servicios médicos de planificación familiar a partir de los centros de salud y clínicas del Seguro Social y del ISSSTE, existentes.

En fin, una política de población tendría que buscar, a través de la modificación de las tendencias demográficas, una nueva interrelación en la dialéctica campo-ciudad para limitar o nulificar la dependencia y el colonialismo interno —reflejo del capitalismo nacional e internacional. De no ser así, los programas de población reproducirán los vicios del sentido prioritario benéfico sólo para las *élites*.

## 2.5 Estratificación, clases sociales y su interacción con las tendencias demográficas

Todo el mundo parece estar de acuerdo en que México es una sociedad de clases, pero cuando se pretende analizar más en concreto la coherencia de las diversas clases sociales existentes, o bien se llega simplemente a un estudio de la estratificación y los niveles de vida, o bien se habla de los distintos sectores de la población —usando categorías ocupacionales más o menos convencionales: campesinos, obreros, comerciantes, etc.—, o finalmente, se llega a la radical posición de que sólo existen dos clases: la de los dominantes y la de los dominados, con lo cual se simplifica el problema para ponerlo en términos ideológicos.

Sin que pretendamos aquí analizar el problema sociológico de la identificación de las clases sociales, queremos solamente apuntar algunas ideas de la interrelación entre la estratificación social de la población y las tendencias demográficas.

El crecimiento demográfico trae aparejado un crecimiento cuantitativo altamente acelerado en los sectores populares y limitado en los de clase alta. Según González Cosío,<sup>10</sup> las clases altas en México ascendieron de 81 000 en 1900 a 173 000 en 1960. Las clases medias, de 1.1 millones en 1900, a 5.7 en 1960. Y las clases populares, de 12.3 millones en 1900 a 28.3 millones en 1960. Según este autor, el aumento porcentual de las cla-

<sup>10</sup> Arturo González Cosío, "Clases y estratos sociales", en *México, 50 años de Revolución*, t. II, p. 88. México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

ses medias es significativo, pero el número absoluto del incremento de los sectores populares es notablemente contrastante con los otros dos. Independientemente de la exactitud de los datos, la observación de este hecho ha dado lugar a que algunos analistas afirmen que con el crecimiento demográfico se fortalece el movimiento popular y se favorece una etapa prerrevolucionaria que hace factible la toma de conciencia de la fuerza popular representada en los números crecientes de las clases desposeídas. Marca, a su vez, según esta misma orientación, el fracaso de una Revolución mexicana que en lugar de integrar al sector popular en los beneficios del desarrollo, lo ha mantenido marginado del mismo.

Esta argumentación influyó grandemente en la posición de una mayoría de ideólogos de izquierda, que se opusieron a cualquier política de población que buscara la reducción del crecimiento demográfico, pues consideraban que ésta no resuelve en sí el problema central del cambio de estructura capitalista; antes bien retrasa su contradicción, y además atenta contra la creciente fuerza popular.

No es sino hasta en los últimos años cuando la interrelación entre la dinámica de clases —en una perspectiva socialista— y las tendencias del crecimiento demográfico son enfocadas de muy diversa forma. Los sectores populares no forman de hecho una clase social compacta y con conciencia de unidad; antes al contrario, suelen estar desarticulados, cuando no en pugna. La participación que tienen tanto las “clases medias” —que de hecho son de muchos sectores y estratos— como las clases populares del modo de producción capitalista, es diversa. No

puede hablarse de una idéntica dependencia y marginación social. Los obreros industriales reciben en mayor escala, por ejemplo, beneficios de la empresa capitalista, mayores que los que reciben los artesanos independientes, y mucho más que los campesinos y los marginados subproletarios urbanos. Dentro de cada sector hay situaciones variadas, y comunes denominadores que rebasan a su propia estratificación de clase. No existe, por lo demás, conciencia de clase sino en grupos muy limitados, lo cual impide una dinámica de clase. El crecimiento numérico de la categoría no facilita esta toma de conciencia; antes al contrario, se atomiza y se masifica difusamente en mayor escala.

La migración tampoco ha venido a reforzar la estructura de clases, pues la pérdida de identidad es mayor en el emigrante a la ciudad, y su calidad de marginado no es factor suficiente de cohesión de clase. Al momento que aparece la movilidad ascendente o la integración a la ciudad, la referencia de "poblador suburbano" desaparece. El barrio en sí difícilmente tiene la dinámica del proletariado trabajador reunido en fábricas. Los urbanos marginales se desplazan en búsqueda de trabajo por toda la ciudad, no actúan como clase trabajadora en cohesión.

En cambio, es necesario hacer resaltar la correlación entre estratificación social y tendencias de población. Las políticas demográficas y sus aplicaciones en programas específicos tienen que plantearse estrategias diferenciales según se refieran a unos y otros sectores de la población estratificada.

Hasta ahora toda la estructura de servicios públicos,

incluyendo los de salud, tienen limitaciones mayores a medida que se baja a los estratos de niveles inferiores. Habría que pensar en formas de participación de tipo piramidal ascendente en los programas; es decir a menor estratificación de la población, mayor involucración, con la participación de ellos, en los programas, para que éstos no funcionen sobre la acción del personal técnico y burocrático que tiene elevados costos de financiamiento, sino sea el producto de la acción popular participante, como se pretende hacer en China actualmente.

De esta manera, una política de población no estará basada en la ideología e intereses de las *élites*, sino en las necesidades reales de la población misma.

Por demás está decir que la reducción de la fecundidad en las familias de sectores populares permitirá aumentar sus niveles de vida, de dos maneras: disminuyendo la presión económica en los gastos de subsistencia familiar —alimentación de una abundante prole, vestido, habitación— y en segundo lugar, liberando a la mujer de la carga doméstica y permitiéndole incorporarse a la población económicamente activa (con tal de que no crezcan los índices globales de desocupación). Hasta ahora, según estudios recientes, el 58.9% de las mujeres urbanas realiza un trabajo remunerado antes de casarse, pero sólo el 13.7% lo hace durante su matrimonio.<sup>11</sup> Según otros cálculos, la tasa promedio (por cien habitantes) de trabajo de la mujer en la República es sólo del 17.8; en cambio, en la ciudad de México, lo es del 30%.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Luis Leñero, *Investigación de la familia en México*, México, Instituto Mexicano de Estudios Sociales, 1968, p. 327.

<sup>12</sup> Enrique Contreras, "Migración interna y oportunidades de

Hay, por lo tanto, una interrelación doble que establecer entre estratificación familiar y políticas de población en particular. Por un lado, analizar los obstáculos o tendencias de los diversos estratos de la población para participar en acciones de cambio demográfico (regulación de la fecundidad y migración, en particular); y en segundo lugar, analizar los efectos de una determinada tendencia provocada, en los diversos estratos.

Cabe finalmente apuntar en este apartado que el sistema capitalista de nuestra sociedad nos lleva hacia una visión de la estratificación social desde el punto de vista de la capacidad de consumo mayor o menor de unos y otros estratos de la población. De esta manera, una consecuencia posible de la disminución de la natalidad, más que dar lugar a un ahorro y capitalización familiar, produciría seguramente un cambio en el volumen y tipo del consumo, aumentando la tendencia hacia el uso mayor de bienes de industria manufacturera, con lo cual el sector privado capitalista se vería beneficiado al ampliarse la capacidad de consumo para sus productos. Una sociedad de consumo masivo —con todo su sistema enajenante de publicidad— tiende además a borrar los diversos perfiles psicológicos de clase y a homogeneizar a la población consumidora, independientemente de su participación en los distintos procesos y campos de la producción. Lo anterior se corrobora también con la tendencia a la urbanización masiva acentuada con las corrientes migratorias del campo a la ciudad. Nuevos fenómenos

sociopolíticos han aparecido, en cambio: el surgimiento de minorías disidentes y de conducta desviada que presionan a la vida urbana mediante el terrorismo, la guerrilla urbana —escondida en la aglomeración citadina—, la delincuencia y la drogadicción; pero principalmente, la invasión y ocupación de lotes suburbanos, las manifestaciones masivas de protesta y huelgas, la utilización de los medios masivos de comunicación con impacto inmediato en la opinión pública, etc.

## 2.6 Sistema institucional y acción de élites y subélites ante las tendencias demográficas

Las instituciones son, según los teóricos del funcionalismo, las respuestas socioculturales a las necesidades colectivas. En cambio, según los sociólogos del conflicto, las instituciones son formas de control y poder sociopolítico que las *élites* utilizan frente a la población. Como quiera que sea, el cuadro institucional mexicano representa una constelación creciente de instituciones que pretenden con éxito total, parcial o a veces nulo, ordenar la vida social de acuerdo a marcos normativos y legales que se entrelazan formando una estructura más o menos integrada de asociaciones políticas, económicas, culturales y sociales propiamente dichas. Instituciones tales como: el gobierno, los partidos políticos, movimientos políticos organizados; el sistema bancario, industrial, comercial y empresarial público y privado; la Iglesia, el sistema escolar y las instituciones científicas y culturales; los sindicatos, los gremios profesionales, los artísticos y de comunicación, los de salud, de recreación y deportivos, etc.

Las instituciones del país son la estructura formal que maneja una *élite* y una *subélite* constituida por miles de líderes, dirigentes formales e informales, que dirigen de hecho al país entero. Generalmente —por no decir que siempre— las luchas sociopolíticas, aun las que esgrimen banderas propiamente populistas, son movidas por estos sectores de población elitaria y subelitaria.

México, sin embargo, ha vivido, en sus últimos cuarenta años una relativa estabilidad institucional. Esta estabilidad ha sido, de hecho, dirigida o coordinada al menos, por la *élite* política que se considera derivada del régimen establecido a partir del término de la Revolución de este siglo. Las otras *élites*, discordantes en muchos aspectos con la *élite* política en el poder —que cada vez es más compleja— han preferido plegarse a los lineamientos generales de aquélla. Es así como la Iglesia y el sector empresarial no han presentado, en los últimos años, mayor oposición al régimen; antes bien, han establecido fórmulas de entendimiento y coordinación institucional eficaz, evitando al máximo grandes rozamientos o enfrentamientos frontales. Sólo en los últimos años han aparecido desequilibrios y brotes de conflictos institucionales surgidos, en parte, de los grupos elitarios “de oposición” tradicional, pero también de otros líderes representantes de sectores subelitarios tales como algunos intelectuales y estudiantiles, así como otros obreros. Pero a nuestro entender lo que más caracteriza a los últimos años es la pluralización del grupo en el poder y las presiones externas internacionales.

El panorama anterior ha sido altamente condicionante de las tendencias demográficas estudiadas, pues la

postura a favor de un crecimiento de la población era apoyada y respaldada por todo el marco institucional mexicano: el Estado asentaba la política poblacionista respaldada por la Ley de Población vigente y por los Códigos Sanitarios que no permitían el uso de anticonceptivos. Asimismo, la Ley Penal codifica como delito el aborto.

La Iglesia, a través de declaraciones papales, textos de doctrina teológica y moral oficial, internacional y nacional, así como en toda su acción educativa, ha defendido tradicionalmente la procreación abundante y ha prohibido la anticoncepción y el aborto. Hasta en los últimos años, a partir de 1963, no surge la polémica en el seno de la Iglesia, y llega a México por 1966. Gran parte de la crisis institucional y de autoridad que sufre actualmente se debe efectivamente también a esta pluralización de posturas al interior de la institución, respecto a temas ligados a los fenómenos demográficos: anticoncepción, divorcio, celibato sacerdotal, moral sexual.

Por su parte, la religiosidad en sí tiene un efecto limitado sobre la conducta de las mujeres en relación a su fecundidad. Estudios recientes lo demuestran.<sup>13</sup>

También la escuela se suma tradicionalmente a la postura poblacionista: los textos y los programas oficiales de la enseñanza primaria, secundaria y hasta universitaria, sancionan positivamente la procreación abundante y el crecimiento demográfico; en biología, en educación cívica

<sup>13</sup> Oscar Maldonado, *Los católicos y la planeación familiar*. México, IMES, 1969; Enrique Brito, *¿Quién escucha al Papa?* México, IMES, 1971.

ca, en educación fundamental y familiar, en geografía y en historia nacional, se ha insistido en la necesidad del poblamiento como un fenómeno natural necesario al que no se debe regular. En cambio, la lucha contra la enfermedad y la mortalidad ha sido evidentemente postulada.

Las demás instituciones apoyan indirecta o directamente esta misma posición. Los gremios de médicos, los economistas, los abogados, los periodistas y otras profesiones han hecho frecuentemente referencia al necesario aumento demográfico. Incluso se ha atribuido a la Revolución mexicana el "éxito" de esta expansión demográfica de los últimos años.

Pero los efectos del aumento acelerado de la población han afectado en los últimos decenios la funcionalidad de las mismas instituciones, y su perspectiva es aún más crítica. El crecimiento demográfico irrumpió en el seno de todas y cada una de ellas y produjo una crisis de densidad poblacional dentro de ellas. El Estado y su estructura gubernamental creció en proporciones inesperadas. La burocratización se agudizó junto con formas desviadas de corrección: el cohecho, el "influyentismo", el "compadrazgo", la tolerancia y otras. El volumen de trámites, casos por atender, servicios por proporcionar, necesidades por cubrir, programas que implementar rebasaron en mucho la capacidad institucional para resolver esos problemas. Los presupuestos nacionales tuvieron que crecer a ritmo extraordinario y, a pesar de eso, las necesidades nunca se han podido alcanzar, pues muchas veces el presupuesto de una dependencia apenas si cubre la nómina de personal y los gastos formales de operación,

sin permitir implementar el costo de programas especiales no rutinarios.

Lo propio sucedió con las escuelas, con la Iglesia, con la universidad, con el sistema de salud, con el sindicalismo, con las asociaciones de asistencia, etc. Las instituciones tradicionales se ven sobrepasadas en su capacidad para contener en su seno una densidad excesiva de población. El número rebasa a la calidad. Los sistemas anteriores se hacen disfuncionales; las presiones demográficas se convierten en presiones políticas; la ineficacia se convierte en fuente de problemas institucionales nuevos, etc.

Y de ahí viene la toma de conciencia de un problema macrosocial que se veía sin involucraciones directas dentro de cada institución. Pero la perspectiva no es todavía clara.

Se requeriría una mayor lucidez en el complejo institucional en juego. Se requeriría el nacimiento de nuevas instituciones. Se necesitaría la colaboración de todos los líderes elitarios y subelitarios para cambiar el sentido pasivo de la actitud ante el fenómeno poblacional y sus involucraciones dentro de cada ámbito institucional. Se requeriría la formación de una nueva corriente de opinión pública que planteara el problema en términos realistas y manejables dentro de cada ámbito institucional.

Se necesitaría, en fin, que el complejo de instituciones se hiciera permeable al cambio social, rompiendo su rigidez tradicional y dejando de ser una forma de control y de poder, para convertirse en una de servicio e involucración de la participación popular.

## 2.7 Educación, religión y fenómenos de población

La influencia de la educación y de la religión, como fenómenos sociales, en su relación con las variables demográficas es evidente, pero su sentido varía según dimensiones concretas en las que se establezca la interrelación.

Un estudio reciente realizado en cinco países latinoamericanos comprobó y precisó con matices nunca antes estudiados la influencia desigual de la religión y la educación.<sup>14</sup>

En síntesis, los datos permiten afirmar que el mayor nivel educativo alcanzado por la población favorece a una mayor percepción del problema demográfico —a pesar de la posición oficial—; también influye en una valoración y normatividad positiva hacia la regulación natal y la planificación familiar; y finalmente, tiene una correlación positiva con las conductas directas en planificación y regulación natal. Es decir, la educación tiene una acción uniforme en el sentido de la modificación de las pautas de conducta en la reproducción humana. En cambio, la religiosidad —católica en nuestro caso— es inconsistente: no ayuda a percibir mejor el problema, pero sí favorece el establecimiento, en abstracto, de una concepción positiva ante la planificación familiar y la paternidad responsable; pero en cambio, es negativa su influencia en cuanto a la conducta concreta de planificación familiar y control natal.

Esto último, sin embargo, visto en la población católi-

<sup>14</sup> Luis Leñero, *Población, Iglesia y cultura: sistemas en conflicto*, México, IMES-FERES, 1970.

ca nominal —no militante ni dirigente dentro de la Iglesia— tiene de todas maneras una muy relativa influencia en la conducta procreativa, pues cuando la población adquiere niveles medios y superiores de educación, la influencia religiosa queda neutralizada o contradicha. El proceso de secularización parece imponerse.

Hay, sin embargo, una influencia religiosa indirecta ejercida sobre las *élites* políticas y sociales que, en el caso de México y otros países latinoamericanos, significó una barrera para la toma de posición a favor de una actitud racional en política de población regulada; los líderes políticos no han querido, al parecer, oponerse frontalmente como antaño a la Iglesia y esto ha favorecido una prudente posición ante el problema. Por otra parte, la religión cristiana, en cuanto tal, tiene una dualidad doctrinal al respecto, que puede ser desarrollada en un sentido o en el otro, según se concuerde con la posición pro o antinatalista. Esto se refleja en las respuestas inconsistentes dadas por la población católica. La doctrina de la paternidad responsable, la de la concepción cualitativa de la vida, la de la conciencia personal, la de la hegemonía del hombre sobre la naturaleza, etc., contrastan con la doctrina de la ley natural divina y la prohibición de medios anticonceptivos con la conseja bíblica de poblar la tierra, con la concepción masculina y de función procreativa femina; etc. Esta ambigüedad puede, por lo tanto, orientarse o bien neutralizar cualquier posición radical.

Por su parte, la educación moderna secular exalta la ciencia y la técnica al servicio del hombre, la planeación y la responsabilidad personal ante la comunidad; sin em-

bargo, hasta ahora, la educación —sobre todo a niveles medios y superiores— está siendo reflejo de la estructura de poder elitario. Las grandes masas de población no tienen de hecho acceso a ella, y la influencia cultural que pudiera tener sobre la población es relativa. Los medios masivos de comunicación —con toda su orientación cultural capitalista— han venido a “reemplazar” la función educativa de la escuela.

Como es sabido, el crecimiento demográfico y la concentración urbana han tenido a su vez influencias muy grandes en la religión y en la educación. La religión está viviendo un proceso crítico de secularización y modernización que se enfrenta a los cuadros doctrinales y organizativos propios de una religión de tipo feudal y rural, que ahora va perdiendo su sentido. La burocratización religiosa y la democratización masiva de su sistema entran en juego impulsados por el crecimiento demográfico y la concentración urbana.

La educación también entra en crisis dada su masificación y su despersonalización. Paradójicamente, surge la reacción hacia formas activas de enseñanza y de educación extraescolar que difícilmente se pueden implementar en una sociedad en expansión demográfica acelerada. Un esfuerzo ingente se hace en la elaboración y distribución de millones de textos escolares repartidos gratuitamente, pero la tendencia en la expansión demográfica minimiza su beneficio.

Por ello, una política de población debe incluir renglones importantes de política educativa y religiosa, tendientes a orientar y sentar las bases de los valores humanos, la ética y la filosofía, la ciencia y la técnica, que

sustenten a una nueva conducta reproductiva y migratoria de la población, así como en su tendencia a la expansión en la composición ocupacional de la misma. Educación sexual, educación para la promoción femenina, y el reajuste de los estereotipos machistas y de explotación de la mujer por parte del hombre; educación para la orientación familiar, para la incorporación al trabajo calificado, para la transformación de la estructura plural familiar, para la participación democrática colectiva, para la toma de conciencia de los problemas sociales y demográficos, etc.

## 2.8 La familia y sus cambios ante las proyecciones demográficas

Indiscutiblemente la familia es la unidad social más inmediata a los fenómenos de conducta relativos a la fecundidad y a la migración; aunque de hecho éstos pueden ocurrir fuera de ella, lo que debe ser también estudiado adecuadamente.

La familia es, de todas maneras, el marco social que, vista en su conjunto macrosocial, ha condicionado los fenómenos demográficos. Sin embargo, la estructura familiar no es una unidad homogénea. Todo lo contrario, en países como México, de gran contraste social, la familia se contrapone a los estereotipos unívocos y rígidos que suelen expresarse para caracterizar, sin adecuada generalización, la vida del mexicano.

Estereotipos tales como el machismo y el maternalismo de la supuesta "abnegada" mujer mexicana, frecuente-

mente descritos hasta por especialistas que, sin buena sistematización de estudios empíricos, no demuestran la veracidad de sus afirmaciones y han dado una imagen caricaturesca de la familia mexicana. Esto está siendo contradicho por los datos de encuestas realizadas por nosotros y otros especialistas trabajando en México, en los que el índice real de machismo va del 60 al 30% de la población. Igualmente, el estereotipo de la llamada "familia santa" y de la misma familia nuclear conyugal burguesa, compuesta sólo por padres e hijos, desconoce los hechos reales que muestran que las familias mexicanas ni son tan santas como se dice, ni responden a una tipología estructural puramente conyugal. Más aún, ignoran los procesos de cambio y transformación que la familia está sufriendo y las nuevas perspectivas que están apareciendo en la actualidad, en las nuevas familias que se constituyen.

Efectivamente, después de un análisis minucioso y sistemático, podemos llegar a la conclusión de que existen más de 100 tipos de familias con diferentes formas y sistemas de interrelación.

La tipología anterior responde a una clasificación de factores significativos que conforman al perfil estructural de las familias según:

- La subcultura arcaica, tradicional rural y urbana, y moderna citadina a la que pertenece;
- El estrato socioeconómico en que se encuentra dentro de la pirámide social (marginal, proletario, estratos medios y *élite*);

- Los ambientes regionales y la ubicación ecológica (con mayor o menor densidad demográfica zonal);
- La resultante de la composición de categorías demográficas a las que pertenecen sus miembros en su conjunto (sexo predominante o alterante del grupo familiar, edad de sus componentes, ocupación única o plural, escolaridad y contrastes entre esposos, hijo y demás miembros, religión única o plural, etc.);
- Tipo de matrimonio o matrimonios que integra (formal por una o por las dos leyes, formal-informal, de unión estable o eventual consensual, cíclica o sucesiva, completa o mutilada, de una o varias parejas de matrimonio, dentro del mismo hogar, etc.);
- Tipo de composición del núcleo familiar estructurado (familia extensa, semi-extensa, nuclear mixta o sucesiva, nuclear estable e independiente, etc.);
- Tipo de jefe o jefes y forma en que funcionan el poder y la autoridad familiar (al exterior y al interior, de una persona, de una pareja compartida o de varias personas o parejas; con división o no del poder según áreas; con carácter estable o eventual; con presencia o ausencia física; con autarquía o sistema democratizante, consultivo o impositivo; etc.);
- El ciclo por el que atraviesa en un momento dado (en etapa, inicial constitutiva, en etapa de procreación inicial o intermedia, en etapa de madurez y juventud de la generación procreada o en etapa final y de desintegración o disgregación familiar);
- Tamaño del núcleo familiar;
- Caracteres cualitativos de desarrollo grupal conjunto o grado de madurez psicosocial logrados; etc.

En cada uno de los casos de la tipología, la dinámica de la fecundidad ocurre en forma diferente, desde su motivación, hasta su forma de comportamiento ante el hijo procreado y criado; desde su base normativa y valoral hasta su manifestación conductual.

La combinación de los anteriores rasgos tipológicos es lo que nos da una pluralidad significativa, desde el punto de vista funcional y de dinámica conflictual, de más de cien tipos característicos y distintos de familias existentes en nuestro país.

Lo anterior, lejos de representar un panorama simplificado de la forma en que se produce la dinámica demográfica dentro de la estructura familiar, nos abre una dimensión plural a la cual habría que referirse cuando se estudia el fenómeno que nos ocupa y de sus manifestaciones adyacentes y cuando pretendan modificarse o promoverse, patrones de conducta y conceptos tales como el de la paternidad responsable, el planeamiento familiar, el control y regulación natales, la educación familiar y sexual, las opciones para ubicar el lugar de residencia, la forma de construir y habitar su vivienda, etc.

No podemos, de hecho, presentar una sola forma de promover, por ejemplo la paternidad responsable, como si siempre se tratase de familias conyugales propias solamente de las clases medias burguesas, siguiendo equívocamente el modelo estereotípico de la familia "media" norteamericana.

La planificación familiar e incluso el control de la fecundidad no pueden depender, en un gran número de los casos de las familias mexicanas, del acuerdo conjunto de los esposos, toda vez que se puede tratar de un me-

dio de defensa de la mujer ante "el marido o compañero" que llega periódicamente a la casa para hacer uso de su genitalidad o para pasar el periodo de reconciliación periódica. De hecho el censo nos da el dato de un 13% de familias cuyo jefe es la mujer solamente. Estimamos que la realidad de este tipo de familia asciende en México hasta el 25% al menos.

En otras ocasiones, son los parientes, padres o suegros quienes de hecho condicionan la necesidad y la realización de la fecundidad de la mujer; otras veces, por el contrario, es el hombre quien en sus múltiples relaciones sexuales —incluso dentro de su propio núcleo familiar— procrea legítima, incestuosa o extramaritalmente, sin un sentido de responsabilidad procreativa. De ahí la conveniencia de métodos de control de la fecundidad aplicados al hombre, más que a la mujer, en esos casos.

Y podríamos ejemplificar indefinidamente las implicaciones socio-familiares múltiples de la dinámica de la población al nivel micro-social teniendo presente esta diversidad tipológica de la familia mexicana.

### 3. *Política social de población*

De todo lo anterior, quisiera concluir con algunas ideas acerca de la proyección de política social relacionada con la de población.

La fecundidad y las decisiones familiares migratorias son un elemento indispensable que debe ser incluido en la planificación total de nuestros países. El recurso humano es más importante que el de la naturaleza misma.

No puede hacerse un tabú de la reproducción y de la ecología humana. Éstas tienen que racionalizarse y planearse en relación a todos los demás fenómenos sociales. Si en determinado caso se hubiere podido planificar el sistema de producción y el de consumo, esto no eliminaría en lo absoluto la necesidad de planificar colectivamente la fecundidad y la migración. Menos aún a la inversa.

Pero en esta planificación debe tenerse en cuenta el enfoque social en el cual es esencial la participación activa y responsable de todos aquellos que son los autores y protagonistas de los fenómenos, más aún cuando se trata de la reproducción humana y la conformación de las comunidades. No podemos llevar a cabo sólo una planificación tecnocrática hecha por los especialistas desde los escritorios y con las estadísticas. El problema reside en las conductas y estructuras mismas de la población activa o pasiva.

De ahí que la fecundidad y la migración deben planearse desde la base social en que aparecen hasta la cúspide que representa la responsabilidad colectiva. Ni una planificación hecha sólo por tecnócratas o políticos con particulares intereses, ni una política que deje a una espontánea y nula acción de las personas y las familias. La responsabilidad y la racionalización deben ser colectivas, para lo cual es necesario promover el sentido de racionalidad individual en su dialéctica con el interés de la colectividad y la planificación socializada en su conjunto.

Pero toda política responde a una concepción filosófica que propone valores y metas. Obedece, además, a una comprensión más o menos adecuada de la realidad

—que debe estar cimentada en el conocimiento científico de la misma. Y finalmente, se concretiza en una serie de programas que lleven estratégica y técnicamente a la práctica las acciones sociales propuestas.

Una filosofía política que dé base a la acción sobre la población y su problemática debe, a nuestro entender, enfatizar el sentido cualitativo de la vida humana, más que su manifestación cuantitativa.

Debe, en adición, reafirmar el carácter humano de la fecundidad y la movilidad social más que su manifestación puramente biológica, demográfica o económica. Con ello se implica la concepción del hombre como un ser esencialmente activo, como sujeto social e histórico, no como simple objeto de manejo político. Una política basada en una ontología de realización dinámica ascendente que evoluciona en sus capacidades, de generación a generación; con una dimensión creativa como esencia de su ser —contra la visión repetitiva y autómata—; con una capacidad de cuestionamiento de sí mismo y de su sociedad; con un sentido de solidaridad humana incluso con las próximas generaciones y dentro de su lucha y reivindicación frente al mismo hombre que lo explota; con una capacidad ilimitada para aspirar a la liberación de sus opresores, incluso de sus progenitores o sus hijos mismos; con una facultad inacabada de amor y afectación positiva y constructiva a la vez que de rebeldía ante la injusticia; con una necesidad de ser el propio protagonista de su vida y de participar en la de su colectividad.

Sobre esta base filosófica que puede desarrollarse indefinida y profundamente, una política social de pobla-

ción debe basarse, además, en el conocimiento de las realidades concretas de nuestro país y en el descubrimiento de las causas y efectos reales que produce en las distintas situaciones y ambientes. La generalización simplista no puede ser buena base de una adecuada política. Menos aún, la copia extrapolada de las políticas seguidas en otros países de cultura e historia diferentes a las nuestras.

Ya en el nivel de acción, deberán implementarse programas sectoriales, dada nuestra estructura política y burocrática, pero coordinados todos ellos de alguna manera para evitar los esfuerzos repetidos o encontrados entre las dependencias —públicas y privadas—: programas de promoción social, y de concientización colectiva, programas de educación sexual y familiar, psicosocial ética y de responsabilización sociopolítica —entendida la educación no sólo como información o instrucción de recepción pasiva, sino como el impulso al desarrollo propio de las facultades, juicios y toma de decisiones.

Programas de servicios médicos, pero sobre todo de salud pública, en que la misma población quede involucrada y participen las parteras y empíricas, los maestros, trabajadoras y promotores sociales. Programas de orientación migracional y de entrenamiento para la ocupación productiva tanto del hombre como de la mujer. Programas de comunicación social masiva que lleven, más que a repetir eslóganes, a despertar la conciencia y responsabilidad familiar y comunitaria ante las proyecciones y cambios sociodemográficos.

Programas, en fin, que entiendan la problemática que representa el cambio de actividades y conductas y que

no se basen sólo en decretos ni en posiciones simplemente paternalistas.

El sujeto del desarrollo y cambio de las tendencias demográficas de México es solamente el pueblo mexicano.

## José Luis Reyna

UNO DE LOS TEMAS de mayor actualidad en el mundo es la explosión demográfica. En algunos estudios se han analizado las tendencias demográficas mundiales y su repercusión sobre los recursos naturales no renovables, sobre el medio ambiente y la posibilidad de satisfacer las necesidades de una población creciente.<sup>1</sup> En general, puede decirse que estos estudios parten del supuesto de que el crecimiento poblacional actual y sus tendencias futuras actuarán como un “freno” al desarrollo. El remedio a esta situación estriba en controlar el crecimiento poblacional para prevenir el “colapso” del planeta.

Otros estudiosos consideran que el crecimiento poblacional no es un obstáculo sino, por el contrario, un factor que contribuye a la expansión económica. El argumento subyacente indica que el crecimiento del mercado interno se vincula estrechamente con el tamaño de la población.<sup>2</sup>

A pesar de la enorme trascendencia que tiene la dinámica poblacional, sus tendencias actuales y futuras, todavía no contamos con estudio alguno que nos permita, con cierta fundamentación, señalar causas y afirmar con-

<sup>1</sup> Donella H. Meadows *et al.*, *Los límites del crecimiento*. México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

<sup>2</sup> Paul Singer, *Población y desarrollo*. México, Siglo XXI, 1971.

secuencias entre variables económicas, sociales y políticas con las demográficas.

Aunque importantes, los estudios mencionados sólo apuntan de manera endeble a tendencias, que no pueden ser consideradas como conclusivas para poder extraer teorías que permitan comprender las relaciones que se entablan entre procesos de diversa índole. De ahí que el reto que se le presenta a los científicos interesados en esta temática es conocer y entender las relaciones que existen entre esos procesos. Por otra parte, el desafío que tienen los políticos es, con base en el análisis del científico, conocer las consecuencias de esas relaciones al nivel de la sociedad en su conjunto.

Antes de proseguir es necesario calificar las afirmaciones anteriores. Si bien la existencia de una teoría que nos ayude a entender las relaciones entre población y otros fenómenos es importante, no es posible pasar por alto la especificidad en donde ellos ocurren. Pensamos que no es posible orientar nuestros esfuerzos hacia la construcción de una teoría lo suficientemente general que "pueda dar cuenta de" los fenómenos mencionados sin considerar la situación particular de la sociedad en el momento histórico específico en que se encuentra. Los cambios poblacionales muchas veces no siguen las proyecciones demográficas, teniéndose que hacer una revisión periódica y frecuente de aquéllas con el fin de ajustarlas con la mayor precisión posible a los cambios reales que experimenta la estructura demográfica. Es más, podría afirmarse que muchas veces el comportamiento de la población, a pesar del refinamiento que pueda utilizarse en las proyecciones, es impredecible. Países como Chile

y Costa Rica experimentaron recientemente descensos notables no considerados por las proyecciones en periodos de tiempo relativamente cortos (menos de un decenio).<sup>3</sup> Ante este fenómeno, sigue la interrogante de qué es, o cuáles son las variables que lo explican, sin poder llegar a ninguna conclusión, siquiera provisional al respecto. De la misma manera, en Europa puede observarse una homogeneización de los patrones de fecundidad, independientemente de la estructura económica y política de las sociedades de los distintos países de ese continente.<sup>4</sup> Es decir, no se ha podido establecer una relación que explique, con base en variables económicas o de otra índole, las tendencias de la "variable poblacional".

De manera realista, podría afirmarse que estamos ante la presencia de un fenómeno —el de la población— tan complejo que los científicos sociales están obligados a incorporar, a movilizar conceptos y categorías, así como los métodos de investigación de diversas ciencias con el fin de aproximar con mayor certeza —o si se quiere con menor imprecisión— las posibles relaciones entre la población y la amplia gama de procesos que puedan estar conectados con ellas.

El propósito de estas palabras es destacar una posible relación que, en nuestra opinión, ha sido poco explorada. Se justifica enfocar de manera simple el problema, pues ésta puede ser la forma de "acumular" conocimiento que, sin llegar a ser general o parte de una "gran teoría",

<sup>3</sup> Carmen A. Miró en su intervención sobre "La situación y perspectivas demográficas de América Latina", *supra*.

<sup>4</sup> Léon Tabah, en su intervención sobre "La situación y perspectivas demográficas mundiales", *supra*.

ayude a entender relaciones específicas en determinados momentos de una sociedad. La relación que nos interesa es entre el crecimiento de la población mexicana y su impacto en la estructura política. Nos proponemos sugerir algunas hipótesis relacionadas con este problema, advirtiéndole que no hemos elaborado ningún tipo de investigación al respecto, por lo que pueden considerarse exclusivamente como guías provisionales de posibles investigaciones.

No es nuestra intención repetir cifras de población ni tampoco las proyecciones que se han elaborado para México.<sup>5</sup> Consideramos tan sólo que el crecimiento de la población mexicana es uno de los más altos del mundo y que, de acuerdo a algunas estimaciones, ella se duplica en periodos muy cortos (20 años).

Partamos de dos proposiciones simples que tienen la finalidad de sistematizar, en alguna medida, nuestra discusión. Primero, que el crecimiento de la población se traduce, y se ha traducido ya, en una multiplicación de demandas de diversa índole. Tales demandas son, entre otras, un mayor acceso al sistema educativo, una fuerte presión por la creación de nuevos empleos, el mejoramiento de las condiciones sanitarias, la construcción de viviendas, etc.

La segunda proposición sugiere que no todas las demandas pueden ser satisfechas por un sistema determinado, independientemente del tamaño de su población. Siempre habrá un remanente —que es preciso conocer con precisión— de demandas insatisfechas. Es nuestra im-

<sup>5</sup> Centro de Estudios Económicos y Demográficos, *Dinámica de la población de México*. México, El Colegio de México, 1970.

presión que ese remanente, de permanecer relativamente inalterada la estructura del sistema productivo, aumenta a medida que la población se expande.

La implicación de esta proposición daría en apariencia una solución al problema de las demandas insatisfechas; si se modifica la estructura del sistema productivo, habrá una tendencia decreciente del número de esas demandas. En el papel esto se antoja factible. En la realidad esto es casi imposible. No negamos que existan alteraciones de la estructura económica, incluso que ésta acuse modificaciones importantes como producto de un proceso de desarrollo, que para México existe. Pero el obstáculo está en que ese tipo de desarrollo, aun siendo expansivo, se caracteriza también por ser *excluyente* y marginalizador. Ésta es su condición.

Por otra parte, no podemos dejar de lado el sistema económico en que México se encuentra inmerso; el sistema capitalista. Para el caso de México, la dinámica expansionista se asocia con una concentración progresiva de la riqueza generada por el desarrollo, tal como lo demuestran entre otros fenómenos la tendencia de la distribución del ingreso.

Si se considera, además, que la satisfacción de demandas recorre y depende de la estructura productiva, se puede comprender lo difícil que sería modificarla dados los intereses de grupos que la controlan, grupos que podemos ubicar tanto en el plano local como en el internacional. La tendencia inherente a esos grupos es preservar su control sobre la producción, o lo que es lo mismo no afectar el proceso de acumulación de capital.

De ahí que si uno observa la experiencia reciente de

México, en el terreno de las medidas redistributivas que se han intentado llevar a cabo, la oposición a ellas por parte de esos grupos se manifiesta casi de manera inmediata anulándolas. Por lo tanto, las opciones de cambio que pretendan alterar significativamente la estructura económica y política de la sociedad tienen menos probabilidades de éxito, que medidas que directamente intenten controlar el proceso poblacional. Esta última opción es, para decirlo en una palabra, menos conflictiva.

En otros términos, no es fácil en la realidad aplicar el principio no malthusiano de que el problema se resuelve modificando la estructura económica porque esto afecta intereses de grupos —los dominantes—, los intereses de una clase que usufructúa el control del sistema productivo. De ahí que la solución más viable que se plantea, en particular para los países del Tercer Mundo, sea precisamente la difusión y extensión de programas de planificación y control familiar, aunque la efectividad de éstos todavía no esté plenamente demostrada.

Ahora bien, no hay duda de que al tomar en cuenta estas tendencias y situaciones es no sólo conveniente sino indispensable controlar la población. A falta de una solución al problema se podría afirmar que es necesario atenuar el problema, mediante la disminución de demandas en todas las esferas de la sociedad, esto es, en la estructura económica, política y social.

Generalizar el “bienestar social” dentro de una sociedad, abarcando a la mayoría de los grupos, es un fin deseable y legítimo pero, a la vez, una meta irrealizable. Dentro de las condiciones actuales y futuras del capitalismo “periférico” es imposible pensar en la generaliza-

ción del bienestar para las mayorías, por no pensar en todos. Esto significaría la negación misma del sistema. Como señalábamos al principio, nunca podrán ser satisfechas todas las demandas provenientes de los grupos diversos que componen la sociedad.

Satisfacer todas las demandas significaría un cambio total del modelo económico y político, y tal vez más, la búsqueda de una estructura que en la actualidad todavía no se conoce.

Ahora bien, a muchos les preocupa conocer el volumen deficitario, siempre creciente, de las consecuencias del crecimiento poblacional. Se habla de los déficit en la creación de empleos que existen en el país, de viviendas, de educación, etc.

Por detrás de las estimaciones y los planes que tienden a solucionarlos —de manera parcial por supuesto— es donde pueden visualizarse el impacto que tiene la población y su dinámica sobre la estructura política y el sistema productivo. Los problemas fundamentales estarían representados por las preguntas siguientes: ¿Cuáles son los límites para una redefinición de la estructura política como consecuencia de la multiplicación de demandas provenientes del crecimiento poblacional? ¿Hasta qué punto es factible redefinir el sistema productivo para que pueda satisfacer un número mayor de demandas?

No es posible separar estructura política y sistema productivo. Ambos se condicionan y se articulan. Los dos no pueden recorrer direcciones distintas; de lo contrario estaríamos en presencia de una crisis. La base del sistema productivo es política, pues es en este nivel donde des-

cansan y se encuentran los intereses de las clases que lo controlan.

Insinuar una respuesta categórica a estas preguntas para el caso mexicano sería aventurado. No obstante, es nuestra impresión que la respuesta a estas preguntas tiene que estar en el centro mismo de nuestros intereses de investigación.

Esbozando, de manera tentativa, algunas ideas relacionadas con esta problemática, se puede decir que el crecimiento poblacional que ha experimentado México empieza a manifestarse en un mayor número de conflictos cuya solución tiene que darse por la "vía política". Ilustremos este punto. Si en efecto estos conflictos obedecen *en parte* al crecimiento de la población, es obvio que tenemos que explorar en dónde, cuándo y cómo redefinir nuestra estructura política. Si se considera un estudio reciente del profesor Martínez Ríos, se ha encontrado que, a través del tiempo, el reparto agrario se dificulta. Hay más gente y menos tierra por repartir.

Como no es posible frenar el proceso de reforma agraria, debido a las circunstancias políticas e ideológicas en donde aquél se encuentra inserto, la solución temporal que se ha adoptado es seguir repartiendo tierra aunque ésta no sea cultivable. De esta manera, del total de tierra repartida entre 1965 y 1968 sólo el 9% era laborable.<sup>6</sup>

La presión del campesinado sin tierra, que día a día

<sup>6</sup> Jorge Martínez Ríos, "Las invasiones agrarias en México". Trabajo presentado al X Congreso Latinoamericano de Sociología. Santiago de Chile, 28 de agosto-2 de septiembre de 1972.

aumenta su proporción numérica, ya no tarda mucho en presentarse a nivel de conflicto. Esto es observable si uno atiende algunas estadísticas sobre invasiones agrarias. El estudio recién mencionado también indica, aclarando que no todas las invasiones de tierras ocurridas en el lapso 1945-1972 fueron consideradas, que a medida que disminuye la tierra disponible para distribución, correlativamente con el aumento notable de población económicamente activa rural, la incidencia de las invasiones agrarias crece rápidamente.<sup>7</sup> Esto es una indicación que, sin dejar de ser superficial, sostiene la posibilidad de establecer la relación de que en tanto la población del país siga creciendo se tendrán que afrontar situaciones nuevas caracterizables principalmente por el conflicto.

Estudios realizados en otras partes del mundo indican con claridad que tanto el crecimiento acelerado como la sobrepoblación elevan la probabilidad de confrontación entre los grupos sociales. En otras palabras, aumentan la delincuencia, la criminalidad, se incrementa la hostilidad.<sup>8</sup> Podemos suponer sin mucho riesgo de error que de la hostilidad intergrupal al conflicto político no hay una distancia abismal.

González Casanova ha encontrado que el conflicto, visto a través de la delincuencia, se encuentra con mayor frecuencia en áreas urbanas que en áreas rurales. En

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> Alden Lind, "Some Psycho-political Effects of Population Distribution in a Postsubsistence Era", en Richard Cliton *et al.*, *Political Science in Population Studies*. Lexington, N. C., Heath and Co., 1972.

tanto que en las primeras la proporción de delitos es de 8 por mil, en las otras es de sólo 2 por mil.<sup>9</sup>

Ahora bien, si en el México rural ya es perceptible, entre otras, una situación de inconformidad que *provisionalmente* estamos relacionando con los problemas que trae consigo la presión demográfica, uno puede suponer que a medida que ésta sea mayor la probabilidad de conflicto crecerá paralelamente. O sea que si considera uno la sobrepoblación hay cierta evidencia que permite conectarla con conflicto, el que se puede expresar en formas distintas y que no elimina que en el México rural el conflicto potencial también sea grande.

Es necesario aclarar que no queremos imputar una relación determinista y mecánica entre el crecimiento poblacional y el conflicto. Lo único que pretendemos en esta nota es destacar la viabilidad para explorar dicha relación ya que no hay estudio, hasta el momento, que desde un punto de vista cuantitativo nos permita afirmar algo entre esas dos variables. De ahí que la evidencia que tan fragmentariamente hemos citado es una ilustración somera de lo que puede ser una hipótesis plausible. Así, es posible con base en esta hipótesis, cuantificar las demandas, estimar la proporción que puede ser absorbida y el impacto que pueda tener sobre el sistema productivo y la estructura política. En el centro mismo de un estudio de este tipo estaría por supuesto el crecimiento poblacional con "su efecto": la multiplicación de demandas.

<sup>9</sup> Pablo González Casanova, *La democracia en México*. México, Ediciones ERA, 1965, p. 107. (Datos de 1960.)

Todo esto estaría encaminado a determinar hasta qué punto la estructura global mexicana es incapaz de absorber todas las demandas, si retomamos la proposición de que siempre habrá un remanente insatisfecho de ellas, así como sus implicaciones políticas y económicas.

Antes de insinuar algunos puntos, no a manera de conclusión, sino de discusión orientada a la investigación, es pertinente agregar una tendencia que es claramente observable dentro del sistema político mexicano.

La urbanización del país, entendida como una concentración de la población en ciudades, se encuentra estrechamente asociada con una mayor oposición en términos electorales y de movilización en contra del "establecimiento" político. Sabemos que la oposición política en México es más formal que real. Sin embargo, introduciendo explícitamente la variable crecimiento poblacional uno podría hipotetizar que ésta, desde el ángulo de su concentración en las zonas ya predominantemente urbanas, puede modificar o redefinir el tipo de oposición política, haciéndola más efectiva. Es decir, orientada hacia una búsqueda de soluciones reales a las demandas insatisfechas. Tan sólo para ejemplificar esto, Rafael Segovia ha encontrado que en el Distrito Federal, el centro más urbanizado del país, de los 27 distritos electorales el PRI obtuvo sólo en 14 de ellos un poco más de la mitad de los sufragios emitidos, y en sólo 7 conserva un "margen lo suficientemente amplio para resistir una orientación opositora partidista".<sup>10</sup> Esto podría indicar que la

<sup>10</sup> Rafael Segovia, "La reforma política: el ejecutivo federal, el PRI y las elecciones de 1973" en *La vida política en México, 1970-1973*. México, El Colegio de México, 1974, pp. 49-76.

calidad del tipo de oposición puede transformarse, en particular en las zonas urbanas. Y no pensamos estar muy equivocados en cuanto a que esta tendencia en particular tenga alguna relación con el crecimiento poblacional y sus demandas implícitas. Esta tendencia iría también en la dirección de la hipótesis sugerida de que el crecimiento poblacional y el conflicto —ahora de tipo político— pueden estar asociados.

Para finalizar, indicamos aquellos aspectos que en torno al caso mexicano nos parecen relevantes:

a) Que la población mexicana actual y su crecimiento futuro contienen ya una multiplicidad de demandas. Algunas podrán ser satisfechas, pero es nuestra impresión que el número de demandas insatisfechas tenderá a crecer con el tiempo. La razón para afirmar esto es que no existen muchas posibilidades reales de redefinir el sistema productivo, dado un interés de clase dominante que lo impone al conjunto de la sociedad. Tal interés de clase no sólo es nacional sino que aquí está presente la presión de lo que algunos autores llaman las “burguesías internacionalizadas”.

b) De ser cierto lo anterior, es inevitable que en el futuro mediano e inmediato crecerá el desempleo, que crecerá el número de aquellos que permanecen al margen de la educación, del usufructo de la tierra, de los servicios de salud, de la vivienda, etc. Aceptar esto como una realidad y no como parte de un síndrome pesimista personal, supone que debemos conocer la magnitud del problema para afrontarlo sin acudir a formas “no ade-

cuadas", por ejemplo represivas de control de las demandas.

c) El número creciente de demandas, junto con aquellas que ya no pueden ser satisfechas, producto en parte del crecimiento poblacional, son condiciones que pueden favorecer el conflicto, el que se traduciría en confrontación entre grupos y donde se encontraría involucrado, incluso, el "establecimiento político".

d) El Estado mexicano y su estructura actual caracterizable en términos de una alta concentración de poderes difícil que se modifique en términos de dar cabida a un número significativamente mayor de demandas provenientes de diversos grupos sociales. De modificarse entraría en contradicción con aquellos que controlan el sistema productivo, lo que incluso podría orillar a una crisis política y económica. De ser así, surge el problema de cómo podrá el Estado hacer frente al creciente número de demandas. Una forma es la adopción de políticas poblacionales que sin resolver el problema puedan atenuarlo. Este tipo de políticas se acentuarán con el tiempo, serán más precisas e incluso darán lugar a sanciones, de no cumplirse.

e) Se pueden detectar dos alternativas para el futuro mediato mexicano. La primera sugiere una efectiva apertura al cambio que implicaría una redefinición profunda de la estructura económica y política. Por las razones expuestas, la viabilidad de esta alternativa no es muy alta.

La segunda alternativa sugiere que la satisfacción de demandas irá a un ritmo mucho menor que su genera-





En este volumen se recogen las mesas redondas que en 1973 organizó don Antonio Carrillo Flores, miembro de El Colegio Nacional, actualmente Secretario General de la Conferencia Mundial de Población de las Naciones Unidas, para despertar interés en México en los temas que se tratarían en dicha conferencia en agosto de 1974.

Las mesas redondas, en las que participan connotados especialistas mexicanos y extranjeros —economistas, demógrafos, sociólogos, politólogos— examinan la problemática demográfica mundial, latinoamericana y mexicana.

Por el estilo sencillo en que están expuestos los temas, la presente publicación pone al alcance del público general la naturaleza de los problemas que entraña el fuerte incremento demográfico que se espera de aquí al año 2000 —problemas vistos desde diversos ángulos que interesan a varias disciplinas. En virtud de la reciente entrada en vigor en México de la Ley General de Población, por la que el Estado mexicano define su política demográfica encuadrada en el contexto socioeconómico del país y apoyada en programas de planificación familiar, las conversaciones reproducidas en este libro aportan importantes elementos de juicio a los interesados en esta problemática.